

# CONTEMPLA ESTRELLAS



Los hombres lobo de la Nación Garou se enfrentan a una de sus mayores amenazas cuando una perversa bestia del Wyrn se alza en Europa. En la Novela de tribu: Contemplaestrellas, Antonine gota de Lágrima, mentor de muchos héroes Garou, se embarca en una búsqueda propia. En la Umbral Profunda desvelará un secreto que podría salvar al principal hijo de la Nación Garou... o maldecirlo eternamente.



Bill Bridges

# Contemplaestrellas

**Novelas de tribu - 8**

ePub r1.2

TaliZorah 14.06.13

Título original: *Werewolf Tribe Novel 4: Bone Gnawers & Stargazers*

Bill Bridges, 2002

Traducción: Marta García Martínez

Ilustración de la portada: Steve Prescott

Diseño de portada: TaliZorah

Editor digital: TaliZorah

Corrección de erratas: betatron (r1.0)

ePub base r1.0



Dedicado a Gary Snyder, que inspiró a toda una generación de exploradores Zen de la naturaleza y todavía inspira hoy en día la práctica en nuestro medio natural.

## Prólogo



*Monasterio del Propósito Más Puro, China occidental, 1962*

El maestro Chien miraba hacia el este bajo la luz de la luna, en perfecto equilibrio sobre la pierna derecha, con la izquierda metida como si estuviera sentado en la posición del loto sobre el aire. Apenas se le movían los amplios hombros al respirar profundamente, flotando en el mismo sitio, esperando que se le asentara el chi. Entonces dio un giro a la derecha (todavía sobre una sola pierna), prácticamente dibujando un círculo completo hasta que se puso de cara al norte. Plantó el pie izquierdo en el suelo y desplegó los brazos como pergaminos o colgaduras de seda. Juntó los pies y se rodeó la cabeza con los brazos juntando las palmas y luego bajándolas lentamente para que pasasen por los centros de energía frontales y haciendo una pausa en cada uno: tercer ojo, garganta, corazón, tercera calidez y por fin el bajo vientre. Colocó la palma de la mano izquierda debajo del vientre y la derecha encima de la izquierda, sellando así la energía, los ojos todavía cerrados.

Luego se volvió y se acercó caminando al joven occidental que estaba sentado incómodamente con las piernas dobladas debajo del cuerpo. El joven (poco más de diecisiete años) intentó esconder con nobleza su incomodidad y concentrarse en la lección.

—Así es como caminas por la Senda de la Estrella Polar en la forma humana —dijo el maestro Chien—. Una vez que domines eso, te enseñaré cómo lo hace un lobo.

Antonine Gota de Lágrima se inclinó profundamente ante el venerado maestro Contemplaestrellas. Había contemplado cada una de las ciento ocho formas Theurge, totalmente concentrado e intentando memorizarlas todas. Sabía que había fracasado y que sólo podría ser capaz de ejecutar una tercera parte de memoria, pero esperaba que si realizaba esa parte bien, el maestro Chien fuera indulgente y repitiera la lección.

Chien gruñó y se alejó, atravesando la verja del patio y bajando la larga y serpenteante escalera de piedra que abrazaba aquel lado de la inclinada montaña. La bruma se aferraba a las paredes y aleros del patio, parte de una nube perpetua que servía para esconder el monasterio de la cima de la montaña del mundo exterior. El complejo del templo inferior era un monasterio taoísta olvidado, todavía poblado por unas decenas de sacerdotes humanos, Parentela de la tribu de los Contemplaestrellas que llegaron ilegalmente provenientes de otros monasterios de toda China huyendo de las persecuciones de Mao. Los niveles superiores estaban reservados para los Contemplaestrellas y sus prácticas únicas, parecidas por fuera a las de los humanos pero inmensamente diferentes en contenido y eficacia. Los taoístas y los budistas creían que los humanos tenían que pasarse toda una vida cultivando la virtud suficiente para descubrir las artes místicas; los Contemplaestrellas nacían con ella, aunque, al igual que los

humanos, tenían que esforzarse para llegar a la ilustración definitiva.

Antonine se levantó y calentó agitando y soltando el cuerpo para deshacerse de los nudos y la tensión muscular. Todavía no se había acostumbrado del todo a las extrañas posturas que la tribu le exigía que asumiera durante las meditaciones y lecciones. Criado en América, estaba acostumbrado a sentarse en sillas con los pies en el suelo, y ahora lo más frecuente es que se sentara con las piernas debajo del trasero (garantía de un corte de circulación seguro y de que se le durmieran las piernas) o hecho un ovillo en la postura del loto con las plantas de los pies hacia arriba. Estaba mejorando, sin duda, pero todavía se sentía incómodo.

Una vez que la sangre empezó a recorrerle de nuevo y se le relajaron los músculos, empezó su secuencia de formas: iba despacio y con tranquilidad, sin permitir que la mente se distrajera y olvidara la imagen de su maestro cuando daba los pasos. Antes de que se desvanecieran tenía que intentar grabar tantos recuerdos como pudiera en la memoria del cuerpo. Lo que el cuerpo recuerda, jamás olvida.

Mientras cambiaba de pie, alternando el peso, girando de vez en cuando y luego acompañando el trabajo de los pies con mudras<sup>[1]</sup>, intentó imaginarse la constelación de estrellas sobre las que se suponía que tenía que caminar. No era un dibujo discernible en el cielo de la noche pues existía sólo en el Reino Etéreo de la Umbra, el cielo nocturno del mundo de los espíritus. Aunque algunas estrellas eran iguales, otras nunca habían existido en el mundo material o ya habían expirado, y algunas aún estaban por nacer. Todas ellas, sin embargo, rodeaban a la Estrella Polar, cuyo espíritu Incarna (Vegarda, la Dama del Norte) le había enseñado hacía mucho tiempo la forma al clan. Si se realizaba

correctamente, el Camino por la Senda de la Estrella Polar expandía el alma y proporcionaba un palacio apropiado para la mente de la ilustración, el objetivo final de todos los Contemplaestrellas.

La práctica también servía como un arte marcial muy efectivo, una variante del Kailindo, el arte guerrero de la metamorfosis y la evasión.

Aunque el sol apenas acababa de ponerse cuando su maestro había empezado la lección, Antonine no paró para descansar hasta mucho después de que se hubiera puesto la media luna también. Las sombras eran largas y el aire frío cuando un sacerdote del templo inferior atravesó la verja con un tazón de arroz y una jarra de agua. Se inclinó ante Antonine y colocó la comida y la bebida en el suelo. Antonine se inclinó a su vez.

—Gracias —dijo en mandarín.

El hombre se inclinó una vez más y se fue. Había sido una caminata muy larga para subir la montaña, pero el viaje de vuelta sería más fácil.

Antonine se sentó al lado de la comida y empezó a engullir el arroz; tenía más hambre de la que había imaginado y el tazón se vació en unos instantes. Luego bebió casi la mitad de la jarra de agua antes de recordarse que no le convenía beber tanto tan rápido.

Descansó un rato más y luego se levantó otra vez y caminó al lugar donde el maestro Chien había empezado la forma. Inspiró profundamente y reanudó la práctica.

Al cambiar el peso de una pierna y adelantar la otra se sorprendió al no encontrar el suelo y pisar la nada. Perdió el equilibrio, tropezó y cayó al espacio, a la inmensidad de las estrellas.

Cayó en una inmensa telaraña cuyos hilos pegajosos le atraparon de inmediato. Luchó para liberarse pero no podía mover los

miembros. Se quedó mirando asustado lo que le rodeaba y vio que el universo entero estaba metido en aquella red gigante, cada estrella formaba el nexo de un grupo de hilos que se extendían para aferrar otras estrellas y otras más, abarcando toda la creación y atrapándolo todo.

Antonine recordó el concepto budista Hua-Yin de la Red de Indra, la creación entera vista como un dibujo inmenso con todo conectado entre sí. Nada escapaba a su influencia, pero esa visión servía para instruirle a uno sobre la realidad de las interconexiones fortuitas, que todo afectaba a todo lo demás; tras la ilusión de la separación, todo era Uno.

Esta telaraña, sin embargo, no era una unidad consoladora sino una jaula siniestra. Las hebras servían para impedir la visión y mantener la ilusión de división y diferencia, la soledad de los átomos separados por un vacío sin sentido.

*La Tejedora —pensó—, Maya. La Tejedora del Engaño que nos cubre los ojos y teje la Forma a partir de la Plenitud Indivisa. Aquí es donde confundimos los sueños con la realidad. Tengo que despertar.*

Detuvo la lucha e intentó imaginarse despertando en el patio. Pero cuando abrió los ojos todavía estaba atrapado en la telaraña.

*¡No puedo salir de esta trampa con sólo desearlo! ¿Cómo voy a desvanecer una ilusión cuando jamás he visto la Verdad que esconde? Oh, bendita Gaia, muéstrame por un instante el Verdadero Reino de Gaia. Ayúdame a seguir el Gaiadharm.*

Algo se movió cerca haciendo que la telaraña vibrara con la brisa que había creado. Una especie de serpiente flotó hacia él. Sin embargo, no tenía cabeza de serpiente, sino de león, y se le quedó mirando fijamente, retándolo a sumergirse en las profundidades de su alma infinita.

Antonine intentó inclinarse ante Quimera, su espíritu tótem tribal, el Señor de los Enigmas y Maestro de los Sueños, pero la telaraña sólo le permitió asentir ligeramente con la cabeza.

El tótem extendió la zarpa delantera y esparció las hebras como si estuvieran hechas de aire. Antonine cayó otra vez y aterrizó en un camino brillante que relucía a la luz de la luna. Al colocar la mano encima para estabilizarse y levantarse, la quitó de un tirón y profirió un grito de dolor mirando la quemadura que tenía en la palma de la mano. El camino estaba hecho de plata.

Una voz resonó en su cabeza:

—Recuerda el Hilo de Plata, el Camino Escondido al Tapiz.

Cerró los ojos intentando soportar el dolor y luego los abrió para ver un cielo iluminado por el sol. La mañana había llegado al patio, los rayos del sol desenredaban las brumas de la montaña que brillaban en el rocío de los pinos. Algo le dio unos golpecitos ligeros en la cara y sintió el roce del agua en la frente.

El maestro Chien se inclinaba sobre él escurriéndole un paño de agua en la cabeza.

—Tonto —dijo—. Cuando uno está cansado, descansa.

Antonine se sentó y miró a su alrededor. Estaba en el patio de prácticas al amanecer.

—Era de noche... y había telarañas por todas partes. Y Quimera...

El maestro Chien frunció el ceño.

—¿Viste las telarañas de la Tejedora? ¿Y al propio tótem? ¡No mientas!

—No miento, maestro —dijo Antonine—. Estaba practicando y de repente me caí al espacio vacío y quedé atrapado en una telaraña, una telaraña que lo alcanzaba todo y a todos. Quimera apareció y me liberó, y entonces vi un camino de plata, como una

senda lunar pero hecha de plata. Me quemó... —Se miró la mano derecha y vio allí una marca tenue.

El maestro Chien le agarró la mano, se la miró y gruñó.

—Quemadura lunar, la plata de Selene.

—Quimera la llamó el Hilo de Plata.

El maestro Chien se sentó y pensó mientras miraba el cielo de la mañana.

—Quimera te ha mostrado a la Tejedora, la causa del engaño que sufre este mundo. Su telaraña impide que veamos la verdad, pero es una telaraña que está en la mente. Tu cautiverio no es físico, sólo mental.

Se levantó y paseó por allí.

—Esto de plata... Hmm. No quiero saber lo que significa. ¿Un presagio? Vigilaremos y esperaremos a ver si se muestra de nuevo. Hasta entonces... —miró desdeñosamente a Antonine— practicarás sólo cuatro horas seguidas, hasta que aprendas a no agotarte hasta desmayarte. Esto no es el karate ni la lucha libre, las artes marciales internas requieren relajación y franqueza, un cuerpo sano y equilibrado.

Antonine asintió.

—Sí, maestro. Lo entiendo.

El anciano Contemplaestrellas ayudó al más joven a levantarse y le puso la mano en el hombro. Luego guió a Antonine mientras bajaban la montaña hasta el pequeño templo donde le habían extendido la esterilla en una esquina, lista para dormir. Cuando el maestro dejó a su pupilo, sacudió la cabeza y le dijo:

—Presta atención a tus sueños. No olvides jamás tus sueños, pues Quimera esconde allí su sabiduría.

Después de que se fuera su maestro, Antonine se miró la mano; ya no le dolía pero notó que brillaba suavemente en la

oscuridad de la habitación cerrada, aunque la luz ya se estaba desvaneciendo.

*Lo que el cuerpo recuerda, nunca lo olvida.*

## Capítulo uno



*Túmulo del Lago Finger, estado de Nueva York, ahora:*

Antonine Gota de Lágrima esperó fuera de la cabaña que estaba al lado del lago. Sentado en la postura del loto escuchó los suaves sonidos que subían del agua, una brisa ligera que le agitaba la camisa blanca de lino y el pelo gris y níveo que le llegaba por los hombros. Los pájaros se llamaban unos a otros y un pez saltó en la superficie. Con los ojos cerrados, Antonine no podía ver su reflejo titubeante en el agua, pero se preguntó: ¿Podrían verlo los seres que hay bajo el agua, y si es así, qué pensaban de él? ¿Un ser con forma humana, de mediana edad y vestido con vaqueros gastados y botas de montaña que olía como un lobo?

Estaba satisfecho. Incluso en medio de toda la confusión que había surgido últimamente, aceptaba serenamente lo que tenía lugar en su mundo. Más allá de los fracturados engaños de diversidad, sufrimiento y dolor, Antonine sabía que había unidad, trascendencia y amor. Años de entrenamiento contemplativo le habían enseñado a anclarse en esos pensamientos, a aferrarse a ellos y a aguantar los cambios que vinieran, los buenos y los

malos. Últimamente, sin embargo, sentía que le temblaban las piernas y que perdía control.

La puerta que había detrás de él crujió al abrirse y salió de aquella cabaña de una sola habitación una mujer negra, que al igual que Antonine, gozaba de salud a su mediana edad. La mujer cerró la puerta suavemente tras ella. Antonine salió ágilmente de su postura y se levantó para presentarle sus respetos, sin ninguna señal de anticipación en la cara, aunque estaba allí escondida, bajo la superficie cuidadosamente controlada que le presentaba a los demás.

La mujer bajó los escalones del porche para ponerse a su lado negando con la cabeza y mirando al suelo.

—Un misterio muy profundo se esconde dentro de ella, un misterio que no puedo sondear.

—¿Cómo puedo ayudar? —dijo Antonine con la voz profunda y clara de barítono que le caracterizaba.

—No tengo ni idea —dijo ella mirándole a los ojos—. Años de viajes por la Umbra hablando con espíritus de todas clases y no tengo ninguna pista sobre su condición. La Perdición de alas negras está detrás, pero la naturaleza de esa cosa (y su presencia) me elude. ¿Algo nuevo, quizá? ¿O muy viejo?

Antonine no dijo nada.

—La vigilaré, Contemplaestrellas. Es una de los nuestros. Sin embargo, yo ruego porque tus meditaciones nos ofrezcan algunas pistas.

—Yo también, Nadya. Gracias por tu ayuda.

—Le llevaré las noticias a Alani Astarte. —La mujer empezó a bajar hacia el grupo de casas que había por la pista de tierra detrás de la cabaña, pero entonces se detuvo y se quedó mirando a alguien que venía por el camino— Antonine... viene el rey de los

Colmillos Plateados. Dejaré que le expliques tú la condición de la enferma.

Antonine miró la carretera y vio a Albrecht que caminaba con rapidez hacia él con Evan Sana el Pasado siguiéndole a toda prisa. Puesto que venían del centro del túmulo seguramente habían llegado por un puente lunar y ya debían haber consultado con los jefes de clan. Nadya continuó andando apartándose a un lado del camino para no estorbar al rey.

—¿Dónde está? —dijo Albrecht tan pronto como vio a Antonine.

—Aquí, en la cabaña —respondió—. Todo lo que se podía hacer se ha hecho.

Albrecht frenó el paso, la mirada enfadada sustituida por un gesto de preocupación.

—Eso no suena muy bien.

—Venid —dijo Antonine—. Deberíais verla.

Les llevó a la pequeña cabaña, a su única habitación oscura. Las contraventanas estaban cerradas y un extraño olor a incienso saturaba el aire. Echada sobre una cama reposaba Mari Cabrah, compañera de manada de Albrecht y Evan *y única* superviviente de la segunda manada elegida para enfrentarse a la última amenaza Wyrms en Europa. Respiraba tan débilmente que se podía confundir con una muerta.

Evan se precipitó hacia la cama y se inclinó sobre la chica poniéndole la mano en la frente.

—Está viva —dijo aliviado. Albrecht se quedó en silencio, contemplándola con una mirada de culpabilidad en el rostro.

—Pero en un trance muy profundo —dijo Antonine—. Nadya Zenobia, la mejor Theurge de las Furias Negras de este clan no pudo encontrar la cura. Cuando trajeron a Mari luchaba contra un enemigo invisible. Los que la vieron en el túmulo de la Forja del

Klaive hablan de una Perdición de alas negras que se aferraba a su espíritu. Pero cuando llegó aquí, la Perdición ya había desaparecido; desde entonces ha perdido la fuerza para luchar o ha conseguido algún alivio. Nadya teme que esa cosa se haya escondido en lo más profundo del espíritu de Mari y yo no puedo ni siquiera encontrar su Quimera, su reino de los sueños personal. Han desaparecido todos los caminos que llevaban hasta él.

—Creí que había sido una especie de tormenta Wyrn en la Umbra lo que hizo esto —dijo Albrecht acercándose más a la mujer inconsciente—. Eso fue lo que me dijeron.

—Hubo una tormenta muy extraña, pero nadie sabe cual es su verdadera naturaleza. No se parece a nada de lo que se hubiera visto antes. La tercera manada se encontró con ella en la Penumbra local, así que no se limita a Europa, pero pocos la han visto directamente desde que partieron para Serbia. Sin embargo, todos los que han viajado por la Umbra últimamente la sienten.

—Alguien tiene que haber visto algo así en el pasado remoto, ¿un ancestro o un espíritu?

—Si es así, nadie puede convocarlos. Lo han intentado muchos, aquí y en Europa. Nadie recuerda una tormenta así.

Albrecht se inclinó sobre Mari.

—Venga, Mari. ¡Sal de eso! Has pasado por cosas peores, no te me debilites ahora.

Evan miró ceñudo a Albrecht, pero el Colmillo Plateado sólo miraba intensamente a la insensible Furia Negra.

—No respondes, ¿eh? ¿Te comió la lengua el gato? ¿O tienes demasiado miedo para enfrentarte con esto?

—Ya está bien, Albrecht —dijo Evan—. Sé lo que estás intentando hacer, pero no está bien. Ahora no.

Albrecht frunció el ceño.

—Ya lo sé, pero tenía que intentarlo. Si hay alguien capaz de sacarla de quicio, ese soy yo.

Evan cogió la mano de Mari.

—Oye, ¿aún estás ahí? Si me oyes, Mari, por favor despierta. Ahora te necesitamos, tienes que contarnos lo que pasó, muchas vidas dependen de ti. Y te echamos de menos, no estoy acostumbrado a tenerte lejos tanto tiempo.

No hubo respuesta, ni un parpadeo, ni siquiera un cambio en la respiración. Mari estaba muy lejos, si es que su alma todavía seguía viva.

—No creo que haya nada que podáis hacer por ella aquí —dijo Antonine—. Deberíamos dejarla descansar. Podría estar luchando en algún nivel que no podemos presenciar y quizá necesita toda la fuerza y concentración que pueda reunir.

Albrecht le puso a Evan una mano en el hombro, el joven asintió y se incorporó. Dejaron la cabaña y caminaron juntos hasta el borde del lago. Cerca estaba un hombre delgado, apoyado en un árbol, mirándolos. Albrecht le vio y se acercó.

—Te reconozco por lo que me contó Alani —dijo—. Mephi Más Veloz que la Muerte, ¿verdad?

Mephi pareció sorprendido de que le reconociese el rey de los Colmillos Plateados. Se puso más derecho y miró a los ojos del Colmillo Plateado.

—Sí, soy yo.

—Mira, quiero darte las gracias por traerla. Significa mucho para mí. Si hay algo que necesites, en cualquier momento, házmelo saber.

Mephi se quedó sin habla durante un momento pero luego se recuperó.

—Gracias, oh rey. Es una oferta muy generosa. —Luego sonrió—. Sabe, *La Saga de la Corona de Plata* es mi cuento más popular.

Albrecht no pudo contener la sonrisa. Evan, que caminaba detrás del rey, dijo:

—Ojalá te oyerá decir eso —se refería obviamente a Mari.

—Lo sé —dijo Mephi—. Es una auténtica heroína. —Hizo una pausa como si no estuviera seguro de cómo continuar—. Bueno, hay algo más que debería saber. Los Pioneros Aulladores ya no existen. Ivar Odiado del Wyrn, el último de ellos, cayó con honor y gloria entre la primera manada. Fueron ellos los que descubrieron todo este jaleo.

Los hombros de Albrecht se hundieron y pareció empequeñecerse.

—Los Pioneros eran un buen puñado de lobos. Les debía mucho, pero nunca vinieron a pedir nada. ¿Qué pasó? Quiero decir, ¿cómo murieron los otros?

—Es una historia muy larga que merece algo más que un resumen. Si lo desea, podría contarla ante su corte algún día.

—Me gustaría. Cuando todo esto termine y Mari pueda oírla.

—Bueno, será mejor que le deje con sus asuntos —dijo Mephi cogiendo un bastón con una empuñadura en forma de cabeza de cobra—. Tengo sitios a los que ir. —Se volvió y rodeó el lago alejándose del centro del túmulo.

Antonine estaba sentado a la orilla del agua, obviamente esperando a Albrecht. Evan se acercó y se dejó caer al suelo como si acabara de caminar quince kilómetros sin descansar, pero Albrecht empezó a dar paseos.

—Hay otros problemas que le acosan —dijo Antonine—. Cuéntemelos.

Albrecht les miró enfadado, su ira estaba muy cerca de la superficie pero todavía la controlaba.

—Es todo este asunto de Arkady. Ese bastardo ya está empezando otra vez. Te juro que sólo vive para cabrearme, nunca debería haber dejado a Mari ir a ese consejo en mi lugar. Arkady es una espina clavada en el costado, Maldito sea! Es problema mío pero yo lo evité, y ahora mira cómo la ha dejado...

—No puede culparse de eso —dijo Antonine—. Ella sabía que la misión era peligrosa pero la aceptó porque quiso y sus motivos no tenía nada que ver entonces con Arkady.

—Ya lo sé, ya lo sé. Pero si hubiera ido yo, podría haber solucionado buena parte de este embrollo en un primer momento. Arkady es un Colmillo Plateado y eso significa que es asunto mío ponerle en su lugar, o matarle, como debería haber hecho.

—Sabe muy bien que era deseo de Halcón que le perdonara la vida.

—O eso parecía. No es que se mostrara demasiado claro sobre el tema.

—Fue muy claro. No dude del pasado, los espíritus tótem saben cosas que nosotros no. Halcón sintió que a Arkady aún le quedaba algún propósito, aunque sospecho que ni siquiera él sabía exactamente lo que era.

—Con todo, fue mi negativa a ocuparme de su última mierda lo que mandó a todo el mundo a Europa a besarle el culo a Konietzko. Ahora es el hombre del momento y yo debería estar allí. No estaría todo tan lleno de mierda como está ahora.

—No tiene pruebas de eso. El margrave se está enfrentando a grandes dificultades.

—Me dicen las entrañas que yo podría hacerlo mejor.

—¿Antonine? —dijo Evan—. ¿Puedo preguntarte sobre la tercera manada? ¿La que profetizaste? Bueno, ¿de qué iba todo eso?

Antonine sonrió.

—Tengo muchas fuentes de sabiduría a las que acudir y todas ellas parecían apuntar hacia una tercera manada que completara a las otras dos.

—¿Pero qué se supone que deben lograr?

—De eso no estoy seguro. Quizá lo sepa el propio Quimera y es posible que haya compartido su conocimiento con Uktena, el tótem de la tercera manada, pero todavía tiene que terminar de ilustrarme sobre el tema.

—¿Estás diciendo que enviaste a esos chavales sin saber lo que se suponía que tenían que hacer?

—Sí —dijo Antonine mirando directamente a Evan—. No siempre se puede conocer el futuro, no importa cuántos presagios nos lleguen. En ocasiones debemos confiar en la dirección en la que soplan los vientos incluso sin saber hacia donde soplan. Las visiones de Quimera me hablaron de una tercera manada y yo me esforcé por presentarle la idea a la asamblea. Afortunadamente, la sabiduría existe incluso entre la Camada de Fenris y los Señores de la Sombra.

—Supongo que no estaría tan preocupado si John Hijo del Viento del Norte no formara parte de esa manada. Hay muchas personas de nuestra tribu que dependen de él para otras cosas.

—¿Cómo sabes que esto no es parte de esa grandeza prometida? El frío Norte no es el único campo de batalla para conseguir méritos.

—Hablando del rey de Roma —dijo Albrecht señalando el camino que llevaba al centro del túmulo y por el que él y Evan habían llegado antes—. ¿No son ellos?

Antonine y Evan miraron al camino y vieron a la tercera manada avanzando a duras penas hacia ellos, estaba claro que estaban totalmente agotados. Dos de ellos estaban en la forma Glabro y

llevaban a un tercer miembro entre los dos, alguien con cuernos de carnero que sobresalían de la cabeza de una inconsciente forma Crinos.

Antonine se levantó y se movió con una rapidez de la que no lo consideraba capaz Albrecht. Antes de que él y Evan pudieran siquiera empezar a acercarse a la manada herida, Antonine ya había cubierto la mitad de la distancia, y en forma Homínida, nada menos.

—¿Qué pasó? —dijo Antonine al acercarse a la mojada manada—. ¿Estáis todos bien?

—No —gruñó Ojo de Tormenta desde la forma Lupus—. Fracasamos.

—Grita Caos está herido —dijo Julia Spencer haciendo un gesto hacía el Garou inconsciente que llevaban entre ella e Hijo del Viento del Norte—. Está muy grave. No sabemos cómo curarlo.

—Y eso no es lo peor —dijo Carlita—. Jo'cllath'mattric está libre. La jodimos.

Antonine se movió para examinar a Grita Caos, al que Julia e Hijo del Viento del Norte posaron en el suelo con mucho cuidado. El joven Hijo de Gaia (o Camada de Fenris, dependiendo de cómo se mirase la complicada situación de alianzas tribales creada por la reciente asamblea europea) estaba sumido en un trance no muy diferente del de Mari Cabrah.

—No lo entiendo, Antonine —dijo Hijo del Viento del Norte—. Se supone que éramos la tercera manada! Nos que iban a triunfar donde fracasaron las dos primeras! Pero no hubo nada de eso. Nos machacaron.

—Oye —dijo Julia Spencer—. Matamos al espíritu corrupto del río. Eso lo hicimos bien.

—Sí —dijo Carlita—. Pero eso les importó una mierda a esos hijos de puta de la Forja del Klaive.

Antonine miró con severidad a la joven Roehuesos.

—Cuidado. No hay motivos para insultar.

—¿Qué no hay motivos?! —gritó Carlita—. ¿Poder que no! Esos mierdas se negaron a dejarnos quedarnos allí después de salir vivos de milagro de Serbia. Hasta la jarlsdottir dijo que no podía garantizar nuestra seguridad si nos quedábamos allí, después de todo lo que ha pasado. Maldita perra fría!

—Tranquilízate —dijo Antonine—. Está claro que su tribu no se está tomando el fracaso muy bien. La moral está por los suelos. Probablemente ya tenga bastantes problemas para mantener su posición como líder. Vuestra presencia allí podría haber arruinado el poco equilibrio que ha conseguido mantener. Hizo lo correcto al enviaros aquí.

—No me lo trago —dijo Carlita gruñendo, cada vez más enfadada—. ¿Y a qué coño nos mandaste tú? ¿Una especie de golpe de mano? ¿Sorprendido de que estemos vivos?

—Cállate, jovencita! —gruñó una potente voz muy cerca de ellos, asustando a los jóvenes miembros de la manada. Albrecht caminó hacia Carlita dominándola con su altura—. Deja de gimotear. Has pasado por mucho, pero igual que todos los que nacen Garou. Sois héroes, maldita sea! Comportaros como tales, lo peor que podéis hacer es dejaros vencer y sentir compasión por vosotros mismos.

Pasó a su lado y caminó a paso firme hacia el centro del túmulo.

—Yo... yo... no le vi ahí... —dijo Julia—. Ése es el rey Albrecht!

Carlita le miró irse; juntas la consternación y la sorpresa tuvieron más peso que su ira.

—Disculpad sus modales —dijo Evan acercándose y tomando por un brazo a Hijo del Viento del Norte—. No sois los únicos que habéis sufrido con este asunto. Nuestra compañera, Mari, yace en coma en esa cabaña; pero vosotros estáis aquí, vivos. Eso quiere decir que habéis triunfado, poco importa lo que digan otros.

Hijo del Viento del Norte cogió también el hombro de Evan, sonriendo por primera vez en lo que parecían días. Se sentía aliviado al ver a su antiguo mentor y compañero de tribu.

Ojo de Tormenta miró hacia la cabaña y bajó la cabeza, la cola le colgaba casi hasta el suelo, señal de sumisión entre los lobos. Habló en Garou, con gruñidos cortos y posturas para transmitir lo que quería decir.

—Por lo menos Mephi la trajo aquí. Estaba preocupada por él.

—Ya ha partido —dijo Antonine levantándose después de examinar a Grita Caos. No había ninguna señal en el metis que pudiera explicar su condición actual—. Albrecht tiene razón, no es el momento de sucumbir ante el fracaso. Tenemos que curar las heridas, pero también planear el próximo movimiento. Este clan ya está demasiado concurrido y aquí nadie puede ayudar a Mari. Si las heridas de Grita Caos son parecidas no hay razón para que se quede. Quiero que me acompañéis a mi casa, allí puedo consultar las estrellas y quizá pueda encontrar alguna respuesta para su enfermedad.

Hijo del Viento del Norte miró a Evan que asintió y dijo:

—Es una buena idea. Estos Lagos Finger son un buen lugar para curarse, pero ahora mismo hay demasiada tensión. La casa de Antonine sería lo mejor para vosotros.

—Entonces iré —dijo Hijo del Viento del Norte.

Sus compañeros asintieron y empezaron a moverse, listos para otro viaje, aunque todos sabían que este sería afortunadamente más corto que el último.

—Que los espíritus bendigan vuestra senda —dijo Evan y luego se volvió a Antonine—. ¿Podrías caminar conmigo un minuto?

—Esperad aquí —le dijo Antonine a la manada, y siguió a Evan por la carretera.

—Esas noticias sobre Jo'clath'mattric no son buenas —dijo Evan—. Creo que Albrecht está decidido a ir a Europa y comandar la lucha él mismo. Ahora mismo vuelve al País del Norte para reunir a quien quiera seguirle.

—No estoy muy seguro de que sea lo más inteligente —dijo Antonine—. Especialmente para ti. Es un ejército lo que está reuniendo, y en eso no hay mucho sitio para un Media Luna.

—Ya lo sé —dijo Evan—. Yo me quedo. Alguien tiene que cuidar a Mari. Además, sé que Albrecht no me iba a dejar ir. No soporta la idea de que hayan postrado a Mari, no va a dejar que me ocurra a mí también. Ya no discuto con él cuando se pone así, sobre todo porque creo que tiene razón. Por mucho que quiera machacar a lo que le hizo esto a Mari, tengo que quedarme aquí por si acaso intenta terminar el trabajo.

Antonine asintió.

—No puedo aconsejar a Albrecht en esto. No he visto ningún presagio y soy un especialista en artes marciales, no un guerrero. Dile de mi parte, sin embargo, que no creo que deba enfrentarse al margrave y oponerse a él. Creo que debería buscar una alianza y el mando conjunto.

—Sí, claro —dijo Evan—, como que va a pasar.

Antonine suspiró.

—Sé que las dos tribus son muy testarudas en este tema y que no van a escuchar a nadie. Pero yo ya he dicho lo que tenía que decir. Tengo que atender a estos cachorros, podrían ser la clave para ganar esta guerra. Ve con Gaia, Evan. Y el rey también.

—Tú también, Antonine. Gracias por todo.

Antonine dejó a Evan para volver con sus pupilos que se movían inquietos, sin saber qué hacer: ¿echarse y descansar o estirar las piernas y prepararse para más viajes?

—Creo que deberíamos pasar al otro lado —dijo Antonine—. Nadya me asegura que la Penumbra local está libre de tormenta. Conozco un atajo por un puente lunar que nos ahorrará tiempo.

—El riesgo merece la pena —dijo Julia—. Cualquier cosa con tal de meterme en la cama. Estoy agotada.

—Entonces mirad aquí —dijo Antonine señalando el lago—. Mirad fijamente este espejo brillante y uniros a mí. —Mientras pronunciaba estas palabras se desvaneció del mundo material y separó la Sombra de Terciopelo.

## Capítulo dos



La Manada del Río de Plata siguió a Antonine a través de la Penumbra del Protectorado de las Catskills. Aquí el otoño resplandecía en toda su gloria, encendiendo las hojas en hogueras de amarillo, rojo y verde. Aquí, en el mundo espiritual, incluso parecían relucir y vibrar como las llamas, meciéndose con una brisa que sólo ellas sentían. Gaflinos animales (espíritus de conejos, zorros y ratones) salían y entraban presurosos de los arbustos, mirando con curiosidad a los caminantes pero reacios a aproximarse demasiado.

Era un viaje de belleza y tranquilidad sublimes si no fuera por los truenos siniestros que se oían a lo lejos y la oscuridad que parecía surgir por el horizonte en todas direcciones.

—Es esa maldita tormenta otra vez —dijo Julia—. Está ahí fuera, en algún sitio. ¿No la oís?

—Sí —dijo Ojo de Tormenta con asco—. Pero no se acerca. Espera.

—¿A qué? —preguntó Hijo del Viento del Norte.

Nadie contestó, nadie sabía qué decir. Incluso Antonine guardó silencio.

El Contemplaestrellas viajaba en la forma Hispo, junto con Ojo de Tormenta que también utilizaba la misma forma y los dos llevaban a Grita Caos a la espalda. Hijo del Viento del Norte iba delante siguiendo la tenue senda que les había marcado Antonine. De vez en cuando había algo que brillaba en el borde del camino, como fragmentos diminutos de cristal roto clavados en la tierra. Antonine les dijo que eran restos de una antigua senda lunar; todavía tenía algunos de los antiguos poderes para guiarlos de un lugar a otro pero ya no podía protegerlos de los enemigos que aparecieran.

Detrás de Antonine y la Garra Roja caminaba Julia seguida de Carlita, que de vez en cuando se giraba para mirar detrás de ella y asegurarse de que no les estaban siguiendo. En una ocasión pensó que había oído algo grande entre los arbustos, algo mucho mayor que los gaflinos que corrían por allí. Pero no se dejó ver y no hizo más ruido, así que la chica siguió adelante.

*Ahí estaba.* Se paró y le susurró a los otros.

—Hay algo ahí fuera.

Todos se pararon y miraron a su alrededor. Antonine bajó suavemente a Grita Caos al suelo y Ojo de Tormenta siguió su ejemplo. Luego olisqueó el aire con sus agudizados sentidos lobunos rodeando al grupo. Se paró ante un grupo de arbustos que estaba a su izquierda, se le pusieron los pelos de la nuca de punta y emitió un gruñido sordo a modo de reto.

Las hojas se separaron y entre las ramas se deslizó una lustrosa pantera, con la piel tan negra como la noche pero con los ojos brillando trémulos como soles gemelos y amarillos.

Antonine cambió a forma humana con una sonrisa en la cara.

—[Shakar! Amigo mío, ¿qué estás haciendo aquí?

La pantera se metamorfoseó para convertirse en un hombre de piel oscura, estatura media y pelo negro azabache, vestido con unas ropas sueltas más apropiadas para un palacio de la India que para las montañas Catskills del estado de Nueva York. Llevaba envainada en el cinturón una daga incrustada de joyas. Sonrió a Antonine.

—Buscar, oh Contemplaestrellas —dijo— el secreto de los vientos distantes, la fuente de ese olor inquietante y el hogar de ese trueno misterioso.

Antonine hizo un gesto de asentimiento ante el oscuro horizonte.

—¿La tormenta?

—Desde luego. La tormenta. O así podríamos llamarla pues a eso se parece. Pero no es una tormenta que los míos conozcan, y acucia mi curiosidad.

—No te acerques a ella —dijo Antonine—. Pertenece al Wyrn y ya ha matado a algunos y herido los espíritus de otros, de tal forma que no podemos despertarles. —E hizo un gesto hacia Grita Caos.

Shakar dio un paso hacia el Garou inconsciente pero se detuvo cuando se dio cuenta de que todos los jóvenes cachorros le contemplaban con miradas de confusión y manifiesta hostilidad.

—¿Y quiénes son tus amigos, Antonine? —dijo—. Contemplaestrellas no, presumo.

—La Manada del Río de Plata —dijo Antonine acercándose a Grita Caos—. Y no te ofendas por sus modales. Han tenido que soportar mucho últimamente. Tiene sentido que desconfíen incluso de alguien a quien he llamado amigo.

Julia se sonrojó de vergüenza.

—Yo... no era mi intención. Es sólo que... bueno, no se ven demasiados felinos metamorfos... esto, quiero decir Bastet, por ahí últimamente.

—Me disculpo por mis compañeros y por mí mismo —dijo Hijo del Viento del Norte—. Ha sido una falta de educación por nuestra parte. Confiamos en Antonine, así que sus amigos son nuestros amigos.

Shakar miró divertido a Ojo de Tormenta y Carlita que desviaron la mirada nerviosas.

—Lo que dijo él —murmuró Carlita.

Ojo de Tormenta asintió pero no dijo nada.

Shakar se inclinó sobre Grita Caos y lo examinó. Le colocó suavemente la mano sobre la cara y le subió un párpado para mirarle el ojo invisible hasta ahora. Agitó la cabeza y cerró el ojo del metis de nuevo. Luego se volvió a metamorfosear y volvió a su forma de pantera. Olisqueó el cuerpo de Grita Caos entero, volvió a la cara y empezó a lamerle vigorosamente las mejillas y la frente como si Grita Caos fuera un gatito que hubiera metido la cara en hollín.

Cuando eso no tuvo ningún efecto se alejó y cambió otra vez a la forma humana.

—No veo que le pase nada; y sin embargo... algún espíritu lejos de nosotros lo persigue. Es extraño que no lo podamos ver aquí en la Umbr...

—Gracias por intentarlo, de todos modos —dijo Antonine.

Shakar miró a Antonine de forma extraña.

—Me preocupa que haya un enigma que no puedas solucionar, amigo mío. Han sido muchas las noches en las que hemos intercambiado adivinanzas y aunque podían pasar meses sin respuesta para algunas de ellas, siempre las resolvías. Todas y cada una de ellas. No puedo creer que ésta esté más allá de tu sabiduría.

—Espero que tengas razón, Shakar. Le llevo a casa, donde puedo leer las estrellas. Todos nuestros destinos están allí escritos, aunque sus glifos no sean fáciles de descifrar.

—Buena suerte, amigo mío. Debo volver a mi guarida para esperar allí a que pase esta tormenta. Seguiré tu consejo y por una vez no prestaré atención a lo que ha encendido mi curiosidad. Si es obra del Wyrn, entonces quién mejor para ocuparse de él que los Garou, ¿no? —sonrió burlón mientras hablaba.

Antonine solo asintió.

—Dices irónicamente bien, a pesar de la vergüenza que entraña. Sabes bien que mi tribu desea sinceramente que la tuya estuviera unida a la nuestra en esto.

—Ah, pero no puede ser —dijo Shakar volviendo al camino—. Quedan demasiado pocos de los nuestros y nos guardamos nuestros secretos para nosotros.

Desapareció entre los arbustos pero todavía se oía su voz.

—Mi adiós, Antonine Gota de Lágrima. Espero que nos visitemos pronto de nuevo y dirijamos nuestros pensamientos a asuntos menos relacionados con el Wyrn.

—Buen viaje, Shakar —dijo Antonine. Volvió con Grita Caos y esperó a que Ojo de Tormenta tomara su parte de la carga antes de levantarlo de nuevo.

La manada siguió caminando.

Al poco rato Julia rompió el silencio.

—De acuerdo, ya está bien. No esperarás que sigamos caminando sin explicarnos todo eso. ¿Quién era ese?

—Shakar es, como supusiste, un Bastet. Pertenece a los Bagheera, los hombres pantera. Al igual que los Contempla-estrellas prefieren la reflexión a la guerra. Tenemos muchas cosas en común.

—Eso se diría —dijo Julia—. Especialmente ahora que ya no perteneces a la Nación Garou.

—Falso —dijo Antonine—. Mi tribu ha decidido dejar la Nación, pero yo, como individuo, permanezco en ella.

—Sí, pero sigues siendo un Contemplaestrellas. ¿Cómo puedes estar a la vez dentro y fuera de la Nación?

—Los Contemplaestrellas eligieron cortar sus lazos formales con el resto de los Garou, aunque muchos individuos todavía mantienen las mismas relaciones que antes. He pasado demasiado tiempo intentando aliar a las tribus para renunciar ahora a esa tarea.

—No lo entiendo —dijo Carlita—. ¿Por qué os fuisteis vosotros? Todo lo que habéis conseguido es cabrear a todo el mundo. ¿Qué coño ganasteis con eso?

—Si por todo el mundo entiendes los Garou de Europa y América, entonces sí, provocamos su ira. Pero el mundo es mucho más grande de lo que ellos suponen. El corazón de la tribu Contemplaestrellas ha estado siempre en Oriente. Al contrario que los otros Garou y razas metamorfos de Oriente, nosotros vinimos a Occidente para extender la sabiduría. Con resultados variados.

—Creí que la mayor parte de las razas metamorfos... los Fera ¿no?

—Sí, ese es el término general aceptado.

—Sí, eso creía. De todas formas, creí que la mayor parte de los Fera habían desaparecido.

—La mayoría de los Garou no lo saben, pero los Fera son más fuertes en Oriente que aquí. Mantienen las Cortes de la Bestia donde luchan por conseguir el equilibrio y la armonía entre todas las razas, no sólo los Garou. Los Contemplaestrellas son amigos de esas cortes y lo han sido durante mucho más tiempo que

cualquier otra alianza Contemplaestrellas que hayamos mantenido en Occidente.

—Vale, entendido. Las viejas alianzas no se deshacen así como así. ¿Pero por qué cortar con nosotros aquí? ¿Cómo os ayuda eso allí?

Antonine se quedó callado un rato pero luego habló con una sensación de derrota en la voz.

—¿Sabéis lo que es perder un túmulo? Te rasga el alma. Un lugar que fue vital, que estuvo profundamente conectado a tu ser, ha desaparecido. La pérdida de tu lugar es una de las tragedias que más consumen el espíritu en toda esta guerra con el Wyrn. Se puede ver también en los humanos que no tienen raíces, hogar. Están vacíos, desamparados, o se vuelven maníacos, intentando desesperadamente distraerse y olvidar esa falta de raíces.

»Los Contemplaestrellas perdieron su corazón, el túmulo más veterano dedicado a la tribu. El Monasterio Shigalu, en el Tíbet, una de las fortalezas más antiguas de conocimiento y sabiduría, cayó por fin ante el Wyrn. Hicieron falta unos cuantos años para que se establecieran las repercusiones de esa pérdida pero cuando lo hicieron, los ancianos de la tribu tuvieron que volver a examinar nuestros propósitos.

»Son muchos los caminos para llegar al mismo objetivo. La Camada de Fenris ambiciona luchar contra el Wyrn con las garras y los recursos bélicos. Los Señores de la Sombra a través de la astucia y la dominación. Cada tribu tiene sus propios métodos. Los Contemplaestrellas siempre hemos buscado la victoria a través de la sabiduría y la ilustración, para trascender el conflicto y así disminuirlo al conseguir una perspectiva más verdadera. Al igual que las otras tribus, hemos tenido algunos éxitos y algunos fracasos, pero nuestros fracasos en Occidente superan con mucho a nuestros éxitos en Oriente.

—¿Y es por eso? —dijo Julia—. ¿Cómo teníais las cuentas en rojo os retirasteis y renunciasteis a Occidente?

—No, es más complicado que eso. En cierto modo, Occidente renunció a nosotros. Nosotros reconocemos la necesidad de que se den diferentes medidas en este conflicto, y eso significa la contribución de los otros Fera: los Bastet, los hombres cuervo Corax, los hombres zorro Kitsune, los hombres oso Gurahl y demás. Sin ellos creemos que no se puede ganar esta guerra. Occidente los ha apartado por completo y todavía los aparta —y miró con intención a Julia, Carlita y Ojo de Tormenta.

—Para que los Contemplaestrellas consigan ganarse su total confianza, teníamos que convertirnos en parte neutral, estar fuera de la Nación Garou.

—¿La Suiza de las tribus? —dijo Julia.

Antonine sonrió.

—Algo así. Si permanecemos fuera de la Nación, podemos criticarla y honrarla sin la mancha del favoritismo. De esta forma esperamos construir mejores lazos con todos los otros seres vivos. Por supuesto teníamos la esperanza de que el resto de los Garou lo entendieran, pero hasta ahora muy pocos lo han hecho.

—Bueno, tampoco es que vosotros hayáis hecho un gran trabajo a la hora de explicarle todo esto a los otros —dijo Julia—. Necesitáis una casa de relaciones públicas un poco mejor.

—¿Ah, sí? Creo que se lo expusimos a los ancianos bastante bien. Sin embargo, para algunos, la diferencia entre entenderlo y apreciarlo es un abismo demasiado grande para cubrirlo. Lo entendieron, pero no estuvieron de acuerdo con nosotros.

—Mira, eso sí que lo entiendo —dijo Hijo del Viento del Norte—. A mi tribu le pasa todo el tiempo.

—Como a todos, ¿no? —dijo Carlita.

El resto del viaje transcurrió en silencio mientras todos pensaban en lo que había dicho Antonine. Grita Chaos, con el espíritu muy lejos, en un lugar que nadie conocía, no oyó la discusión y por tanto no se formó ninguna opinión sobre el tema.

## Capítulo tres



Las estrellas giraban en los cielos. Antonine siguió su baile buscando un significado en aquellas formaciones impresionantes de constelaciones esparcidas. Contemplaba la colección sideral a través de un telescopio con lentes que no eran del cristal molido que refractaba el mundo físico, sino hechas con unos cristales cuidadosamente tallados que revelaban el firmamento del espíritu, el Reino Etéreo, hogar de los Celestes e Incarna cuyas almas alimentaban las estrellas que los humanos veían con ojos terrenales.

El telescopio era un fetiche, el cilindro de metal y los cristales estaban habitados por espíritus de las estrellas, jirones de éter nacidos en los espacios que hay entre las estrellas, espacios que no están en absoluto vacíos en el mundo espiritual, espacios bañados por la vida y la conciencia. Aunque algunos de estos espíritus estaban unidos a este ingenio terrenal de metal y cristal, dirigían la mirada hacia su hogar. Aquella encarnación en la materia no era ninguna jaula, sino un vasallaje voluntario a un sirviente de

Gaia, aquellas décadas de servidumbre apenas un efímero momento para su perspectiva de cuerpos celestiales.

Antonine se reclinó en el asiento y reflexionó sobre las imágenes que había visto. Con un telescopio tan potente como este podía ver estrellas muy distantes que eran invisibles al ojo humano, que no podían ver ni siquiera aquellos que estaban dentro del mismo Reino Etéreo. Estas estrellas invisibles formaban constelaciones propias cuando se veían desde la perspectiva de su localización en el mundo material. Las estrellas más obvias no proporcionaban pistas claras sobre el estado de Grita Caos, así que Antonine tuvo que mirar con más profundidad.

No pudo evitar advertir la presencia de la estrella roja, claro. El fuego funesto que presagia el Apocalipsis hacía muy poco tiempo que había aparecido en el cielo, aunque seguía siendo invisible desde buena parte de la Umbral. Arrojava una neblina carmesí sobre los otros fragmentos distantes oscureciendo la visión. ¿Y no arrastraba también la luz de estas estrellas? ¿La gravedad de esa estrella deformaba su visión y por tanto deformaba la verdad que podría leer en la posición de las estrellas? ¿O esa misma gravedad formaba parte de algún modo de la gramática secreta que tenía que descifrar?

Quizá, y eso en sí mismo era un factor muy importante en el asunto que le ocupaba. Antonine no conocía las señales lunares que habían acompañado al nacimiento de Grita Caos. Ninguno de sus compañeros (que se habían unido demasiado recientemente) conocía los sucesos astrológicos asociados a su nacimiento o Primer Cambio, sólo que había ocurrido cerca del momento de aparición de la estrella roja. Antonine tenía que confiar en la ayuda exterior.

Antes de situarse en la silla que tenía junto al ocular, concentró su voluntad como le habían enseñado los Quimérulas (los

espíritus del sueño) y la rindió al cosmos. Una vez receptivo a su influencia abrió los ojos y contempló las estrellas. Muy lejos, tan débiles que apenas se veían, parpadeaban tres estrellas. Incrementó el aumento de la lente, las examinó más de cerca y vio la neblina roja. Invocando el poder de los espíritus del telescopio, invirtió el juego de luces de las lentes al momento en que Grita Caos había resultado herido y luego adelantó de nuevo los movimientos de las estrellas contemplando aquella danza atentamente. Giraron en dirección contraria a la tierra, con unas espirales tan complejas que no le parecían posibles para un tiempo tan breve de examen.

Y sin embargo, no eran las estrellas las que se movían de forma tan notable, sino su luz, que se retorció y giraba en su viaje desde la llama fundida hasta su ojo, deformada por la atracción de la estrella roja, Anthelios.

Invocó una vez más la sabiduría de los espíritus y solicitó una pista del significado escondido tras aquellas tres estrellas desconocidas y sus movimientos. Aparecieron imágenes en su cerebro, pensamientos que otros considerarían con desprecio restos de agotamiento o imaginaciones. Pero Antonine no se dejó engañar. Le prestó gran atención a estos mensajes, la respuesta a su petición, una pregunta que sólo sabían hacer los miembros de más alto rango de su tribu.

Vio a Grita Caos entre los suyos, los Hijos de Gaia del Clan del Amanecer. Cazaba con sus compañeros de manada, jugaba con ellos y cantaba con ellos las viejas sagas. Al tiempo que las imágenes le inundaban, parecían hacerse cada vez más antiguas, filtrarse en el pasado. Grita Caos se hizo más joven y Antonine contempló momentos del pasado del metis cada vez más antiguos. Pero entonces las imágenes pararon y sólo quedó un espacio, más vacío

que una cueva oscura pues ni siquiera el sonido, la calidez o el frío existían aquí.

Antonine abrió los ojos respirando con dificultad. Miró a su alrededor un momento, confundido por su propio ambiente y luego recordó donde estaba. Agitó la cabeza para deshacerse del vacío y tembló, ahora sabía lo que era perder tu pasado, que te arrancaran del alma un trozo de tu antiguo ser. Era como si esos recuerdos ya no existieran, peor, era casi como si esos acontecimientos nunca hubieran ocurrido, no era que los sustituyeran otros recuerdos, sino que los habían extirpado del mismo tiempo, dejando en su lugar una ausencia, una herida abierta.

Los Garou no eran seres simplemente formados por carne y hueso, sus cuerpos también estaban constituidos por espíritu y ese espíritu consistía en canciones, cuentos y sagas. No se podía reducir a un Garou a una probabilidad maquinal y fortuita, pues era un ser compuesto también por el cuento mítico de su nacimiento, destino, lucha y heroísmo incluso en las garras de la derrota. Se podía destruir la carne, incluso esclavizar el espíritu pero no se podía alterar la esencia de lo que era un Garou y de lo que tenía que ser.

*O eso creí una vez, pensó Antonine.*



Carlita paseaba por el salón de la espaciosa cabaña aburrida y todavía demasiado nerviosa para poder dormir. Al igual que los otros se había derrumbado en cuanto llegaron a la casa de Antonine, pero al contrario que sus compañeros despertó apenas dos horas después. El resto dormía todavía; Julia en la habitación de invitados, Hijo del Viento del Norte en una cama plegable en el

salón y Ojo de Tormenta en el suelo, acurrucada en su forma de loba. Grita Caos reposaba en coma en el dormitorio principal. Carlita había dormido en el sillón, el lugar de lectura de Antonine. Era bastante cómodo, no era ese el problema, era la incertidumbre, lo desconocido que apenas se vislumbraba pero que tenían ante ellos. ¿Adónde ir? ¿Qué hacer?

Vagó sin rumbo a la cocina y le echó un vistazo al armario; un montón de arroz, latas de sopa, paquetes de té, pan en la encimera. En la nevera encontró carne picada. *Y yo que creía que los Contemplaestrellas eran vegetarianos* —pensó—. *¿No es así como tienen que ser los tipos espirituales? Quizá para los humanos, pero supongo que no es fácil para un lobo dejar de comer carne.*

Sacó una sartén del gancho que la sostenía sobre la encimera y buscó una espátula en el cajón. Abrió el paquete de ternera y sacó un puñado de carne y luego hizo una hamburguesa que echó a la sartén poniendo el quemador a temperatura media alta. Sabía que podía comerse la carne cruda sin problemas, especialmente si cambiaba a la forma de loba, pero prefería la carne cocinada y aderezada, una delicadeza que los Roehuesos no siempre tenían la opción de elegir, viviendo en las calles y comiendo de la basura como tenían que hacer muchos de ellos.

Encontró un molinillo de pimienta negra y esparció una cantidad prodigiosa de la especia sobre la hamburguesa de la sartén. Mientras se cocinaba, cogió dos trozos de pan del paquete y los puso en la tostadora; en la nevera encontró mostaza y salsa de tomate, pero no había mayonesa.

El crepitante aroma flotó por la cocina provocándole una sonrisa, ya se sentía mejor. La comida era una de las mejores curas que conocían tanto los humanos como los lobos.

Le dio la vuelta a la hamburguesa un par de veces para que se cocinara por igual por los dos lados pero que quedara rosada por el centro, luego la metió en el pan tostado, untado con mostaza y salsa de tomate y le dio un mordisco a aquel delicioso bocado.

*¡Mierda, lo necesitaba!*

Masticando la hamburguesa caliente volvió a la salita para encontrarse con Ojo de Tormenta sentada y olisqueando. La loba la miró con asco.

—¿Por qué estropeas la comida quemándola? —gruñó.

Carlita sólo sonrió y se volvió a tirar en el sillón.

—Tranquila, aún queda carne cruda en la encimera para ti.

Ojo de Tormenta se levantó sobre sus cuatro patas y se fue despacio rumbo a la cocina.

Carlita contempló a Hijo del Viento del Norte, todavía dormido en la cama plegable. *¿Cómo puede dormir sin hacer ruido alguno? Ni siquiera respira fuerte, por no hablar de roncar. ¿Les enseñan esas cosas en su tribu?*

La puerta del observatorio se abrió y Antonine bajó las escaleras. Parecía cansado, como si hubiera pasado demasiado tiempo sin dormir. Estaba ensimismado en sus pensamientos, sin apenas reconocer a los demás de la habitación.

Carlita le mostró la hamburguesa, casi desaparecida, sólo quedaban dos mordiscos.

—Perdón, me entró el hambre. Espero que no te importe.

—Claro que no —dijo Antonine sonriéndole, aunque parecía más algo que se le hubiera ocurrido en ese momento que un gesto auténtico—. Os habría ofrecido comida antes, pero todos necesitabais dormir.

—¿Averiguaste algo?

—Sí, una pista. Para proceder necesito la ayuda de Julia.

—¿Qué pasa? ¿Tienes que consultar la bolsa o algo así?

—Invocar espíritus.

—Ya, claro —dijo Carlita escondiendo rápidamente una sonrisa—. Ya lo sabía, sólo estaba de broma. ¿Quieres que la despierte?

—No, déjala dormir por ahora. Necesito que esté descansada.

—Vale, ¿y ahora qué?

—Necesito meditar, prepararme. Para eso voy afuera. Si me necesitáis estaré en el arroyo, pero por favor, no me interrumpáis a menos que sea importante.

—Por supuesto.

Antonine salió caminando por la puerta principal y la cerró suavemente tras él. Ojo de Tormenta salió de la cocina tranquilamente chasqueando las mandíbulas y quitándose de los dientes trocitos sueltos de carne.

—No te la comiste toda, ¿verdad? —dijo Carlita—. Los otros también van a tener hambre, ya sabes.

Ojo de Tormenta dejó caer la cola con aire culpable.

—Pero bueno, tía! Se supone que eres nuestra jefa!

Ojo de Tormenta levantó la cabeza desafiante.

—Cazaré —fue hacia la puerta de la cabaña, la abrió de un empujón y desapareció en la primera neblina del amanecer.

—Genial. Pieza de carretera cruda, lo que nos faltaba.

—Carlita, con el estómago lleno y satisfecho se acurrucó de nuevo en el sillón y enseguida se volvió a dormir.



El aroma de carne de venado asado se metió flotando por la puerta abierta de la cabaña y la despertó otra vez. Se sentó aturdida, se estiró y miró por la ventana. Por la forma en que se

inclinaba la luz supuso que era por la tarde. Hijo del Viento del Norte ya no estaba en la cama plegable y oyó voces fuera, a cierta distancia.

Supuso que los otros estaban haciendo una comida al aire libre con la pieza cobrada por Ojo de Tormenta, pero antes de unirse a ellos fue rápidamente al baño y luego a echarle un vistazo a Grita Caos. Respiraba con normalidad pero no había cambiado de posición desde que le habían dejado sobre la cama la noche anterior. Carlita suspiró y cerró la puerta sin ruido tras ella.

La puerta de la habitación de invitados estaba abierta y no había señales de Julia. *Debe de estar fuera con los otros.*

Carlita salió despacio por la puerta principal, bajó los escalones y siguió el sendero de madera tras el aroma de la carne cocinándose.

Los otros estaban sentados alrededor de un fuego abierto donde se asaba sobre una gran llama el cadáver de un ciervo despieceado. Trozos de las ancas reposaban en el suelo allí cerca mientras Ojo de Tormenta los roía lentamente, la sangre esparcida teñía la hierba de un color marrón oscuro.

John Hijo del Viento del Norte giró lentamente el espetón y la saludó con la cabeza cuando entró en el claro. Julia, sentada en un banco de madera cerca de los demás, trabajaba con un teclado conectado a su PDA, la saludó con la mano pero no se volvió a mirarla.

—¿Qué hay? —dijo Carlita—. ¿Se sabe algo de Antonine?

—Está meditando —dijo Hijo del Viento del Norte—. Por allí, por donde el arroyo.

—Oye, Julia —dijo Carlita—, ¿te dijo que necesita tu ayuda más tarde para invocar a un espíritu?

Julia levantó la vista del teclado.

—No. No hemos hablado con él todavía. ¿Dijo qué tipo de espíritu estaba buscando?

—No. Supongo que cree que necesita que le eche una mano un Theurge.

Julia asintió y volvió a la diminuta pantalla.

—No hay noticias. No hay nada en la red todavía, nadie sabe nada más de Jo'ellath'mattric —apagó el aparato y lo desenchufó de su cuna teclado, que luego plegó como si fuera un acordeón y lo cerró de golpe como quien cierra un libro.

—No creo que vayan a emitir lo que pase —dijo Hijo del Viento del Norte.

—No es por los medios habituales de comunicación —dijo Julia—. Es el Internet de los Moradores del Cristal. Hace falta un fetiche —levantó la PDA— para acceder. Siempre hay una buena red de rumores circulando; están chismorreando sobre nuestro fiasco en Serbia, (tuve que corregir algunos errores en el relato de los hechos) pero no hay ninguna otra noticia de Europa.

—No importa —dijo Ojo de Tormenta gruñendo en Garou—. Ya no podemos hacer nada por ellos. Tenemos que cuidar de Grita Caos. Lo que le hace daño a él, pronto hará daño a otros. Si se puede curar aquí, la cura funcionará allí.

—Para eso necesitamos a Antonine —dijo Hijo del Viento del Norte.

—Si oírnos cotorrear aquí no le saca de su meditación pronto —dijo Carlita—, entonces lo hará el olor de este venado.

Se sentaron a contemplar como se cocinaba el venado. Nadie sabía qué más decir. Muy pronto apareció en el claro Antonine Gota de Lágrima (Ojo de Tormenta se sorprendió de lo silenciosamente que había llegado) y se sentó en el banco de madera.

—¿Ya está listo ese venado? —dijo.

—Sí —respondió Hijo del Viento del Norte—. ¿Qué parte quieres?

—Puesto que veo que la cazadora ya ha elegido la parte que le correspondía —dijo Antonine señalando con la cabeza los huesos que había ante Ojo de Tormenta—. Entonces no me voy a preocupar por la primacía. Córtaame un trozo del costado, y da las gracias a su espíritu mientras lo haces.

—Jamás como la carne de otro ser vivo sin rendirle primero homenaje. Es la costumbre de mi tribu.

—Debería ser la costumbre de los otros también. Así está bien, gracias. —Antonine tomó un trozo de carne y músculo humeante y rojo que le ofrecía el chef Wendigo y en silencio dijo una plegaria al espíritu que antes lo alimentaba. Luego afiló los dientes hasta convertirlos en caninos lobunos y mordió el venado dando gracias por el alimento.

Hijo del Viento del Norte sirvió a los otros y todos comieron, después de que cada uno hiciera una pausa para dar las gracias al espíritu ciervo a su manera. Julia se sintió incómoda, jamás lo había hecho, ni siquiera se lo había planteado. La carne era carne, pero provenía de algo, de algo que antes estaba vivo. Después de todo, si algún día la consumían a *ella*, esperaba que el bastardo en cuestión al menos murmurase alguna palabra de agradecimiento por las molestias. Se sintió un poco culpable por no haber pensado en ello antes y le agradeció al venado todo lo que le había dado, o estaba a punto de darle. Luego le dio un mordisco.

Después de mascar y tragar meticulosamente el bocado miró a Antonine.

—Carlita dijo que querías que te ayudara a invocar un espíritu.

—Eso es —dijo Antonine—. Necesitaría un Theurge que me ayudara. Lo he hecho antes, muchas veces, pero no es realmente mi fuerte.

—¿Y qué tipo de espíritu?

—Un espíritu del sol. Un Yaglino que sirva a Helios.

Julia se mostró perpleja.

—Eso es... bueno, raro. ¿Qué esperas conseguir?

—Una historia, un cuento. Algún retazo del pasado de Grita Caos, algún acontecimiento lo bastante poderoso para que se lo hayan contado a todos los miembros de su clan.

—Vale, pero todavía no entiendo lo del espíritu del sol. ¿Qué tiene eso que ver con el clan de Grita Caos?

—¿El clan del Amanecer? Piensa en ello, su líder es el legendario Sergiy Pisa la Mañana, un Hijo de Gaia famoso por su amor al amanecer. Ninguno de vosotros sabe nada del pasado de Grita Caos, por lo menos nada lo bastante antiguo para que le sirva de algo ahora. Pero es posible que cuando Grita Caos era un lobezno realizara una gran hazaña que el que Pisa la Mañana le cantara al amanecer. Algo que podría haber oído un cierto número de espíritus que presenciaban la salida del sol, podrían recordar la canción y cantárnosla.

Hijo del Viento del Norte habló:

—¿Cómo puedes saber qué espíritu invocar? Debe haber cientos de ellos!

Julia levantó la mano agitándola como si les pidiera que fueran más despacio.

—No, se puede hacer. Aunque sería mucha casualidad, las probabilidades son bastante astronómicas, y no quería hacer un juego de palabras. Pero la verdadera pregunta es ¿por qué? ¿Qué conseguimos con eso?

Antonine se levantó.

—Grita Caos está físicamente bien; no tiene ninguna herida que no se pueda curar. Pero ha perdido una parte de su pasado y por tanto una parte de su alma. El alma está herida y todavía

sangra, tenemos que remendarla; no puede saber quién es sin recobrarla.

—¿Así que este espíritu puede curarle recuperando un recuerdo de su pasado?

—No, pero quizá lo reviva lo suficiente para que recupere la conciencia. Sea cual sea la historia que nos pueda contar este espíritu (si tenemos la gran fortuna de conseguir invocarlo) sería algo pequeño, no tanto, ni mucho menos, como para cerrar la herida de su alma, pero sería un comienzo. Quizá lo suficiente para despertarlo.

Empezó a caminar hacia la cabaña.

—Julia, me gustaría que te reunieras conmigo a la cabecera de Grita Caos al mediodía, lo tendré todo preparado.

—De acuerdo —dijo Julia—. Allí estaré. Pero tengo que advertirte que sólo se me dan bien los tecno-espíritus, los espíritus del sol quizá me queden grandes.

—No te preocupes. Son de mi talla.

—¿Y nosotros? —dijo Carlita—. ¿Qué hacemos nosotros?

Antonine volvió la vista por encima del hombro mientras daba la esquina.

—Vigilad la cabaña. Estad preparados para alejar cualquier cosa que responda a nuestra invocación sin invitación.

—¿Cómo qué?

—Cualquier cosa que no tenga una disposición brillante —sonrió Antonine mientras desaparecía tras la curva.

—Siento haber preguntado.

—Perdonada —dijo Antonine, transmitiéndose su voz a través de los árboles—. Vamos a empezar.

Ojo de Tormenta se encogió a su forma Lupus, lista para la acción. Hijo del Viento del Norte bajó la cabeza y pareció orar. El viento se agitó ligeramente llevándole el pelo a Carlita a la cara, que

---

se lo apartó de un manotazo y arrancó otro pedazo de carne del espetón.

—Genial —dijo—. Turno de guardia.

## Capítulo cuatro



La habitación olía a especias y aroma de pino y el humo del incienso flotaba desde el techo al suelo. Julia arrugó la nariz al llegar a la puerta de la habitación donde Grita Chaos, en la forma Crinos, descansaba inconsciente sobre la cama. Como metis esa era su forma natural, una de las muchas razones por las que a un Garou como él no se le permitía vivir fuera de los túmulos; había demasiado riesgo de provocar el Delirio, un miedo sobrehumano que sienten las personas que se encuentran con la forma guerrera Crinos.

—Cierra la puerta —dijo Antonine—. No diluyas el incienso.

Julia entró sin ruido en la habitación y cerró la puerta tras ella.

—¿Qué es? Jamás había olido algo así.

—Es una mezcla especial desarrollada por el Monasterio del Propósito Más Puro de China, está diseñada para ayudar en la comunicación con los espíritus de las estrellas.

—Creí que queríamos un espíritu del sol —dijo Julia colocando la PDA a los pies de la cama—. Sé que, científicamente hablando, el sol no es más que otro tipo de estrella, pero son muy diferentes

desde la perspectiva de la Umbra: las estrellas algo distante y raro, el sol está cerca y es un ser regio.

—Cierto, pero esto es lo mejor que tengo. Están relacionados porque comparten el mismo reino aunque residan en diferentes regiones del cielo. Sin embargo, te ayudará a comprender el Reino Etéreo al invocarlo, y ayudará al espíritu a pasar la Celosía.

—¿La... Celosía? Es muchísimo más fácil invocar espíritus en la Umbra. ¿No vamos a pasar al otro lado primero?

—No lo recomiendo. La tormenta está todavía ahí fuera, amenazando a distancia. Quizá no nos moleste ahora pero algo que lleve dentro podría sentirse atraído por una invocación, incluso aunque no lo invoquemos a él.

—Comprendido. El sol no luce cuando hay tormenta. Tiene sentido. Debería haberseme ocurrido. —Julia miró por la habitación y vio que, además de muchos conos y palitos de incienso, había velas goteantes por las estanterías y el alféizar de la ventana—. Vale, ¿cómo lo vamos a hacer? Yo invoco, supongo, pero ¿qué vas a hacer tú?

—Una vez que traigas al espíritu aquí, charlaré con él y espere-mos que consiga convencerle para que nos cuente una historia.

—Entonces vamos allá.

Antonine le mostró una campana de bronce adornada con extraños símbolos.

—Utiliza esto para llamarlo, pertenece al monasterio Shigalu, suena por el Reino Etéreo y se usa para enviar mensajes al monasterio Contemplaestrellas que hay allí, pero lo he armonizado para que lo oigan los espíritus.

Julia cogió la pesada campana y la agitó, un sonido metálico fuerte y profundo resonó por toda la habitación.

—Interesante...

Cogió la PDA y la encendió y luego utilizó el punzón para activar una aplicación. La pantalla mostró una serie de iconos, tocó con el punzón la imagen de una araña y la pantalla se quedó en negro excepto por un brillo que palpitaba lentamente.

Julia se quedó sentada un rato en silencio con los ojos cerrados y concentrándose para la tarea que tenía que realizar. Luego tocó la pantalla de la PDA pero en vez de rozar la pantalla de plástico, el dedo se le hundió, como si fuera un estanque de agua quieta. Unas ondas de fuerza salieron en círculo del punto de contacto bañando toda la habitación y fuera de ella y deshaciéndose en el reino de los espíritus.

—Soy Julia Spencer, Moradora del Cristal del Clan de la Ciudad Antigua. Estoy intentando llegar a los hijos de Helios. ¿Hay alguien ahí fuera, cerca del sol, bañándose en su luz, que me pueda hablar sobre Grita Caos, Garou metis de la tribu de los Hijos de Gaia, antiguo miembro del Clan del Amanecer?

Antonine susurró.

—Prueba con la campana.

Julia agitó vigorosamente la campana y sus reverberaciones parecieron unirse a las ondas del dedo. Las oyó resonando en el cosmos y parecieron retumbar en algún lugar sobre sus cabezas como una tormenta incipiente.

—Ha llegado al Reino Etéreo —dijo Antonine.

Julia esperó y repitió la pregunta. Después de otra pausa la repitió de nuevo.

Las ondas cambiaron, rebotaron en la habitación como si otra serie de rizos las estuvieran contrarrestando. Se hicieron visibles ondas nuevas que giraban dentro del dedo de Julia y a su alrededor y cuando formaron un vórtice Julia extrajo lentamente el dedo de la pantalla atrayendo consigo al ectoplasma que se estaba cuajando. Mientras iba fluyendo de la pantalla, la luz que

emitía se hizo intensamente brillante, tanto que Antonine y Julia casi tuvieron que cerrar los ojos. La habitación se hizo, de repente, más luminosa.

El espíritu se elevó hacia el techo formando un globo que irradiaba calor y una luz reluciente, un sol en miniatura que flotaba sobre sus cabezas.

—Saludos, siervo del sol —dijo Antonine.

—Saludos para ti, El Que Contempla las Estrellas —dijo el espíritu con voz profunda y retumbante, la voz de un anciano con muchos años y sabiduría—. Y para ti, La Que Mora En El Cristal. Oí la campana y luego escuché tu pregunta. Conozco a este Grita Caos, un cachorrito criado por Sergiy Pisa la Mañana, amado de nuestro señor Helios, en las costumbres de los que cambian a lobos.

—Me alegro de oírlo. ¿Nos contarías lo que sabes de él, oh brillante sol, para que él también pudiera escucharlo? Pues su cuerpo reposa en esta habitación, pero su espíritu reside en otro lugar. Si escucha una historia sobre sí mismo, quizá se le pueda convencer para que vuelva a hacerse carne.

—Lo haré, pues Grita Caos es muy amado por el que Pisa la Mañana. Pero no es el que Pisa la Mañana quien me pide esta tarea, sino tú, un extraño, aunque uno que conocen mis primas, las estrellas. Hay un precio por mi sabiduría.

—Pídelo.

—Si el espíritu del cachorro se despierta con mi saber, debe presentarle sus respetos a Helios según la costumbre de su propio anciano. Al amanecer saludará al sol con los brazos abiertos y una canción, como lo hace el que Pisa la Mañana. Lo hará por lo menos una vez por luna (tal y como los que cambian a lobos consideran el tiempo) pero conseguirá más protección si escoge rendir homenaje a Helios de esa manera todos los días.

Antonine miró a Julia.

—No me resuelvo a prometer algo en su nombre. Tú eres compañera suya, sin embargo. La decisión debe ser tuya.

—No hay mucho que elegir. ¿El coma o la oración matinal por el resto de su vida? Oración matinal, y no necesito el comodín del público.

Antonine se dirigió al espíritu que les contemplaba.

—Conformes. Los compañeros de manada de Grita Caos se asegurarán que mantiene su promesa.

—Entonces sabed esto —dijo el espíritu— como se lo contó al sol naciente el que Pisa la Mañana...

Una nueva voz resonó por toda la habitación, una voz profunda, campechana, con una pizca de risa, llena de alegría: la voz de Sergiy Pisa la Mañana, tal y como sonaba hace años.



*⊠ Atención, oh espíritu del calor y la sabiduría! Escucha este relato, un cuento de mi propio hijo de leche, Grita Caos, héroe del Clan del Amanecer, en este, su primer día de Garou tras completar su Rito de Iniciación.*

*Hace apenas una semana que esta pequeña manada dejó el túmulo, todos cachorros, nuevos en sus pieles metamorfos, para buscar la fuente de la corrupción que todos sabíamos que existía en un pueblo al oeste de nosotros. Asesinaban a humanos, uno por uno, y abandonaban sus cuerpos en los bosques; era una disputa étnica, pues las víctimas eran inmigrantes del este. Que tal odio y amargura exista entre los humanos no es nada digno de atención, pero que le acompañen Perdiciones para masticar las almas de los asesinados, es intolerable.*

*Una vez que llegaron, los jóvenes miembros de la manada, que jamás habían demostrado su valía, recorrieron la ciudad por la noche en busca del olor del mal y no encontraron huellas de él. Impávidos, caminaron la ciudad como humanos fingiendo ser turistas que estaban en la zona y haciendo preguntas que sabían que atraerían con toda certeza al mal. Aunque su comportamiento fue maleducado según las normas humanas, sí que atrajeron a esos que odiaban con intenciones asesinas.*

*Tres noches después de su llegada, se dividieron para buscar en la noche señales de corrupción. Grita Caos, solo en las calles vacías, se vio arrinconado por una turba de humanos llenos de odio que deseaban matar una vez más al objeto de su rencor, esta vez amigos de los extranjeros que según ellos les robaban sus medios de vida y amenazaban su sentido de la autosuficiencia. Lo cual tampoco es nada extraño, pues se ve en muchos lugares de Europa.*

*Pero el jefe de la banda era algo excepcional, alto e imponente, era un experimentado traficante de odio, un antiguo cabeza rapada y ahora un agitador a la última moda del odio. En su cuerpo fuerte y atlético se retorció una Perdición que le pudría el alma, ahogando todo indicio de compasión o piedad. Ya no era un ser humano, sino un Fomor. Los otros le seguían no porque ejerciera una coerción sobrenatural sobre ellos, sino porque les daba un centro de atención para sus miedos.*

*Empuñando piedras y palos, se lanzaron contra el joven cachorro, que mientras le caía encima una lluvia de golpes hizo algo muy extraño para un joven Garou: permaneció en la forma humana y sufrió los golpes, e incluso aunque le hicieron un gran daño y podrían muy bien haberle matado, no levantó el puño contra ellos sino que se derrumbó bajo su asalto.*

*¿Débil? ¿Es eso lo que creen algunos? No. Sabio.*

*Grita Chaos esperó, simulando inconsciencia, a que se le acercara el líder. Una vez que lo tuvo cerca, empezó a golpear con furia, cambió de forma al instante y destripó a la forma Fomor de arriba abajo. En la timbra, la Perdición gimió, despojada de su cuerpo. Allí, Montaña Gris, compañero de la manada, lo oyó y terminó con su existencia.*

*Con la muerte del líder la turba se dispersó. Algunos corrieron muertos de miedo envueltos en el Delirio, incapaces de recordar la fuente de ese miedo, velada por la visión de la forma de batalla de Grita Chaos. Otros se alejaron llenos de confusión. Y a partir de entonces y para siempre, su odio por los extranjeros evocará miedo, no ira; siempre que sientan deseos de matar, temblarán y sudarán sin causa que puedan percibir y pensarán en otra cosa, huyendo todo lo que puedan de la noche en la que Grita Chaos les perdonó la vida.*

*¡Ríndele homenaje, oh sol! Rinde homenaje a aquel que conoce la compasión, que sabe a quién golpear y a quién perdonar. ¡Un auténtico Hijo de Gaia es éste al que llaman Grita Chaos!*



La voz guardó silencio, el ardiente espíritu se desvaneció dejando tras sí la repentina oscuridad de la luz de las velas. Antonine y Julia se quedaron mirando expectantes a Grita Chaos. ¿Había cambiado su respiración? ¿Tenía la mano en una posición diferente a la de antes? No podían asegurarlo.

Pasaron los minutos sin que hubiera ningún cambio. Julia apagó su PDA y se la metió en el bolsillo, abrió la boca y aspiró con intención de hablar pero Antonine levantó la mano

pidiéndole silencio. No había apartado la mirada de Grita Caos ni un segundo y ahora parecía capaz de ver algo que ella no veía.

Julia se dio cuenta de que Antonine se estaba asomando a la Umbra para ver al metis desde la perspectiva del reino de los espíritus, cosa que para ella no tenía ningún sentido. Ya habían buscado en la Penumbra alrededor de Grita Caos antes, y no habían podido encontrar ninguna señal de actividad cerca de su alma y puesto que estaba en aquel momento en el mundo material, Antonine no podría verlo al otro lado.

A pesar de todo, Julia llamó a su propia dote de espíritus y también se asomó más allá de la Sombra de Terciopelo. Allí, en una habitación que se parecía notablemente a su equivalente físico (algo extraño para la Umbra, que solía reflejar realidades totalmente diferentes) una sombra oscura se estaba fundiendo lentamente en el espacio ocupado por Grita Caos en el mundo físico.

Julia se lo quedó mirando intentando averiguar qué era. No cabía duda de que estaba relacionada con la tormenta, de hecho parecía formar parte de las oscuras nubes de tormenta de aquel extraño fenómeno. Pero mientras lo contemplaba no se hizo más grande ni más oscura, sino que pareció desenmarañarse, reducirse y flotar por la Umbra en múltiples direcciones, arrastrada por las trochas.

Alguien tosió, Julia miró a su alrededor pero no vio a nadie. La habitación estaba vacía, entonces se dio cuenta que todavía estaba mirando en la Penumbra y que la tos se había producido en el mundo físico. Retirándose del mundo espiritual, Julia miró a Grita Caos.

Este tosió de nuevo y movió la cabeza hacia atrás y hacia delante como luchando contra una pesadilla. Antonine estaba ahora inclinándose sobre él, le colocó una mano en la frente y los

ojos de Grita Caos se abrieron de repente. El metis se sacudió sorprendido pero luego se tranquilizó cuando reconoció al Contemplaestrellas y emitió un gruñido de confusión y preocupación.

—¡Grita Caos! —dijo Julia—. Soy yo, Julia. Estás bien. Todo va bien, aquí no hay ninguna criatura Wyrn.

Grita Caos la miró fijamente como si pensara que estaba muerta y de repente hubiera vuelto a la vida. Luego volvió a mirar a Antonine, que se incorporó sonriendo.

—¿Qué...? ¿Dónde...?

—Estás en mi casa —dijo Antonine—. De vuelta en las Cat-skills, lejos de Europa.

Grita Caos tembló y dejó escapar un gran suspiro. Se frotó los ojos y se acunó la cabeza.

—Yo... no me acuerdo... ¿qué pasó?

—Espera —dijo Julia—. No te apures. Ya te lo contaremos en su momento. Por ahora tienes que deshacerte de eso, lo que fuera que te tenía agarrado.

—Estoy de acuerdo —dijo Antonine—. Levántate, muévete. Vamos a ver si te da el aire un poco. —Caminó hacia la ventana y apagó las velas del alféizar con los dedos, luego abrió las contraventanas dejando entrar la luz y el aire del atardecer.

Grita Caos se quedó mirando a los árboles que había fuera como si contemplara un oasis después de un largo viaje por el desierto y sonrió.

—Es hermoso, está vivo. No creí volver a verlo de nuevo.

Se levantó y casi se cae antes de recuperar el equilibrio y la fuerza. Le sonrió a Julia, que había saltado a cogerle.

—Estoy bien. ¿Dónde están los otros?

—Esperando fuera —dijo Julia—. Venga, por aquí. —Abrió la puerta y lo llevó de la mano.

Mientras salían de la cabaña y caminaban por el camino de madera hacia la hoguera donde todavía estaban reunidos los otros, Grita Chaos lo miraba todo a su alrededor como un paciente de cáncer al que le acabara de dar una nueva oportunidad de vida.

Todavía estaba en la forma Crinos, inmenso sobre la forma humana de Julia, pero no parecía darse cuenta.

—Santa Madre de Gaia —gritó Carlita al verlo—. Es un milagro. ¡Estás despierto! —La Roehuesos corrió hacia él, lo agarró por los hombros y lo sacudió como para comprobar que era real y no una aparición. La sonrisa llena de dientes de Grita Chaos se amplió y no pudo contener una carcajada.

Ojo de Tormenta se le acercó haciendo cabriolas y le rodeó aullando. Hijo del Viento del Norte también tomó la forma de lobo uniéndose al aullido y Carlita y Julia siguieron su ejemplo. Cuatro lobos rodeaban al sonriente Garou en forma de Crinos, aullando a los cielos. Desde el porche de la cabaña otro aullido se unió al suyo, el de Antonine.

Grita Chaos se transformó a la forma de lobo y se unió al baile, aullando de alegría con sus compañeros. Apenas podía recordar nada de lo que le había ocurrido, pero por ahora se alegraba de no poder recordarlo. El éxtasis de aquel momento era todo lo que importaba, eso y la presencia de sus compañeros que le daban la bienvenida como lobos, sin secretos, unidos por el lazo de aquel espíritu filial.

Un recuerdo que esperaba no olvidar jamás.

## Capítulo cinco



La lluvia salpicaba entre las rocas y convertía la superficie del río en un cristal tembloroso y chapoteante que se rompía con cada gota de lluvia y arreglaba al instante aquella humedad torrencial, desbordante e interminable. Grita Caos pisó con cuidado las piedras resbaladizas, atento de colocar los pies sobre el musgo húmedo siempre que podía. El musgo también estaba resbaladizo pero tenía más agarre que aquellas piedras lisas. Iba en forma humana, pero pensó en cambiarse a lobo para contar con las patas extra.

Al llegar a la curva del río, se inclinó alrededor de un gran pedrusco que le limitaba la vista arroyo abajo y por fin vio a Antonine de pie sobre las rocas en medio del torrente. Grita Caos sacudió la cabeza pasmado, envidiando el sentido del equilibrio del Contemplaestrellas. Antonine estaba sobre una pierna, medio sumergido en aquel río que aumentaba con la lluvia. La fuerza del agua derribaría a cualquier ser humano normal, pero Antonine obviamente lo había practicado antes y no parecía molestarle en absoluto la espuma que tiraba de él.

Tenía los ojos cerrados y las manos colocadas una sobre otra ante el vientre, con las palmas hacia arriba. El índice y el pulgar de la mano de arriba (la izquierda) formaban un círculo. Parecía tranquilo y en paz. Grita Chaos no pudo evitar pensar que el gesto de la mano se parecía a la señal que se hacía cuando se decía OK.

El joven Garou dio la curva y empezó a meterse con cuidado en el río acercándose al Contemplaestrellas lentamente pero haciendo el suficiente ruido para no sorprenderle. Antonine no pareció darse cuenta de su presencia y mientras Grita Chaos se iba acercando, el Contemplaestrellas cambió de repente de forma a Glabro, luego Crinos y luego Hispo, la forma feroz prehistórica de lobo. Mientras adoptaba la forma cuadrúpeda, las cuatro zarpas cambiaban perfectamente sobre la roca, sin tener que esforzarse por recuperar la posición o el equilibrio. Luego cambió a la forma de lobo, con el cuerpo casi sumergido pero sin moverse todavía y con los ojos aún cerrados. Lentamente volvió a cambiar de forma en orden inverso, una por una, hasta llegar a la forma humana, y entonces abrió los ojos.

Grita Chaos sonrió asombrado.

—Caray, quiero decir, menudo equilibrio que tienes.

—Cualquiera puede aprender —dijo Antonine bajando la otra pierna.

—Pero estoy seguro de que lleva mucho tiempo, mucho entrenamiento.

—Hace falta paciencia y compromiso, como cualquier otro empeño.

Antonine volvió a la orilla caminando sin mostrar ninguna señal de la lucha que libraba Grita Chaos contra la fuerte corriente. Subió a la fina orilla y trepó a una gran roca donde se sentó de cara a Grita Chaos que también empezó a dirigirse con esfuerzo a la playa.

—No has venido aquí bajo una lluvia torrencial y metiéndote en medio de un río furioso para hablar sobre equilibrio —dijo Antonine.

—No —dijo Grita Caos trepando a la orilla—. Supongo que tengo muchas preguntas que hacerte. Apenas hemos hablado desde que me desperté hace unos días.

—Necesitabas pasar algún tiempo con tus compañeros. Estaban contigo cuando te hirieron y tú necesitabas oír lo que te tenían que contar.

—Sí, pero ahora lo sé. Acepto que la Perdición (o lo que fuera) me quitó algunos recuerdos. Todavía no puedo recordar muchas cosas de hace años. Todo lo de la Forja del Klaive aún está aquí —se dio unos golpecitos en la cabeza—, pero no hay mucho sobre mis primeros años. Ni siquiera recuerdo mi Primer Cambio.

—Muchos Garou considerarían eso una bendición.

—Quizá, pero no es sólo que haya perdido la memoria. Es algo más. Cada vez que intento recordarlo me siento fatal, como si mirara un abismo que me va a arrastrar.

—Entonces no pienses en ello, por lo menos aún no —Antonine se bajó de la roca a un camino que había detrás. Grita Caos no lo veía pero lo oía sobre el sonido de la lluvia—. No te quites las costras hasta que se hayan curado. Supongo que es hora de que hablemos, vamos a dar un paseo.

Los hombros de Grita Caos se hundieron, había esperado que fueran a algún lugar seco. Se olvidó de la decepción con un encogimiento de hombros y gateó sobre la roca para llegar a la pista de ciervos por la que ahora caminaba Antonine, alejándose de la cabaña y entrando en el bosque más profundo.

Al poco rato el Contemplaestrellas volvió a hablar:

—Tu herida es algo único, no es sencillamente espiritual. He visto daños en el alma antes, traumas y tragedias escritas en el

alma que obligan a sus víctimas a reproducir ciclos de abusos durante generaciones. Tu aflicción es diferente, no es tanto una herida como una ausencia de espíritu. Lo que una vez formaba parte de ti ha desaparecido y tu espíritu no puede reponer las partes perdidas para llenar los huecos o cerrar la herida.

—Yo... yo no sé qué hacer —dijo Grita Caos—. ¿Cómo puedo curarme de esto? ¿Cómo puedo siquiera vivir con ello?

—Tienes que restaurar lo que se han llevado. No se puede sustituir por otra cosa, debes recuperar tu esencia original.

—¿Y cómo lo hago? La Perdición se la comió! ¿Tengo que volver a Malfeas para recuperarla?

—No! —Antonine se paró en el camino y se volvió para mirar furioso a Grita Caos—. Ni se te ocurra hablar así. Tienes remedio, no puedes renunciar a la esperanza ni por un segundo. Lo más cercano que he visto a esta aflicción es el Harano, y tú estás peligrosamente cerca de caer en una depresión de la que no puedas salir. Pero esto no es Harano, aquí no hay nada inevitable.

Grita Caos asintió y pasó caminando a Antonine eligiendo él mismo el camino por la pista. Antonine lo siguió.

—De acuerdo, lo entiendo. Intentaré mantener los pensamientos positivos y todo eso. ¿Pero qué hago, de verdad? No creo que pueda salir de esto pensando, todavía no se ha inventado una sesión de terapia para enfrentarse a algo así.

—No, tienes razón. Tienes que hacer algo, entrar en acción, volver a integrar tu mente, tu cuerpo y tu espíritu. La respuesta a eso se encuentra en la naturaleza de lo que eres.

—¿Un Garou? ¿Un lobo metamorfo?

—En parte. No eres solamente un ser físico. Tu esencia es espíritu, pero ese espíritu lo componen y le dan forma no los genes sino los mitos. Y eso es especialmente verdad en tu caso, puesto que eres un Galliard; tu destino está más unido a esas historias

que el de la mayoría. Por muchas razones tú eres el guardián de nuestro ser, no ya sólo de nuestra cultura. La respuesta está en recobrar esos mitos, en reforzarlos. La fuente de nuestro ser se re-pone constantemente, nuestras capacidades regenerativas físicas no son más que toscos ejemplos de todo eso y la energía espiritual que nos da poder a las enseñanzas espirituales (los Dones) no es más que una versión más sutil de lo mismo. Pero hay una verdad incluso más amplia detrás de estos fenómenos, el eterno e infinito Verdadero Reino de Gaia.

—¿Es la teología de los Contemplaestrellas? Jamás he oído nada así, por lo menos no recuerdo haberlo oído.

—Algo así. Son sobre todo conjeturas sobre tu problema. —Dejó de hablar al llegar a la cima de la colina. Había menos árboles y contemplaron un valle que había más abajo, brillante incluso en medio de la lluvia gracias a los ardientes colores del otoño.

—Bien —dijo Grita Caos—. ¿Entonces, cuál es el veredicto?

—Dímelo tú. ¿Cuál es el tesoro más importante para los Garou?

Grita Caos pensó un instante.

—Hmm... ¿la metamorfosis?, ¿los Dones espirituales?

—No hablo de las capacidades, me refiero a algo externo.

—¿Un fetiche?

—Te estás acercando.

—Oh, venga ya, ¿para qué jugar? Dímelo.

—Las adivinanzas son un paso muy importante para recuperar la memoria. Necesitas practicar el arte de devanarte los sesos en busca de un objetivo, que no es lo mismo que esos intentos tuyos sin sentido por recordar algo que no está. Creo que sería más fácil para ti si conservaras todos tus recuerdos, pero te daré otra pista, oh Galliard: cruza generaciones y se extiende por todo el mundo, desde la Era del Amanecer hasta ahora.

Grita Caos, confuso, arrugó la frente.

—¿La Letanía? No, espera [E] Registro de Plata!

Antonine asintió.

—Allí se conservan las historias más grandes. Todo lo que somos está envuelto en el Registro de Plata.

—Sigo sin entenderlo. Yo no estoy en el Registro de Plata, es imposible que haya hecho algo para merecerlo.

—Todavía quizá no. Pero no se trata de eso. Se trata de que hay alguien que mantiene ese archivo, alguien que entiende mejor que nadie la importancia de los cuentos. Creo que tienes que buscarlo y preguntarle todo lo que me has preguntado a mí.

—El Guardián del Registro... —Grita Caos miró hacia el valle como si buscara a alguien—. Se dice que es muy sabio, pero también impredecible.

—Ya no me quedan respuestas, Grita Caos. Yo recomendé la necesidad de una tercera manada (tu manada) basándome en los sueños que me envió Quimera. Le pedí a las estrellas pistas para descubrir tu aflicción y busqué un espíritu del sol que hubiera oído hablar de ti al anciano de tu clan. Otros quizá crean que mi sabiduría es infinita, pero aquí se me ha secado el pozo. No puedo resolver este enigma yo sólo, no soy un Galliard, sino un Philodox y como tal mi trabajo es orientarte en la dirección correcta, que en este caso es el Guardián del Registro. He hecho todo lo que podía.

—No pienses ni por un momento que no aprecio todo lo que has hecho, Antonine. Y eso va por toda la Manada del Río de Plata. Todos sabemos que lo has hecho lo mejor que has podido. Joder, no me imagino a nadie que lo haya hecho tan bien en todo este asunto. Por lo menos tú no te has cargado nada, como nosotros. Sí, ya lo sé —dijo levantando la mano para que Antonine no le interrumpiera—: no hay que hablar de derrota. Sólo estoy siendo realista y creo que el Guardián del Registro es una gran

idea. Si alguien puede averiguar cómo restaurar la «saga de mí mismo» perdida, ése es él.

—Entonces ya no hay más razones para no continuar. Físicamente estás perfectamente, tu manada ha descansado y de hecho ya se están aburriendo. Tienes que discutir esta opción con ellos y encontrar la forma de llevarla a cabo.

—Eso es lo más difícil. No tengo ni idea ni de cómo empezar a encontrarle! El Registro de Plata es el recurso más preciado de todas las tribus y el Guardián del Registro es, de forma intencionada, muy difícil de encontrar, tanto para los enemigos como para los amigos.

—Bueno, como anciano de la Nación Garou creo que me he ganado su respeto, así que te puedo ayudar con eso, si tu manada decidiese ir.

—Bueno, entonces será mejor que les demos la gran noticia. Además, estoy empapado y me gustaría secarme.

Antonine cambió a la forma de lobo y aulló en Garou.

—Entonces sígueme!

La forma de Grita Caos también se deshizo en la de un lobo y persiguió al Contemplaestrellas de pelo gris que se movía a toda velocidad.



—¿Así que el Registro de Plata? —dijo Carlita—. Supongo que es lógico. ¿Entonces tenemos que encontrar al Guardián del Registro ese? ¿Por dónde empezamos?

—Un momento —dijo Julia, que, al igual que los otros, estaba sentada en el salón de Antonine, bebiendo té mientras debatían el rumbo a seguir. Grita Caos y Antonine se sentaron cerca

secándose después de su largo paseo bajo la lluvia—. Vamos a hablarlo primero. Esta búsqueda podría llevar algún tiempo y yo no sé si disponemos de ese tiempo. Deberíamos estar buscando el modo de ayudar a parar a Jo'clath'matric.

—No —dijo Hijo del Viento del Norte—. Vamos a poner las necesidades de nuestro compañero en primer lugar. Ya hemos hecho todo lo que hemos podido en Europa.

—¿Para qué escoger bandos? —dijo Ojo de Tormenta en Garou, que no podía transmitir tantos matices como el inglés o el español—. Ayudar a Grita Caos ayuda a curar el daño de Europa. Pensadlo: Grita Caos sufrió primero, pero otros le seguirán. Debemos saber qué se llevó su espíritu y cómo restaurarlo. Eso derrotará al Wyrn.

El resto de la manada asintió. Ojo de Tormenta tenía razón, encontrar al Guardián del Registro y que Grita Caos se restableciera era lo mejor que podían hacer tanto por su compañero como por la lucha en Europa.

Ojo de Tormenta se giró para dirigirse a Antonine.

—La memoria robada... ¿es lo mismo que ataca a Mari Cabrah?

—No —dijo Antonine—. Ella sufre de algo más oscuro, algo que creo que está más cerca del poder del propio Jo'clath'matric. Creo que el problema de Grita Caos lo provoca otra cosa. Fueran lo que fueran las Perdiciones que lo atacaron, están relacionadas con el problema global, pero son algo diferente de la cosa de alas negras enrollada alrededor de Mari.

—¿No puedes hacer nada por ella?

—Nada nuevo, no. La respuesta a su problema todavía se encuentra en Europa. Mientras estabais poniendo a Grita Caos al tanto durante los últimos días, yo me puse en contacto con Evan y

le conté la situación. Espera que el rey Albrecht pueda averiguar algo más cuando llegue a Europa.

—¿El rey de los Colmillos Plateados americanos se va a Europa? —dijo Julia—. Bueno, no estoy segura de que sea una idea muy sabia.

—Secundo esa opinión, pero tampoco puedo ofrecer ninguna alternativa. Albrecht es muy capaz, le vi como manejó aquí el problema de la Séptima Generación y no dudo de su habilidad para ayudar en la lucha que se libra allí. El problema llegará cuando él y el margrave Konietzko no se pongan de acuerdo sobre las tácticas y el liderato.

—Parte de mí quiere verlo —dijo Julia—. Pero la otra parte no quiere tener nada que ver. Yo preferiría la opción del Guardián del Registro, que nos mantiene aquí, ¿no?

—Quizá, no lo sé. El Guardián del Registro viaja mucho, por lo que sé podría estar en Europa ahora mismo, allí es donde está la gran historia. Claro que quizá espere a que se termine la fábula antes de recogerla. Podría muy bien estar en los Estados Unidos.

—¿Y cómo le encontramos?

—Le proporciona a ciertos Garou los medios para ponerse en contacto con él, y a mí me dio algo después del asunto de la Séptima Generación, una historia que guardó en el Registro.

—Caray —dijo Carlita—. Se me había olvidado que tú estás en el Registro! Y dos veces por lo menos, por la saga de la Corona de Plata y eso de la Séptima Generación que has dicho. ¿De qué iba eso?

—Pregúntale —dijo Antonine poniéndose en pie y dirigiéndose a su observatorio—. Si llegáis a encontrarlo, no seáis tímidos y dejéis pasar la oportunidad de leer el Registro. Vuelvo ahora mismo —subió las escaleras y entró en el observatorio.

—Si lo encontramos —dijo Hijo del Viento del Norte—, ¿entonces qué?

—Supongo que le explicamos mi situación —dijo Grita Caos—. Y espero que tenga alguna pista para resolverla. Ahora estamos en sus manos.

Todo el mundo se quedó callado durante un rato, todos pensando en la búsqueda que se les avecinaba. Julia se levantó y se estiró.

—Bueno —dijo—, supongo que estará bien ponerse de nuevo en camino. Por mucho que me apetezca volver a Londres, también me gustaría ver más mundo, a donde nos lleve esta búsqueda del Guardián del Registro. La cosa es, ¿a pie o en coche?

—¿Cómo vamos a ir en coche? —dijo Grita Caos—. Ninguno tiene coche.

—No necesitamos tener coche, sólo tenemos que alquilar uno. Tengo un saldo muy sano en mi tarjeta de crédito, así que eso no es problema. Lo que no tengo es carné de conducir de los Estados Unidos. ¿Quién tiene?

—Yo tengo —dijo Hijo del Viento del Norte—. Aunque nunca lo he usado.

—Está bien. Te pondremos a ti de conductor, no suelen permitirlo pero creo que puedo convencerlos, con algo de ayuda de los espíritus.

—No estoy segura de que me guste esa opción —dijo Ojo de Tormenta con un cierto ceño en la cara—. ¿Por qué no vamos andando y ya está?

—Supongo que depende de donde esté ese tío y hasta donde haya que ir. Vamos a esperar hasta que sepamos más antes de decidir nada, ¿de acuerdo?

Ojo de Tormenta asintió pero seguía sin parecer muy contenta.

Antonine bajó las escaleras con una brújula de metal y correa de cuero en la mano y se la entregó a Grita Caos.

—Esto te guiará hasta él. Es un amuleto, así que ten cuidado cómo lo usas. Una vez que te lleve a él, ya no va a funcionar más, así que no hagáis nada que le haga marcharse porque ya no lo volveréis a encontrar. Cuando lo actives, él lo sabrá; así que mientras vosotros viajéis hacia él quizá él también esté viajando hacia vosotros, según se le antoje. Obviamente no es una brújula de verdad, no señala al norte sino que señala hacia el Guardián del Registro diciéndoos en qué dirección tenéis que ir.

—Esto es mejor de lo que esperaba —dijo Grita Caos—. Con esto lo encontramos seguro!

—Quizá, pero debería advertiros que me estará esperando a mí, no a vosotros. Cuando os acerquéis, quizá compruebe quienes sois. Si no sois alguien a quien quiera ver, es posible que se vaya sin que vosotros sepáis siquiera que estuvo allí. Por lo menos hasta que la brújula deje de funcionar; entonces habréis perdido vuestra oportunidad.

—Supongo que es lo mejor que podemos esperar —dijo Grita Caos.

—Siempre puedes decirle que me llame para confirmarlo todo, si es que os deja llegar tan lejos como para concederos una entrevista. Sabe mi número, por teléfono o mensajero espiritual.

—¿Entonces cuándo nos vamos? —dijo Carlita.

—Mañana —dijo Ojo de Tormenta—. Después de dormir. Quizá no volvamos a dormir pronto. —Salió despacio del salón por la puerta principal que abrió empujándola con el hombro. Antes de salir se volvió y gruñó—. Dormid ahora, basta de charla.

—Os despediré mañana por la mañana —dijo Antonine—. Prepararé algunas provisiones por si no encontráis ninguna tienda pronto.

—Gracias —dijo Julia dirigiéndose por el pasillo a la habitación de invitados en la que dormía.

Los otros murmuraron las gracias también y se fueron a la cama, o el sillón en el caso de Carlita. Grita Caos todavía dormía en el dormitorio principal y Antonine desapareció en el observatorio cerrando la puerta tras él.



El sol apenas se había asomado por encima de los árboles cuando la cabaña se llenó de actividad. Cada miembro de la manada se levantó, reunió sus pertenencias y se preparó para ponerse en camino. Antonine estaba fuera, en el porche, atando las correas de una mochila llena de provisiones para el camino: carne seca, mezcla de frutos secos y botellas de agua. Se incorporó para saludarles cuando salieron, listos para ponerse en marcha.

—Buena suerte a todos —dijo Antonine—. No sé cuanto tiempo os llevará el viaje, pero comunicadme el resultado.

—No te preocupes —dijo Grita Caos, cogiendo la mochila y poniéndosela al hombro—. Serás el primero al que se lo contemos si podemos. Gracias de nuevo por todo lo que has hecho por nosotros. Es mucho más de lo que nos han ofrecido las otras tribus.

—Sí —dijo Carlita—. Y yo paso de si los Contemplaestrellas ya no sois miembros de la Nación, a mí me caes genial.

—De verdad que no habríamos sabido qué hacer sin ti —dijo Julia—. Si alguna vez necesitas algo, mándame un e-mail aquí —le entregó un trozo de papel—. Puedo leer mi correo por el camino e intentaré mantenerte al tanto cuando pueda.

—Un artilugio muy útil —dijo Antonine—. Los Garou suelen despreciar esos métodos.

---

—¡A mí me lo vas a decir! —dijo Julia.

Ojo de Tormenta, que ya estaba esperando en el césped, dio un aullido de despedida. Los otros se unieron a ella con sus voces atipladas de la forma humana, no tan auténtica como la de Ojo de Tormenta, pero, con todo, una imitación bastante mejor que la que hacen la mayoría de los seres humanos.

Antonine se inclinó ante ellos mientras se reunían en el césped, los chicos se despidieron con la mano y tomaron el camino siguiendo a Ojo de Tormenta. En unos minutos habían desaparecido aunque el fino oído de Antonine percibió un rato más el sonido de los zapatos y botas que crujían en el sendero.

Cuando dejó de oírlos entró en la cabaña y cerró la puerta.

## Capítulo seis



La quietud de la noche no se vio interrumpida por el sonido de los invitados, Garou o de otra clase. Habitualmente Antonine apreciaba esos momentos de sosiego y soledad, un momento en el que podía meditar o planear acciones futuras contra el Wyrm. Ahora, sin embargo, le parecía que todo estaba demasiado tranquilo. La falta de sonido no era sencillamente el silencio sino la ausencia, la carencia de otros.

Antonine salió de la cabaña y caminó por la delgada pista hasta el claro que albergaba el lugar para el fuego y el banco. Se sentó allí mirando a las estrellas y preguntándose qué significaban esos pensamientos tan molestos, a él no solía preocuparle la falta de actividades sociales. Tenía más que suficientes actos a los que acudir entre las tribus de la zona: esfuerzos diplomáticos, intentos de unir a los ancianos malhumorados de diferentes fronteras tribales. Un trabajo todavía más difícil ahora que su propia tribu había desertado pero con el que él continuaba a pesar de todo.

Aquellos momentos en los que no tenía pendiente ningún servicio social ni ninguna búsqueda eran los mejores para

transformarse, una búsqueda interna para llegar a alcanzar la paz con su propio espíritu, para centrarse contra todo aquello que amenazaba con arrancarle de sus convicciones más profundas, cosa que habían hecho muchas personas y acontecimientos. Era demasiado fácil comprometer los objetivos o los valores al servicio de una victoria a corto plazo o para evitar un enfrentamiento incómodo.

Por eso ahora debería estar empezando la meditación o perfeccionando sus habilidades con el Kailindo. Cosas que se hacían mejor sólo, sin Garou molestos y entrometidos.

Pero no pudo serenar su mente lo suficiente para ponerse a practicar. Estaba demasiado cargado de... ¿qué? ¿Qué era lo que le molestaba e inquietaba su propósito normalmente sereno?

¿Era la búsqueda de la Manada del Río de Plata? ¿Se estaba preocupando demasiado por ellos? No, no era eso. Había enviado a muchas manadas más jóvenes aún en búsquedas más peligrosas todavía. *Pero quizá ninguna tan importante para el futuro de todos nosotros*, pensó. Con todo, sabía que no era su destino lo que le preocupaba ahora. Confiaba en la habilidad de la manada y en la gracia de Gaia para que superaran lo que les esperaba.

No, todo volvía al problema de Grita Caos. La pérdida del propio ser, algo que inquietaba a Antonine más de lo que había querido admitir. La aflicción de Mari ya era bastante grave, pero incluso eso lo explicaban las acciones de una Perdición, aunque fuera un tipo nuevo y extraño de Perdición que no había visto jamás. Pero esta pérdida de la memoria y hasta espíritu que sufría Grita Caos... eso era diferente. Más peligroso, más peligroso para Antonine personalmente.

Nada le parecía más valioso que su sentido de sí mismo, esa conciencia duramente ganada, disciplinada y unificada que se forjó durante años de penalidades, trabajo, pérdidas, tragedias y

triumfos. Todo lo que le convertía en lo que era, que le permitía unir a otros eficazmente y guiarlos hacia soluciones colectivas, estaba unido a sus habilidades, a su práctica, a aquella unión pura con su ser interior. ¿Y qué era nuestro ser interior más que una preciada parte de nuestros seres pasados, cada uno una enseñanza de lo que se llegaría a ser si se tenía la suficiente voluntad para seguir superándose, para crecer hasta convertirse en algo más completo?

*Sin conocer el pasado ¿cómo podemos forjar el futuro?*

Buena parte de su entrenamiento Contemplaestrellas le enseñaba a privarse de esa dependencia de su ser existencial, de cualquier ser, en realidad. Para disolver su pasado, su presente y su futuro (*y todos hacemos nuestros futuros en el aquí y ahora, incluso si aún no se han realizado*) en un ahora unificado e indiviso. La verdad siempre presente y eterna del Verdadero Reino de Gaia.

Pero al contrario que sus compañeros orientales, Antonine creía que su existencia (y la de los demás) tenía un propósito en el mundo de la dualidad. Había una razón por la que no habían conseguido la conciencia total del Gaiadharma. Sus profesores dirían que eso, como el resto de los pensamientos, es una ilusión basada en la ignorancia, el engaño de la telaraña de la Tejedora, elaborado para hacernos luchar ciegamente por lo que ya tenemos, la paz, la Unidad.

Antonine no se lo creía. Sí, al más alto nivel del ser y la conciencia sabía que era verdad y esperaba conseguirlo algún día para trascender así al mundo del conflicto. Pero en el aquí y ahora la dualidad se imponía y provocaba sufrimientos, y tenía que haber una razón para ello además del accidente de una Tríada de mente que administraba mal la existencia.

«Y para continuar combatiéndolo tengo que aferrarme a mi sentido de lo que soy, en lo que me he convertido y lo que puedo ser. No puedo arriesgarme a perderlo».

Se levantó y paseó sin rumbo por el claro. ¿Cómo enfrentarse a esa amenaza? ¿Qué se podía hacer para evitar sucumbir a ella, por si llegase aquí, tan lejos de la Europa donde empezó?

Volvió caminando a la cabaña y (sin perder el paso en ningún momento) saltó al tejado y luego trepó por la cúpula de su observatorio. Se paró a descansar sobre la cima y se estableció en perfecto equilibrio sobre la cumbre de la cúpula.

Había pasado mucho tiempo desde que había reflexionado sobre su pasado más lejano, sus primeros tiempos como Garou. Sabía que ahora tenía que recuperarlos, hundirse en ellos, revivirlos lo mejor que pudiera desde una perspectiva tan distante. Respiró más despacio y realizó los rituales que le había enseñado la tribu, los que servían para entrar en un estado de meditación profunda donde podía tener lugar la ensoñación lúcida, dormir mientras se está despierto.

Mientras el mundo exterior (la ligera brisa de la noche fresca de otoño, el ulular de un búho en la distancia) se distanciaba de sus sentidos, proyectó sus pensamientos a su juventud, a ese día de hace 42 años en el que todo su mundo cambió irremediabilmente...



*Saugerties, Nueva York, 1959:*

Antonine tenía catorce años cuando se fue de casa para tirarse a la carretera con una mochila al hombro y una copia de «*Los vagabundos del Dharma*» de Jack Kerouac en el bolsillo de atrás.

El primer lugar al que se dirigió fueron las Adirondacks, para perderse en la inmensidad de la naturaleza durante un tiempo, antes de hacer dedo hasta California.

Su padre no se dio cuenta de que se había ido hasta tres días después de desaparecer él.

El viejo se gastaba los cheques de su pensión de veterano en la cerveza de barril del bar del pueblo y en vendas para tapar los cortes y los moratones que se hacía en las constantes riñas en las que se metía. No había sido fácil para él perder a su mujer durante el parto. Ni la guerra. Dejó a su mujer muerta y el brazo izquierdo en Hong Kong después de la Segunda Guerra Mundial para volver con su hijo recién nacido a su hogar de la infancia, una pequeña granja en Saugerties, Nueva York.

No había tenido intención de convertirse en un borracho empedernido. Claro que nadie la tiene. Él quería empezar otra vez, construir algo nuevo; pero la depresión era demasiado profunda, y a medida que fueron pasando los años se fue ocupando cada vez menos de su trabajo de mecánico y del hijo que crecía, para preocuparse más de las discusiones que iba a tener con sus amigos con unas jarras de cerveza en la mano.

El padre sustituto del chaval fue su abuelo, un hombre distante obsesionado con los libros y la investigación académica de la historia clásica. Sin embargo, sacó tiempo para instruir al chico, que se llamaba como él, Robert Antonine Erikson, y consiguió infundirle un profundo amor por el conocimiento y el aprendizaje. El joven Robert se convirtió en un ratón de biblioteca tan dedicado como su abuelo.

Leía todo lo que encontraba, no sólo las historias y mitología de la antigua Grecia y Roma tan queridas por su tutor, sino también filosofía, ciencia ficción y hasta tebeos. En una excursión a Nueva York con su abuelo, se metió en la sección de rústica de

una librería y encontró un libro con un título que le hablaba a todas sus ansias de dejar la seguridad de su hogar y viajar por el ancho mundo: *En la carretera* de Kerouac. Lo compró con su propio dinero y lo escondió en el bolsillo para que su abuelo no le viera «perdiendo el tiempo con esa basura de literatura en serie». Una vez en casa, se largó al bosque y se acomodó debajo de su árbol favorito donde empezó a leer.

Desde ese momento hasta que se fue sólo pasó un año.

Las cosas no le fueron tan bien como esperaba, apañárselas él solo en el bosque con catorce años no era tan fácil como había pensado. No tenía demasiado dinero y sin un arma era imposible cazar, sabría desollar a un ciervo si conseguía uno (su padre le había enseñado al menos eso) pero lo difícil era cazarlo. Cuando se le terminó la carne seca y las latas se vio obligado a ir cojeando hasta al pueblo más cercano a pedir trabajo en alguna tienda barriendo y colocando estanterías. No necesitaba mucho, lo justo para comprar más provisiones para sobrevivir de camino a California y le ayudó el parecer mayor de lo que era, debido sobre todo a su actitud, muy madura para sus años.

El autostop le fue bien hasta que llegó a los estados de las grandes planicies donde a veces pasaba días enteros sin encontrar quién lo llevara. Al final encontró un tren y se subió a algún vagón de mercancías de camino a las Rocosas, compartiéndolo con otros vagabundos, acurrucados alrededor de algún camping gas para defenderse de un frío que cada día era peor mientras moría el otoño y llegaba el invierno.

Sus días de galletas secas y poco más se terminaron con bastante brusquedad. Una mañana lo despertaron violentamente en una estación cerca de Denver y lo sacaron de malos modos del vagón unos trabajadores del ferrocarril que llevaban palos. Le azuzaron un perro y se rieron mientras él corría gritando y

rezando para llegar a la verja antes de que aquel doberman que no paraba de ladrar le arrancara un trozo de pierna.

No tuvo tanta suerte, al dar un salto para agarrar la parte superior de la verja de cadenas, con las púas que la coronaban cortándole las manos que se agarraban desesperadas, el perro saltó y le hundió los dientes en la pantorrilla izquierda. El dolor fue increíble incluso con toda aquella adrenalina corriéndole por las venas. Dio un grito y se cayó, pero el perro se negó a soltarle sacudiendo la cabeza de izquierda a derecha para arrancarle un trozo de músculo.

Un aullido lobuno de ira y dolor resonó por todo el ferrocarril, el perro gimoteó y salió corriendo como si le persiguiera el mismísimo demonio. Los trabajadores se quedaron mirando asombrados y muertos de miedo a aquella cosa deforme que ocupaba el lugar donde había estado el muchacho sólo unos momentos antes, luego se pusieron a chillar y correr con manchas marrones bajándose por las piernas. Pero el chico-cosa aquel les persiguió a cuatro patas y alcanzó al más rezagado del grupo arrancándole un trozo de carne al dueño del perro.

Cuando la sangre caliente fluyó en la boca del chico, éste se paró de repente, sorprendido por aquella sensación. El hombre estaba tirado en el suelo intentando gatear, llorando como un chiquillo con los ojos apretados, desesperado y esperando que aquella cosa que le había atacado desapareciera como un mal sueño.

Cuando ya no siguió sintiendo los dientes en la pierna, el trabajador abrió los ojos lentamente y miró a su alrededor. La cosa se había ido, no había ni una señal de ella. Tembló cuando una ola final de miedo le atravesó el cuerpo y luego se levantó con las piernas temblando, preguntándose qué había pasado. ¿Había sido un oso lo que habían sacado del vagón? Debía serlo, nunca había

oído nada parecido pero era la única explicación razonable. Se fue cojeando para llamar a una ambulancia y advertir a la policía sobre el oso huido.

Robert Antonine Erikson no dejó de correr hasta estar bien escondido en el bosque, lejos de cualquier ser humano, dejando muy atrás la verja de cadenas, ahora rota y retorcida. Entonces se desplomó en el suelo cubierto de agujas de pino y tragó aire. Ya no estaba todo peludo ni tenía garras ni dientes afilados como hacía un momento. De hecho, estaba desnudo, se le había roto la ropa cuando se había transformado de repente en ese... lobo.

Casi no podía creerse lo que había pasado. Se había convertido en un monstruo, sin duda. Se buscó la herida pero no encontró nada, el lugar en el que le había mordido el perro estaba totalmente curado. ¿Se había imaginado todo el asunto?

No, todavía tenía el sabor de la sangre en la boca. Intentó desesperadamente pensar, recordar si le había mordido algún animal durante los últimos meses pero no pudo. Esa no era la respuesta, pero si no era eso ¿qué carajo le había pasado?

Miró al cielo, al sol de la mañana y sacudió la cabeza. Era de día y se suponía que los monstruos sólo salían por la noche.

Se levantó del suelo y se escabulló para asomarse al ferrocarril. Esperó un rato hasta asegurarse de que no había ningún hombre por allí y luego se acercó a gatas a coger la mochila para ponerse la camisa y los vaqueros de recambio, las botas ya no tenían remedio. Tendría que encontrar alguna forma de conseguir unas nuevas antes de que la gente se preguntara por qué andaba por ahí descalzo con aquel frío.

Al final recurrió al robo. Se deslizó por Denver de noche hasta que encontró una zapatería apagada. Después de mirar la distribución del local por el escaparate, rompió el cristal, entró de un salto y agarró un par de botas y calcetines de su talla, luego corrió

como un loco para ocultarse en las sombras. Esperó a que el frío le entumeciera los latidos del corazón y el miedo antes de robar luego en una tienda de abrigos. Una vez restaurado el equipo de viaje, se subió al estribo de un camión para salir de los límites de la ciudad e hizo a dedo el resto del camino hasta California.

Durante las semanas siguientes el incidente del lobo se convirtió en una especie de sueño. Ni siquiera estaba seguro de qué había ocurrido de verdad, había visto un pequeño artículo de periódico sobre un oso que corría suelto por el ferrocarril y había atacado salvajemente a un hombre. La fecha era la misma que la de su incidente lobuno así que empezó a convencerse de que había sido un oso y que el miedo le había estado jugando malas pasadas haciéndole creer otra cosa. Claro, el oso era una magnífica excusa: explicaba la ropa rota. Pero no explicaba el sabor a sangre.

Por fin llegó a California, a la zona de la Bahía de San Francisco, el hogar de los beatniks (aquellos poetas y rebeldes que habían inspirado tanto a Kerouac y por tanto a Antonine). Encontró un trabajo colocando comestibles en un mercado de la ciudad y se pasaba las noches mirando librerías (¡Luces de Ciudad!) y cafeterías. Fue a lecturas de poesía de Allen Ginsberg, Gary Snyder y otros miembros del renacimiento poético surgido en esta ciudad. Y descubrió que se estaba enamorando de Chinatown y de sus mercados callejeros que le ofrecían todo tipo de comida, desde pescado hasta pulpo y otras cosas de las que jamás había oído hablar. Comió un día en un pequeño parque cerca de Chinatown Square y allí vislumbró por primera vez el Tai Chi. Un anciano guiaba a un grupo de inmigrantes chinos (tanto jóvenes como viejos) a través de unos movimientos extraños, fluidos, terrenales y sin embargo tan etéreos.

Cuando terminaron los ejercicios, Antonine siguió al anciano líder y le preguntó cortésmente si podía aprender con el resto. El anciano frunció el ceño y le contestó en chino, obviamente no entendía inglés. Antonine intentó imitar los movimientos del Tai Chi y luego señaló hacia sí mismo y hacia el maestro e hizo el gesto de rezar (algo que esperaba que comunicara el «por favor» universal). El anciano agitó la cabeza y se fue sin prestarle la más mínima atención al occidental.

Antonine empezó a arrastrar los pies para volver al mercado donde trabajaba cuando advirtió que había un chino en un portal de enfrente mirándole. Tendría unos treinta y tantos años y vestía unos caquis y una camiseta blanca. Le hizo una señal a Antonine indicándole que se acercara.

—No puedes ganarte su respeto con tanta rapidez —dijo el hombre en un inglés perfecto—. Se necesita tiempo para que los viejos maestros te presten atención.

—¿Ah sí? —dijo Antonine—. ¿Así que tendría que seguir viniendo y esperar que me deje seguirles algún día?

—Sí, podría funcionar si es que de verdad quieres aprender. Pero te va a llevar mucho tiempo. ¿Quieres aprender artes marciales?

—No lo sé. Nunca me han interesado mucho hasta que vi el Tai Chi. Parece... pacífico pero útil.

El hombre sonrió.

—El Tai Chi es un arte marcial. Lo has que visto ahora es sólo en una de sus formas. En realidad es un estilo de lucha.

Antonine recordó su encontronazo con la gente del ferrocarril.

—Supongo que sí quiero saber algo de auto defensa. Ya me he metido en algún problema.

—Entonces te enseñaré! No practico el Tai Chi tanto como el Bagua, pero también te puedo enseñar Tai Chi.

—¿Bag-qué?

—Bagua, Boxeo de Ocho Trigramas. Está más o menos basado en el I Ching, ¿sabes lo que es eso?

—[Ah, sí! Ya he tirado monedas alguna vez. Me metí en ello después de leer las opiniones de Carl Jung sobre el oráculo.

—¿Quién?

—Carl Jung, es un psicólogo muy famoso.

—Ah, vale. Pero yo no enseño psicología, yo enseño a luchar.

Antonine sonrió.

—Por mí, vale. ¿Cuándo puedo empezar?

—¿Qué tal esta noche? Pasa por aquí y empezaremos en mi casa, aquí arriba. Serás mi primer estudiante.

—¿El primero? ¿Por qué yo?

—Porque eres muy interesante, un americano que quiere aprender artes profundas. Además, acabo de llegar aquí y por algún sitio tengo que empezar.

—¿Acabas de llegar aquí? ¿De dónde? Tu inglés es demasiado bueno para acabar de llegar de China.

—[Vaya! Eso demuestra lo mucho que sabes! Para tu información, en Hong Kong se habla el inglés de su Graciosa Majestad bastante bien.

—No tienes acento británico —dijo Antonine ligeramente burlón levantando las cejas.

—Antes sí, pero entonces viví en la Chinatown de Nueva York un año. [Casi parecía italiano hablando cuando salí de allí!

Antonine se echó a reír.

—Vale, me lo creo, pero tengo que volver al trabajo. Estaré aquí esta noche. ¿Y cómo te llamo?

—Grulla Alegre.

Antonine se rió de nuevo.

—¿Y no hay nombre de pila?

---

—Sólo Grulla Alegre. Te veré esta noche, Antonine.

Antonine sacudió la cabeza y volvió al trabajo y no se dio cuenta hasta más tarde, cuando estaba pegándole las etiquetas de precios a las latas de guisantes que nunca le había dicho su nombre a Grulla Alegre.

## Capítulo siete



Grulla Alegre fue toda una revelación. Durante su segundo encuentro, la primera clase de Antonine, realizó una serie de movimientos marciales. Después de cada lección se volvió hacia Antonine y dijo.

—Ahora haz tú lo mismo.

Antonine intentó diligentemente imitarle con resultados desiguales. Grulla Alegre, agitando la cabeza con una mezcla de aprobación y desilusión, se transformó en una criatura gigantesca y lobuna que miró a Antonine con unos penetrantes ojos amarillos, unos ojos que le hablaban de profundidades y dimensiones infinitas que iban más allá de lo material.

Luego dijo con una voz profunda que era más bien un gruñido atronador.

—Ahora haz tú lo mismo.

Antonine lo miró horrorizado, temblando, pero antes de que el miedo pudiera impulsar a sus estremecidas piernas a echar a correr, algo en la postura de Grulla Alegre le tranquilizó los nervios y el corazón. En vez de miedo sintió un gran alivio, se sintió libre

del dolor, la confusión y las dudas que le habían embargado desde la experiencia del ferrocarril. Había sido algo real.

Entonces empezó en serio la preparación Garou de Antonine. Durante los dos años siguientes se entrenó con Grulla Alegre no solo en las artes marciales internas (Bagua, Tai Chi y Sing-I) sino también en las costumbres de los Contemplaestrellas, hombres lobo dedicados a las formas orientales de conocimiento.

Aprendió que ser hombre lobo no le limitaba a cazar seres humanos cuando había luna llena ni le destinaba a morir un día del disparo de una bala de plata. Saber que podía controlar su ira y sus poderes de metamorfosis a través de la disciplina mental fue para Antonine el mejor descubrimiento de su corta vida.

Supo después que Grulla Alegre le había estado vigilando en secreto desde que llegó a la ciudad. Los espíritus Theurge le habían advertido de su llegada y muy pronto se había dado cuenta de que Antonine no sabía quién era ni lo que era. Creía que a Antonine le estaba cuidando un poderoso Busca-Parientes (un espíritu que le habían dedicado al nacer mediante un rito Garou). Después de interrogar a Antonine atentamente sobre las circunstancias de su nacimiento, llegó a la conclusión de que su madre había sido Parentela y que sus parientes Contemplaestrellas habían unido al Busca-Parientes con Antonine poco después de nacer éste. Este Busca-Parientes debía asegurarse de que Antonine encontrara un día a un compañero de tribu que pudiera prepararle y Grulla Alegre había sido ese compañero.

Más que el descubrimiento de ser Garou, lo que de verdad abrumó a Antonine fue su primer paso a la Umbra, el mundo de los espíritus que se encontraba más allá de la Celosía erigida alrededor del mundo material por la inconsciente aceptación humana de la Tejedora. Cuando Grulla Alegre llevó a su joven pupilo al Reino Etéreo por primera vez para que conociera a los

Contemplaestrellas que estaban allí y contemplara el inmenso firmamento, Antonine vio su vocación en las estrellas, allí escrita como si las constelaciones fueran las páginas de un libro. Vio un destino al servicio de Gaia como Media Luna, debía intentar conseguir armonía entre los grupos divididos, crear unidad entre la diversidad. Rezó entonces al espíritu de la estrella central de su visión, Vegarda, la Estrella Polar del Norte, eje de los cielos, para que le concediera la voluntad de aceptar esta tarea y la sabiduría para llevarla a cabo.

Otros dos cachorros llegaron a la escuela de Grulla Alegre durante aquel año. Al igual que a Antonine, los había descubierto Grulla Alegre o sus espíritus.

Uno de ellos era Catrina Scarborough, hija de un británico, un rico magnate del té que vivía en Nueva Delhi. La habían mandado a un internado de California cuando era muy pequeña y apenas conocía a su familia. Resultó que su abuelo había sido un Contemplaestrellas, pero la herencia lobuna se había saltado una generación.

El otro era Wen Chou, hijo de inmigrantes chinos que vivían en Chinatown. Los miembros de su familia eran buenos amigos de la Parentela humana de Grulla Alegre y era la razón por la que Grulla Alegre había venido a San Francisco: a preparar a Wen Chou cuando sufriera su Primer Cambio, lo cual ocurrió cinco meses después de que Antonine se hubiera puesto bajo la tutela de Grulla Alegre, cuando Wen Chou cumplió quince años. Así pues, él y Antonine tenían casi la misma edad mientras que Catrina era un poco mayor, ya que no había experimentado su Primer Cambio hasta los diecisiete años.

Los tres se convirtieron en muy buenos amigos y después de dos años, Grulla Alegre anunció que ya era hora de que viajaran al corazón del poder Contemplaestrellas: Nepal y el Tíbet. Él no les

iba a acompañar, pues ya habían aprendido todo lo que podía enseñarles en aquel momento de su entrenamiento, ahora tenían que encontrar clanes en Oriente que les aceptaran para completar su paso de Garou principiantes a veteranos.

Antonine se llevó a los otros de mochileros por toda California para enseñarles a viajar ligeros por diferentes tipos de terreno. Por supuesto que él también estaba aprendiendo todavía, pero eran unos viajes mucho más fáciles ahora que podía recurrir a las habilidades Garou, por ejemplo, ya no necesitaba un arma para cazar ciervos. Seguir el rastro de la caza era pan comido si se tenían sentidos lobunos, y lo mismo para la resistencia; las diferentes formas que podían adoptar les proporcionaban grados diferentes de fuerza y aguante, así que después de unos cuantos de esos viajes, supusieron que ya estaban listos para cualquier penalidad que les reservara Asia.

Se fueron en un barco mercante que hacía escalas en Tokio, Hong Kong y Singapur antes de atracar en Sri Lanka. Atravesaron a pie la isla hasta Talaimanar y allí cogieron un transbordador hasta la India.

Grulla Alegre les había pedido insistentemente que evitaran la Penumbra india pues estaba poblada por seres extraños con propósitos ilegibles, algunos hostiles, otros simplemente egoístas. Era mejor que esperaran a ponerse en contacto con uno de los Contemplaestrellas de los que les había hablado antes de intentar viajar por la Umbra de allí. Necesitarían un guía para moverse por sus diferentes costumbres.

Viajaron como mochileros por toda la India a pie, en tren y en autobús, visitaron varios santuarios humanos (dedicados a los dioses hindúes y a Buda), y conocieron a hombres y mujeres santos en los varios ashrams<sup>[2]</sup> en los que se alojaron por el camino. Su

conocimiento de la religión y filosofía humana se profundizó pero recordaron el aforismo de Grulla Alegre de que las verdades espirituales humanas eran diferentes de las verdades Garou. Los humanos tenían que desempeñar su propio papel en el reino de Gaia, separado pero a menudo parecido al de los Garou.

Por fin llegaron a Katmandú, en Nepal, y allí se encontraron con Contemplaestrellas del Clan de las Cuevas Elevadas, a los que ya les habían hablado de los muchachos y esperaban su llegada. Habían llegado en un momento muy favorable ya que la semana siguiente, la tarde del 3 de febrero y durante los tres días siguientes, iba a ocurrir una gran conjunción de los planetas, el sol y la luna.

Muchos de los humanos del lugar temían que aquello presagara el fin del mundo pero los Contemplaestrellas veían en esa conjunción una gran oportunidad para despertar a una nueva generación de todo el mundo a la sabiduría de Oriente. Antonine y sus compañeros eran unos símbolos perfectos de lo que los Contemplaestrellas esperaban que prometieran las estrellas: una nueva ola de sabiduría oriental que llegara a Occidente.

Llevaron a los cachorros a un monasterio de las más altas montañas, un sistema de cuevas que, por fuera, parecía el retiro de monjes budistas o ascetas hindúes pero que por dentro llevaba a una madriguera de cuevas donde la tribu celebraba sus ritos y nutría un túmulo, un lugar de poder espiritual en el que la Celosía que separaba el mundo de la carne y el espíritu era muy fina.

Desde aquí los monjes abrieron un puente lunar al Reino Etéreo donde se iban a reunir con Contemplaestrellas de todo el mundo para llevar a cabo un gran rito que conmemorase la conjunción planetaria. Y aquí se permitiría a uno de los tres nuevos estudiantes que declarara su compromiso con las costumbres del clan y permaneciera luego para realizar años de estudios. Sólo se

permitiría a uno de los tres cachorros comprometerse de esa manera, los otros dos tendrían que buscar su admisión en otro lugar.

Se reunieron aquella noche para decidir quién se iba a quedar. Pronto quedó claro que Catrina era a la que más le gustaba lo que veía allí, así que Antonine y Wen estuvieron de acuerdo en cederle a ella el honor. Después del gran rito, ellos seguirían adelante en su búsqueda de otro clan en el que quedarse. Fue una noche de despedidas agrisadas pero llena de júbilo en la que celebraron el lugar que Catrina acababa de encontrar en el mundo de los Contemplaestrellas.

El gran rito de la conjunción le resultó bastante confuso a Antonine. Aunque había estudiado el saber de las estrellas con Grulla Alegre, los poderosos rituales de los Contemplaestrellas reunidos, todos ellos pertenecientes a los rangos mejor considerados, le resultaban incomprensibles. Después de sentirse frustrado durante un rato, dejó de intentar comprenderlo todo y se empapó de todo lo que pudo con la esperanza de recordar algún día lo suficiente para atar todos los cabos de lo que estaba pasando.

Cuando empezó la conjunción, Antonine se quedó helado de admiración y maravillado ante su primera visión de su tótem tribal, Quimera. Este dragón con cabeza de león había aparecido ante su tribu para bendecir el acontecimiento; mientras el dragón giraba por encima de sus cabezas, Antonine creyó que el gran espíritu le miraba a él. Más tarde, Wen confesó lo mismo, quizá el tótem había examinado a todos los recién llegados.

Después de pasar allí los tres días de la conjunción, Antonine y Wen cargaron con las mochilas y se despidieron de Catrina y de los jefes de clan. Les habían indicado el camino hacia el Monasterio Shigalu en las montañas del Tíbet, así que se pusieron en camino uniéndose a un grupo de peregrinos, algunos de los cuales

eran Parentela Contemplaestrellas, para esquivar a las autoridades fronterizas que intentaban evitar que nadie entrara en el Tíbet ocupado por China.

Después de un viaje largo y duro, evitando una vez más la Umbrá, llegaron al retirado monasterio y fueron recibidos por el Clan del Lince de las Nieves que los consideraron invitados de honor. Shigalu era el túmulo más antiguo de los Contemplaestrellas y guardaba los mayores tesoros de la tribu, aunque a los Garou jóvenes como Antonine y Wen no se les permitía el acceso a ellos. Quizá después de años de servicios a la tribu se les permitiría verlos, pero todavía no.

Pasaron allí tres meses idílicos aprendiendo a meditar como Contemplaestrellas, encontrándose con espíritus apreciados por la tribu y cultivando los secretos que les mostraban los famosos Dones que permitían que los Contemplaestrellas disfrutaran de aquel misterioso sentido del equilibrio. También supieron de los asuntos más oscuros que amenazaban a la tribu y al mundo, del Wyrn, de su buche devorador y sus corruptos secuaces. Pero sobre todo aprendieron cosas sobre la Tejedora que había convertido al Wyrn en una fuerza de corrupción pura. Era con la Tejedora con la que los Contemplaestrellas tenían que tener cuidado, las otras tribus no le prestaban mucha atención, suponiendo que estaba demasiado lejos para poder afectar demasiado a sus destinos.

—Es como un dedo que señala a la luna —dijo un venerable monje de Shigalu—. La Tejedora es la luna, pero las otras tribus se preocupan del dedo.

Sus palabras escondían una sabiduría que iba más allá del mero significado y les demostró a Antonine y Wen el poder del sonido, cómo sus vibraciones podían liberar pensamientos y despertarles a instintos que llevan mucho tiempo enterrados en los

seres humanos. Les instruyó en los cánticos que podían revelar la Mente Elemental, la mente primaria todavía libre de la dualidad de la lógica y las formas, una mente que fluía como el agua, se elevaba como el fuego, se extendía como el aire y se enraizaba como la tierra en el Verdadero Reino de Gaia más allá de las telarañas de falsedades fabricadas por la Tejedora.

Les enseñó los cinco Mantras de la Creación Primaria, cada uno de los cuales era un cántico para invocar en la mente del oyente los elementos que formaron el mundo, incluyendo el espíritu. La vocalización correcta de estos mantras podía llevarle a uno al Verdadero Reino de Gaia y despojarle de los engaños que persiguen a la mente y el cuerpo. La pronunciación correcta estaba muy por encima de la habilidad de los dos cachorros, pero juraron practicarla durante años para llegar un día a dominar los sonidos.

Pero al final el idilio se acabó y se anunció que sólo uno de ellos podría quedarse, unirse al clan y proteger el túmulo. Esa era la costumbre de los Contemplaestrellas, sólo se aceptaba a un estudiante.

Tanto Antonine como Wen querían quedarse y no se ponían de acuerdo en cual tenía que irse, así que muy pronto se rebajaron a pelearse e insultarse, cada vez más enfadados y amenazando con una explosión de derramamiento de sangre.

Los monjes los apartaron y el lama declaró que sí que iban a luchar para ver quién tenía derecho a quedarse, puesto que aquel era el modo que habían elegido; pero eran Contemplaestrellas y debían luchar como tales. El duelo que se iba a librar iba a ser de Kailindo, el arte marcial especial de la tribu, es decir, tendrían que dominar a su oponente en vez de hacerlo pedazos con las garras. Es más, el cachorro que se dejara dominar por la ira perdería automáticamente y tendría que abandonar el túmulo.

Separaron a Antonine y Wen durante una semana mientras los monjes les enseñaban a los dos las técnicas básicas del Kailindo. Les resultó fácil, los dos eran maestros en las artes marciales humanas que les había enseñado Grulla Alegre. Mientras se iba acercando el día del duelo, Antonine estaba cada vez más taciturno, nunca había deseado que este viaje terminara con la pérdida de un amigo. Recordó el destino que había visto en las estrellas durante el rito de conjunción, como Media Luna era obligación suya unir a los otros, no dividirlos con riñas; pero también deseaba desesperadamente quedarse. El Monasterio Shigalu era el túmulo más importante, convertirse en uno de sus cuidadores significaba tener un acceso incomparable a todo aquel saber durante años y años. ¿Cómo podía renunciar a eso? Estaba seguro de que Wen lo entendería si Antonine ganaba el concurso y no se lo tendría en cuenta.

La noche del duelo, Antonine advirtió la presencia de grupos de Contemplaestrellas desconocidos en el túmulo. Al parecer habían llegado de los clanes cercanos para presenciar el duelo. Antonine sintió una ola de vergüenza bañándole el cuerpo, si no se hubiera rebajado a pelearse con Wen en primer lugar todo esto se habría podido resolver con una competición de adivinanzas o a través de otros medios intelectuales, como un duelo de conocimientos o sabiduría. Era su propia ira la que había provocado aquella lucha.

Se había preparado un pequeño círculo de piedras lisas para que fuera la zona de lucha y Wen esperaba en el lado contrario, tan nervioso y aprensivo como Antonine. El lama jefe hizo sonar una campana y todos los monjes se hicieron a un lado para mirar desde las sombras de las rocas que los rodeaban.

Antonine y Wen se acercaron con cautela, estudiándose, buscando un punto débil. Habían practicado muchas veces juntos

y sabían cuales eran las debilidades del otro, pero al conocerlas también habían ayudado al otro a superarlas y ahora ninguno de los dos estaba seguro de donde buscar una resquicio en la defensa del otro.

Wen dio el primer golpe, cambiando rápidamente a la forma Crinos y saltando hacia Antonine, cuyos reflejos humanos no estaban tan agudizados. Sin embargo, Antonine consiguió esquivar por poco la enorme forma lobuna y lanzarle una rápida patata a Wen cuando éste pasaba. Un golpe que apenas consiguió hacerle perder el equilibrio.

Antonine cambió a la forma de lobo y se escurrió por debajo de Wen, luego cambió a la forma feroz más grande esperando tirarle con el aumento de masa repentino. Pero Wen parecía estar esperando algo así porque saltó y le dio una patada a Antonine a medio cambio y Antonine se quedó tirado aturdido por la fuerza del golpe.

Antes de poder recuperarse tenía a Wen encima trabándole los brazos encima y alrededor de las patas delanteras de Antonine agarrándole con una llave dolorosa. Antonine volvió a cambiar a la forma de lobo y utilizó la décima de segundo que necesitó Wen para ajustarse a la pérdida de masa para escaparse de un salto dándole a Wen en la cara con la cola.

Cambió a la forma Crinos y se dio la vuelta a toda velocidad listo para enfrentarse a cualquier cosa que intentara Wen. Pero en vez de cargar contra él, Wen estaba sentado furioso, obviamente la ira estaba empezando a controlarle, tenía la mirada cada vez más irrazonable y Antonine se dio cuenta de que se estaba esforzando por controlar su cólera y estaba perdiendo la batalla.

Y si sucumbía, Wen perdía y Antonine sería el vencedor, si sobrevivía a la ofuscación de Wen. Pero a Antonine no le preocupaba eso, sabía que los monjes inmensamente superiores que les

rodeaban intervendrían para evitar cualquier derramamiento de sangre auténtico.

Al darse cuenta de que estaba a punto de ganar a costa de avergonzar a su amigo, Antonine supo que era un precio demasiado alto. Antes de que Wen perdiera el control por completo, Antonine dejó caer todas las barreras que vigilaban la ira arrolladora que siempre escondía en su interior un Garou, y mediante la acción consiguió que se elevara como el calor de la llama, que se elevaba todavía más a causa de la forma de batalla Crinos. Dejó todos sus propósitos a un lado, rompió todas las cadenas que sujetaban su rabia y Antonine perdió los estribos, cargó contra Wen como un tren de mercancías sin dejar ni un resquicio para la razón en su mente.

Luego no recordaba nada, recobró el sentido paralizado por los brazos de la lama Radhika Cumbre Nevada, su instructora de Kailindo, y con la ira desaparecida recuperó su capacidad intelectual. A Wen se lo llevaba un grupo de monjes de Shigalu, pero él volvía la vista hacia Antonine por encima del hombro, con la preocupación y la inquietud pintadas en el rostro. Aparentemente sólo habían pasado uno o dos minutos.

La mayor parte de los monjes se alejaron sin echarle ni un vistazo a Antonine, pero algunos no podían ocultar su decepción ante su pérdida de control. Antonine bajó la cabeza avergonzado ¿Había hecho lo correcto? Fue incapaz de seguir conteniendo la pena y se echó a llorar, una única lágrima le corrió por la mejilla.

Una voz desconocida le habló muy cerca:

—¿Derramas una lágrima por ti o porque temes que vuestra amistad haya terminado? No llores, joven Gota de Lágrima, pues lo has hecho bien. Aquel que puede dominar su rabia lo suficiente para evocarla cuando realmente la necesita demuestra sabiduría.

Antonine levantó los ojos y vio a un hombre chino sentado allí cerca. Llevaba las túnicas negras y el sombrero de los sacerdotes del Tíbet, unió los puños delante del pecho y los extendió hacia Antonine, una señal de respeto tradicional en el mundo de las artes marciales.

La lama Cumbre Nevada soltó a Antonine y le puso una mano en el hombro.

—Siento profundamente que no puedas quedarte aquí, especialmente después de esa muestra de suprema abnegación, tan extraña en un cachorro. —Se inclinó ante Antonine y se alejó caminando para unirse a los otros monjes en el túmulo, donde le dieron la bienvenida a Wen.

El chino se levantó y se le acercó.

—Bueno ¿y ahora adónde vas?

Antonine negó con la cabeza.

—No lo sé. No tengo ni idea de adonde ir.

El hombre alzó las cejas con burlona sorpresa.

—Imposible. No puede ser. Entonces debes venir conmigo y aceptar mi hospitalidad.

—Gracias. Le agradezco mucho la oferta. ¿Podría preguntarle su nombre y dónde vive?

—¡Ja, Ja! ¡Buen claro que puedes! Soy el maestro Chien Cima de Montaña y vengo del Clan del Propósito Más Puro. ¡Sería un honor para mí que alguien como tú fuera mi pupilo!

Antonine apenas se podía creer lo que estaba oyendo.

—Pero perdí el duelo ¿Cómo puede hacerme eso merecedor de tal honor?

—Perdiste por razones que tú escogiste, razones insignes, y de todas formas tu sitio no está aquí —dijo abriendo los brazos para indicar las montañas nevadas—. Hace frío y todo es árido. Tú eres un hombre de los bosques, lo sé.

—¡Vaya! ¿Y cómo sabe todo eso?

—Vegarda me lo dijo —dijo guiñándole un ojo.

Antonine fue incapaz de ocultar su asombro.

—¿Cómo...? ¿Cómo supo usted que yo estaba conectado con la Estrella Polar?

Chien frunció el ceño.

—Ya te lo he dicho: **me** lo dijo ella! Si te puede escribir a ti mensajes en el cielo, **también** los podrá escribir para mí! El Clan del Propósito Más Puro está dedicado a ella, así que ella nos enseña ritos especiales para la consecución de sus objetivos. Te ha escogido a ti así que es lógico que vengas a un túmulo dedicado a ella.

Antonine no pudo evitar sonreír, ahora todo parecía tener sentido. En lo más profundo de su ser siempre había sabido que aquel no era su sitio, que había otro lugar para él. Sólo se había dejado deslumbrar por el túmulo y eso le había cegado impidiéndole ver cuál era su sitio. Se sintió aliviado ahora que Wen había ganado y no le importaba que algunos monjes pensarán mal de él por su supuesta pérdida de control. El maestro Chien y la lama Cumbre Nevada sabían la verdad y eso le bastaba, no le hacía falta lucirlo como si fuera una insignia. Y desde luego Wen no podía enterarse, su amigo se merecía creer que había ganado él sólo.

—Ven —dijo el maestro Chien dirigiéndose hacia el centro del túmulo—. Tengo hambre y tenemos un viaje muy largo para volver a China, así que ahora **comer!**

Antonine Gota de Lágrima siguió a su nuevo maestro contento de haber encontrado por fin su lugar en el mundo.

## Capítulo ocho



Antonine se pasó los siguientes cinco años preparándose con el maestro Chien en el Túmulo del Propósito Más Puro en una montaña al oeste de China. Aprendió el estilo secreto de Kailindo que practicaba el clan y los ritos especiales asociados con Vegarda, el espíritu totémico del túmulo. Estudió todo tipo de saberes humanos y Contemplaestrellas y practicó los juegos de adivinanzas que ayudaban a la tribu a superar las paradojas y resolver los numerosos enigmas que retaban a la mente en sus viajes por el Umbra. Al contrario que las otras tribus, los Contemplaestrellas se atrevían a viajar por los Epiflinos y Quimeras, reinos de pensamiento puro y sueños caóticos, de donde se traían joyas de sabiduría, o bien perecían en el intento.

Aunque estaba bastante aislado en el Túmulo del Propósito Más Puro, tuvo noticias de occidente y le empezó a intrigar la revolución cultural que se estaba produciendo en América y el resto del mundo. Recordó los sueños de libertad y posibilidades sin límites que le habían infundido las obras de los poetas y escritores

beatniks y se alegró de verlos por fin tomando forma en la conciencia del pueblo.

Creció dentro de él la necesidad de ver todo aquello en persona y de ayudar a que progresara metiéndose dentro, y aunque muy pocas veces esa idea le distraía de sus estudios, sabía que empezaba a llegar el momento de abandonar el monasterio. Tenía un trabajo que realizar en el mundo exterior.

El maestro Chien lo notó y empezó a enseñarle Dones importantes y conocimientos que, en cualquier otro caso, quizá se habría reservado. Una vez que creyó que Antonine había aprendido todo lo que él podía enseñarle, el maestro Chien accedió a los deseos de su pupilo de dejar el túmulo y volver a casa.

Emocionado ante las posibilidades que le ofrecía el futuro pero triste por abandonar el túmulo que había llegado a amar tan profundamente, Antonine cargó la mochila y abrazó a su maestro bajo la trémula luz del puente lunar que el Guardián de la Puerta le había abierto. Y sin más despedidas, entró en la luz plateada y se dirigió a la salida del puente situada en América.

Hundió sus raíces una vez más en las Catskills y se esforzó por cumplir sus obligaciones como Philodox y Contemplaestrellas. Quizá no había ningún otro lugar en América donde las relaciones de la comunidad intertribal estuvieran tan estropeadas como en el estado de Nueva York: la Camada de Fenris se peleaba con los Wendigos y los Señores de la Sombra intentaban dominar a los Uktena y a los Colmillos Plateados. Aquí sí que había mucho trabajo que hacer para unir a la Nación Garou.

Durante las décadas siguientes, Antonine se fue ganando poco a poco el respeto reticente de la mayor parte de las tribus, aunque algunos intentaron tacharle de simple patán chalado y hippie que se negaba a renunciar a los 60. Por supuesto, los Hijos de Gaia del Túmulo de los Lagos Finger hicieron causa común con él pero

tuvo que luchar durante muchos años para que los otros reconocieran la utilidad de su sabiduría.

Pero todas aquellas victorias se vieron mitigadas al final por la tragedia de la caída del Monasterio Shigalu ante el Wym. Asesinaron a la mayor parte de sus defensores (incluyendo a su buen amigo Wen) y saquearon todos sus tesoros, sólo escaparon unos cuantos supervivientes para contar la historia.

Este terrible acontecimiento fue lo que inició la retirada de los Contemplaestrellas de la Nación Garou occidental. Se convocó una asamblea en el Túmulo de la Cueva Elevada, en Nepal y se esperaba que acudieran todos los ancianos Contemplaestrellas. Antonine fue con al esperanza de convencer a la tribu de que no se separara pero poco después de su llegada supo que el peso de la opinión general estaba en su contra.

Se manifestaron entonces todas las divisiones existentes dentro de la tribu, lo que antes estaba escondido bajo el disfraz del discurso razonado ahora se transformaba en discusiones en todas las regiones y facciones. Aquellos que siempre habían envidiado la importancia del Clan del Lince de las Nieves utilizaron el momento para condenar la arrogancia que había acabado con él. Pero los defensores del Lince de las Nieves, todavía en mayoría, criticaban lo que ellos llamaban el dominio de la ira y los celos que la victoria del Wym había llevado a lo que antes era una tribu unida.

Lo que debía ser una reunión tranquila y solemne se convirtió en una serie de duelos físicos entre maestros ilustrados, todos intentando ganarse la preponderancia de sus ideas a base de vencer físicamente a la oposición, contando más con esos antiguos instintos del dominio del lobo alfa que con los argumentos razonados.

Lo cual, sin embargo, no era algo desconocido dentro de la tribu, que siempre había caminado por un alambre tembloroso sobre un abismo de instintos salvajes. Al contrario que los seres humanos modernos, cuya veneración por la razón iba acompañada por el miedo al instinto, la mayor parte de los Contemplaestrellas sabían que ambos factores formaban un continuo indivisible, una interacción constantemente cambiante del yin y el yang, del cielo y la tierra. La mayor sabiduría de los Contemplaestrellas era rendir homenaje a las posturas contradictorias, abrazar la paradoja y respetar todas las cosmologías.

Esa tarde Antonine se sentó fuera del túmulo, sobre las piedras frescas de la salida, con su vieja amiga Catrina, que ahora se llamaba Catrina Ojos de Gato, una de las ancianas del túmulo.

—Sabes que esto no está bien —le dijo—. Retirarnos no es la mejor manera de resolver nuestras diferencias.

—Y tú sabes que hay momentos para retirarse así como para avanzar —le contestó ella—. El ciclo del yin y el yang exige abandonos tanto como compromisos, cada uno a su tiempo. Ha llegado el momento de abandonar.

Antonine suspiró.

—Si se mira desde una perspectiva cosmológica, estoy de acuerdo con que estos tiempos se pueden interpretar así. Pero no puedo evitar pensar, sin embargo, que esta interpretación en concreto es incorrecta. Dejar el asalto, sí, pero no las alianzas.

—Aquellos de los nuestros que están más preparados que tú para leer las estrellas piensan de otro modo. No es mi intención despreciar tus talentos, sólo deseo recordarte que aquí hay Contemplaestrellas que son mayores y más sabios que tú y yo.

—Sí, eso es muy cierto. Sé que las razones son muy sólidas. Las Cortes de la Bestia van a jugar un papel más importante incluso en Occidente en los años venideros y necesitamos su confianza. Es

sólo que... deberíamos estar aliados con todos, no sólo con un lado o el otro.

—La política. Qué putada, ¿no?

Antonine se echó a reír ante la vuelta de su amiga a su antigua manera de hablar, cuando estaban estudiando con Grulla Alegre. Se volvió hacia ella y sonrió.

—Te has convertido en una monje muy noble, tan diferente de aquella Garou más joven e impetuosa.

—Y tú te has convertido en un hombre profundamente seguro de sí mismo. Tan diferente de aquel Garou más joven e inseguro.

—Los dos hemos crecido. Y cambiado —Antonine hizo una pausa antes de continuar mirando desde su atalaya aquellas montañas lejanas pero inmensas que se extendían por todo el horizonte—. No puedo abandonar mi trabajo, sabes. No importa lo que decidan al final, no puedo renunciar a los otros; llevo demasiados años intentando unirlos y no puedo abandonarlo ahora.

—Nadie te lo va a pedir. Los ancianos no pueden decirle a un individuo qué camino debe seguir, por mucho que quisieran. Saben que no pueden, eso es lo que nos hace diferentes de las otras tribus.

Contemplaron la noche juntos durante un rato y luego Antonine se levantó.

—Tengo que irme. No hay razón para que espere aquí la decisión que van a tomar en la reunión, ya les he dicho todo lo que he podido y me enteraré de los resultados de un modo u otro.

Catrina se levantó y le tomó las manos mirándole a los ojos.

—Adiós, Antonine Gota de Lágrima. No te desvíes jamás de tu camino, no importa si la tribu entera toma el contrario.

Antonine asintió y se rozaron las frentes. Luego el hombre se giró y volvió a subir la montaña para dirigirse a las cuevas y al

Guardián de la Puerta, al puente lunar que le devolvería a su hogar.



A Antonine le picaba la palma de la mano, la incomodidad había crecido durante la noche y se negaba a desaparecer distraendo por fin a Antonine de su meditación y sus recuerdos. Tenía la sensación de que le había salido una erupción muy dolorosa.

Todavía posado con las piernas cruzadas sobre el observatorio de la cabaña abrió los ojos para contemplar los bosques nocturnos. Eran quizá las tres de la mañana.

Se miró la mano esperando ver un parche de marcas rojas pero se asombró cuando vio el brillo palpitante de la luz de la luna. Una quemadura de treinta y ocho años le brillaba nuevamente en la mano, recordándole por primera vez en años el acontecimiento que la había provocado, la visión que había tenido de Quimera y la senda brillante que le había quemado la piel al tocarla como si fuera plata.

¿Por qué se había encendido de nuevo después de tantos años? ¿Hubo algo en la meditación de recuerdos que la había despertado? ¿O estaba relacionada de algún modo con el presente, con los acontecimientos que estaban teniendo lugar en Europa?

Descendió con cuidado del observatorio al tejado de madera y de allí saltó al suelo. Buscó por el claro pero no vio nada fuera de lo normal que pudiera relacionar con aquel resplandor renovado y por tanto se quedó mirando fijamente al carillón de viento espejado que colgaba en el porche muy cerca de allí. Levantó la palma de la mano para atrapar el reflejo brillante con el cromo del

objeto, rasgó la Celosía con la vista y pasó al otro lado siguiendo el camino que le marcaba la luz.

La Penumbra estaba tranquila, aunque no anormalmente tranquila ya que oía chasquidos tenues provenientes de lo más profundo del bosque y provocados por los pequeños espíritus gaflinos que se alimentaban por entre las crujientes hojas de otoño que cubrían la marga.

La mano le brillaba cada vez con más fuerza y la extendió ante él, a lo lejos vio un destello de respuesta, el ligero resplandor de una tenue senda lunar que reflejaba la luz de la luna.

Entró precipitadamente en la cabaña para coger el saco que tenía allí, el que guardaba en la Umbra por si lo necesitaba para un viaje rápido. Salió de la cabaña y siguió el brillo que le llevaba a la lejana senda lunar, sacando el klaive del saco y enganchándose la funda en el cinturón.

No sabía dónde le iba a llevar aquella senda pero sospechaba que debía haberla tomado años antes.

## Capítulo nueve



La senda lunar entraba en la Umbral Profunda alejando a Antonine de la Penumbra que rodeaba su cabaña y de las Catskills. La siguió durante el resto de la noche hasta que empezó a desvanecerse lentamente cuando se puso la luna y llegó la verdadera noche a la Umbral. Durante todo el camino se encontró con varias sendas laterales que se dividían y que llevaban a pequeños reinos, sobre todo calveros, bosques en miniatura u otros yermos, mundos enteros en sí mismos.

Cuando la senda empezó a desvanecerse buscó uno de esos calveros para pasar el día y escogió uno que parecía prometer una cascada, a juzgar el rugido apenas perceptible que se escuchaba incluso en la senda lunar. Entró en sus fronteras tras salirse de la senda y se encontró en un pequeño prado iluminado por el sol ante un cañón. Se acercó con cuidado al borde, se asomó y vio el agua blanca que se precipitaba bastante más abajo, el rugido era más fuerte a su izquierda, detrás de una curva de la roca así que sospechó que la catarata, la fuente del río que había allí abajo, se encontraba por aquella dirección.

Volvió al prado y se dirigió a su periferia, unas cuantas flores silvestres crecían entre las rocas que bordeaban la planicie de hierba y había también unos cuantos árboles. A lo lejos se veían montañas cubiertas de bosques y Antonine empezó a preguntarse si más que un calvero no era un bolsillo de Penumbra en el sur de las Apalaches.

Pero no era algo que le preocupara demasiado así que desenrolló la manta y se echó en el suelo. Se quedó dormido muy pronto aunque incluso en las etapas más profundas del sueño tenía alerta todos los sentidos para despertar a la primera señal de peligro.

Despertó horas más tarde, el sol invisible ya se había ocultado tras las montañas y se elevaba una neblina que envolvía a los gigantes precámbricos en un manto gris. Antonine se incorporó y escuchó en busca de alguna señal de espíritus. Oyó unos pájaros piar en la distancia, aparte de eso, el silencio era completo.

Abrió la mochila y sacó una botella metálica de agua vacía, estaba adornada con glifos y sellada con un antiguo trozo de cuero. La sujetó con las dos manos y pareció rezar ante ella, concentrando su voluntad para despertar al espíritu que moraba en el interior. El diminuto ser se desplegó allí dentro y se convirtió en un remolino dentro de los confines de la botella, creciendo para llenarla hasta el borde de agua fresca y pura. Antonine le dio las gracias y bebió del fetiche, el espíritu se quedó quieto de nuevo pero el agua no desapareció.

Antonine selló la botella con el trozo de cuero y la volvió a meter en la mochila. Luego sacó una bolsa de carne seca y masticó unos cuantos pedazos mientras miraba como se mecían las flores en la brisa que subía del cañón. Una vez satisfecho, dobló la bolsa y la guardó otra vez en la mochila. Luego se levantó e hizo lo

mismo con la manta atando las correas de cuero a la parte inferior de la mochila.

Ya era de noche, se echó la mochila al hombro, volvió a la sombra de la roca por la que había entrado y dejó el calvero para entrar una vez más en la senda lunar.

Se miró la mano, ya no brillaba así que ahora iba a tener que fiarse de la senda y de su experiencia en viajes por la Umbra. No tenía ni idea de a donde llevaba aquella senda pero estaba seguro de que era a algún lugar importante para la visión de Quimera. A la luz de los últimos acontecimientos no tenía más elección que seguirla, era la única pista que tenía.

Siguió andando hasta la hora del Cénit Lunar antes de pararse en la senda para mascar más carne seca y beber más agua. Si fuera necesario podía pasarse días sin ningún alimento. Un espíritu de la montaña le había enseñado el truco de privarse de las necesidades corporales y subsistir durante un tiempo gracias únicamente al puro propósito de continuar, pero no iba a funcionar para siempre, al final iba a necesitar más comida. No le apetecía recurrir a ese saber hasta que se le terminaran las provisiones y disminuyera toda esperanza de reponerlas.

Continuó caminando.

La región por la que caminaba ahora se hizo menos densa, había menos sub-reinos que salieran de la senda. Y los espacios que había entre ellos tenían un aspecto lóbrego, como si no los habitaran siquiera los gaflinos o los yaglinos. No estaba seguro de dónde estaba, no le resultaba nada conocido, jamás había oído hablar de un sitio así. Supuso que se encontraba en alguna parte abandonada de la Umbra Profunda por la que no viajaba nadie y de la que habían desertado sus espíritus residentes. ¿Pero por qué? ¿Qué les había obligado a marcharse?

Al poco rato empezó a notar que a lo lejos se veían las hebras viejas, secas y quebradizas de telarañas. Secuaces de la Tejedora. Este lugar había sido dominado o habitado por los espíritus de la Tejedora, pero las telarañas eran tan frágiles y estaban tan destrozadas que tuvo que ser mucho tiempo antes.

Antonine se paró en la senda y cambió a la forma mucho más grande de Glabro, olisqueó el aire pero no halló ningún olor de la corrupción del Wyrn. El lugar estaba verdaderamente vacío y abandonado y no habían sido las criaturas del Wyrn las que habían echado a los habitantes.

El misterio de aquel lugar fascinaba e inquietaba a la vez a Antonine. No era ningún Theurge y aunque pasaba mucho tiempo aprendiendo de otras cosas sobre la Umbrá y los espíritus, estos no había sido el centro de atención de su preparación durante todos aquellos años. No sabía lo suficiente de geografía de la Umbrá para identificar el lugar o su posible aparición en alguna leyenda.

Sin más pistas para continuar, Antonine siguió su camino buscando el final de la senda.

La luna estaba otra vez a punto de ponerse y la senda empezaba a oscurecerse cuando el camino terminó al borde de un reino. Pero no era ningún calvero ya que no se filtraba ninguna señal u olor de la naturaleza interior. Si acaso se parecía a un acantilado ciclópico construido con bloques tallados de modo uniforme, todos ellos cuidadosamente encajados entre sí para formar un muro inmenso cuyo borde llegaba mucho más allá de la vista de Antonine. Lo contempló atentamente en la oscuridad creciente y vio tallas y jeroglíficos pero fue incapaz de distinguir las formas o los significados. Con la luz desvaneciéndose muy rápido y la senda ya casi invisible, no tenía más elección que entrar en aquel reino desconocido.

Todo aquello emitía una sensación de vasta antigüedad. Antonine se paró en una enorme cueva construida con los mismos bloques. Aquí, sin embargo, unos pilares redondos alineados en dos filas se extendían hasta el infinito delante de él; ahora veía las tallas, trabajadas en espirales desde la parte inferior de las columnas hasta la parte superior, que contaban narraciones lineales por medio de imágenes.

Se acercó con cuidado a la columna más cercana y empezó a examinarla. El estilo artístico parecía un cruce entre el arte maya y el chino: las figuras planas, redondas e iconográficas de las tallas mayas pero con paisajes que hablaban de nieblas y agua, parecidos a los que aparecen en las pinturas chinas. Tenían el aspecto de unos seres primarios y abstractos que caminaban por paisajes delicadamente detallados pero distantes.

Una voz suave y baja le susurró al oído:

—Ah, sí, la historia del Jefe Lanza Ejecutora y como ganó el corcel grifo...

Antonine se dio la vuelta de un salto asumiendo instantáneamente una postura defensiva. La mujer esbelta, vestida con una túnica y con el pelo oscuro atado formando tirabuzones no hizo ningún ademán de acercarse ni de alejarse de él. Le miró sin expresión aunque Antonine detectó un cierto deje de extravagancia.

—¿Quién es usted? —preguntó relajando el cuerpo pero todavía alerta para asumir cualquier postura ofensiva o defensiva en un instante.

—Soy la Bibliotecaria de los Sueños —contestó la mujer algo confusa ahora que él le había preguntado su identidad—. Y ésta es una de las salas de archivo más antiguas. ¿Por qué has venido si no conocías esto?

Antonine miró la «sala» buscando señales de paredes además de la que había cerca de la entrada por la que había pasado y no

vio ninguna. Si aquello no era más que una sala no quería ver las otras. ¿Podía una sola mente comprender una visión así del infinito?

—Me traje aquí —dijo— una senda lunar.

Ella le echó una mirada burlona y abrió más los ojos como invitándole a continuar.

»Un camino tendido por Selene, la Luna.

La mujer levantó la ceja izquierda.

—¿Sí? ¿Entonces qué haces en los Registros de la Civilización? Estoy segura de que buscas las Historias Celestiales o las Cortes Animales.

Antonine sintió mucha curiosidad pues ambas sugerencias parecían prometer saberes olvidados, pero le habían guiado hasta aquí por una razón.

—No, creo que estoy en el lugar adecuado. Verás, soy un hijo de Quimera.

—Sí, claro que sí. No estarías aquí si no lo fueras. Bueno, ¿por qué la Civilización? ¿Hay algún tema en concreto que desees investigar?

—Sí —dijo Antonine—. Una senda lunar de plata. Un camino espiritual hecho de plata lunar.

—Hmm —dijo la bibliotecaria pensándoselo un momento—. No recuerdo nada así; aunque... espera un momento. Ah, sí, hay una contrarreferencia. Te llevaré hasta allí. —Echó a andar por aquella inmensa sala sin ni siquiera mirar a Antonine, aparentemente segura de que la seguiría.

La siguió. Caminando a poca distancia detrás de ella, la siguió pasando al lado de más columnas, cada una de las cuales presentaba diferentes personajes y paisajes. Aquella antigua sala se hizo más antigua todavía mientras el polvo se acumulaba en el suelo y en los rincones y grietas de las columnas.

—Aquí estamos —dijo parándose ante una columna y le quitó con la mano lo que parecían ser viejas telarañas—. Llevo bastante tiempo sin verla. De hecho, no creo que nadie haya venido a leerla jamás. Bueno, tú serás el primero —sonrió a Antonine, le saludó con la cabeza y luego volvió por donde había venido mientras sus pasos resonaban y desaparecían a través de aquel inmenso espacio.

Una vez que desapareció, Antonine se puso de rodillas para examinar la base de la columna. La iconografía estaba llena de arañas y animales, paisajes primarios y, sobre todo ello, la luna. Mientras pasaba los dedos sobre las tallas e intentaba seguirlas de abajo a arriba moviéndose alrededor de la columna para seguir la historia que se leía en espiral, sintió como se le iban cerrando los ojos. Sintió que el sueño le vencía pero no pudo librarse de él y antes de poder hacer nada para evitarlo, estaba soñando...



La Abuela Araña retorció angustiada y obsesivamente las ocho manos. No sabía qué hacer. Cada telaraña que tejía, cada dibujo cuidadosamente elaborado que forjaba enseguida lo destruía el torbellino impetuoso del Kaos, que no atendía a ruegos ni mostraba ninguna compasión, destrozando sus obras en un delirio de destrucción que dejaba su arte hecho jirones.

Se estaba volviendo loca. ¿Cómo iba a seguir construyendo cosas sólo para que se las destrozaran? Le rogó al Wyrn, la gran serpiente del mundo, que devorara al Kaos y detuviera toda aquella destrucción. Pero el Wyrn no le hizo caso.

O eso creía ella. En realidad, más allá de lo que veía en su desolación, el Wyrn trabajaba para contener el torbellino y dirigirlo

lejos de las obras de la Tejedora según transcurrían las estaciones. Cuando las telarañas estaban demasiado cansadas o viejas, soltaba al Kaos y no entorpecía su camino de destrucción hasta que cambiaban una vez más las estaciones y volvía a empezar el trabajo de la creación.

Pero la Araña no entendía nada de esto, todo lo que veía era destrucción, nunca la creación que el Kaos dejaba a su paso, las nuevas formas que podían crecer ahora para realizar todo su potencial cuando se habían roto los dibujos y códigos excesivos elaborados por la Tejedora.

Ésta ideó un plan para contener al Kaos, para volver el poder del Wyrn contra él en todas las estaciones. Sin razonar, sólo preocupada por sus pobres labores rotas empezó a tejer una poderosa telaraña alrededor del Wyrn atrapándolo con sus enredos pegajosos, encadenando a la serpiente a su voluntad.

Pero el Wyrn no era ningún esclavo, se revolcó y aulló y siseó en su encierro, e intentó salir a escondidas de las cuerdas que lo ataban. Pero sus movimientos sinuosos lo único que hacían era apretar más la telaraña; desesperado mudó de piel con la esperanza de deslizarse por los hilos de seda mientras su antigua piel refrenaba aquella celosía cada vez más estrecha. Todo en vano.

El Kaos no atendió a sus aullidos de ira y dolor pues el Kaos no atiende a nada ni nadie.

La Araña Celestial tejió un capullo alrededor de la serpiente, que no dejaba de luchar; y tan ocupada estaba en su tarea que olvidó el mundo que la rodeaba, pendiente sólo de la telaraña y el complejo trabajo de elaborarla bien para atrapar totalmente al Wyrn.

No vio el rayo de luna que entró en la cueva donde había desafiado a la serpiente en su guarida. El rayo de luna se convirtió en un hilo de plata que empezó a meterse (sí, como una serpiente)

en la telaraña negra que la Araña tejía y sacaba de su orificio. La hebra de plata se mezcló con el hijo negro de seda y siguió su camino sinuoso alrededor del Wyrms sin que se diera cuenta la Araña.

Ahora entraron en la cueva legiones de espíritus que respondían a los bramidos del Wyrms del Equilibrio, la serpiente cuyo abrazo sostenía al mundo. Intentaron desenmarañar el hilo pero sólo consiguieron empeorar el laberinto y quedar atrapados ellos también convirtiéndose en Perdiciones. Nada podía alcanzar al Wyrms atravesando el laberinto de hilo sin volverse loco, pues la propia locura de la Araña se había incorporado al diseño de aquel capullo, una trampa de la que ninguna mente racional podía escapar sin desprenderse de la lógica.

Al final llegaron los Garou aullando mientras entraban de un salto en la lucha rasgando la tela con los dientes y las garras. Pero ellos, también, cayeron atrapados en las vueltas y recodos de aquella tela, con los ojos perdiendo toda la luz de la razón mientras descendían a una locura atropellada.

Sin embargo habían conseguido llevar a cabo una hazaña poderosa y final. A través del diseño negro e indescifrable habían tallado una única senda que serpenteaba en curvas y espirales a través del espacio y el tiempo más allá de la comprensión de la mente sensible, pero que se abría camino hasta el corazón del capullo, hasta las fauces vociferantes del mismísimo Wyrms, que aullaba loco de desesperación. Y sin embargo, debido a su proximidad a los otros hilos y a sus vueltas y recodos enloquecedores a través de múltiples dimensiones paradójicas, nadie podía caminar por aquella senda sin perder el propósito que le llevó allí. Ni siquiera los más grandes Garou que se atrevieron a seguirla y alcanzaron en el mejor de los casos el círculo y espiral final sólo

para olvidar su obligación y volverse locos de poder en una ilusión de divinidad.

Escondida allí detrás y muy cerca, sin ser percibida ni notada por los lobos enloquecidos, estaba la hebra de plata formada por la luz de la luna. Jamás hollada, olvidada. Un tejido secreto y oculto, oculto a los propios ojos de la Araña.

Cuando Antonine, un observador insustancial presencié esto, la mano le empezó a escocer de nuevo con un latido sincronizado con la luz tenue y palpitante de la hebra de plata que se abría camino sinuosa hasta la boca del Wyrn.



Se despertó en la senda lunar, no se veía por ninguna parte el reino de los registros y la mano le había vuelto a su estado normal sin señales de la marca que había tenido.

Antonine ahora sabía que la senda de plata que había tocado en aquella ocasión en su visión no era más que el Hilo de Plata, el espejo del Laberinto de la Espiral Negra, que a su vez no era más que una senda tallada a través de la telaraña de la Tejedora con los filamentos unidos para poner al Wyrn a su servicio. Pero éste no pensaba servir.

Antonine casi no podía creer lo que había visto. Si era cierto, eso significaba que los Danzantes de la Espiral Negra en vez de ser sencillamente unas criaturas corrompidas y malvadas habían sido en un tiempo los heroicos salvadores potenciales del Wyrn, cuando éste aún era la fuerza del Equilibrio, antes de convertirse en el Señor de la Profanación. Habían sucumbido a la locura de la Tejedora y sus mentes estaban atrapadas en el laberinto sin fin

que había elaborado alrededor de su prisionero y ahora compartían la corrupción de la serpiente cautiva.

Antonine no era tonto. La corrupción seguía siendo corrupción, el epítome del mal, peligrosa no sólo por su falta completa de equilibrio y principios, sino también porque era contagiosa. A pesar de las razones originales que provocaron la locura y la corrupción de los Danzantes de la Espiral Negra, ahora no eran más que peones de una fuerza que se alimentaba de sus propias úlceras infectadas.

¿Por qué se lo habían mostrado? ¿Qué bien podía hacer tal conocimiento excepto el de evocar una piedad que acompañara al asco habitual que se merecían los Danzantes de la Espiral Negra? El mensaje más importante reposaba en el Hilo de Plata. ¿Por qué no lo había visto nadie antes? ¿Acaso esa senda, al contrario que el Laberinto de la Espiral Negra, no ofrecía una promesa de esperanza para cualquiera que la siguiera, forjado como estaba por Selene? ¿Pero por qué arriesgarse a seguir una senda así?

Antonine conocía la respuesta: para llegar al centro del capullo de la Urdidumbre de la Tejedora, al corazón de su fábrica de ilusiones, más allá de todas las formas, imágenes y pensamientos falsos. Para liberar al Wyrm atrapado allí y restaurar el equilibrio.

¿Era posible? ¿Podía hacerse?

Antonine recordó el inmenso dolor de su quemadura y supo que él no podría caminar por esa senda sin morir al tocarla. La plata de la luna exigía pureza, sólo alguien realmente puro en intenciones y linaje podía tocarla sin quemarse.

Como la Corona de Plata.

Y el único que lucía esa reliquia era el rey Albrecht. Antonine se emocionó, tenía que volver a Nueva York para alcanzar a Albrecht antes de que se fuera. Estaba seguro de que el destino del

rey de los Colmillos Plateados estaba unido a esa visión, no al campo de batalla de Europa.

Mientras corría por la senda lunar volviendo sobre sus pasos, revisó frenéticamente la situación buscando cualquier pista que pudiera ayudar a Albrecht.

Le pareció que Selene no pudo advertir a otros sobre la existencia de aquel hilo porque temía que la Tejedora lo descubriese y lo deshilase de su tapiz retorcido. Sin embargo Quimera se había arriesgado a advertirle a él arriesgándose a que la Araña lo notase. ¿O no fue así? Quimera siempre entrelazaba sus visiones en metáforas profundas e imágenes enigmáticas. Los sueños que enviaba exigían un gran esfuerzo incluso de las mentes de los Contemplaestrellas más sabios guiándoles a menudo en la dirección equivocada. Los lobeznos se quejaban de que esos enigmas cegadores sólo escondían la verdad en vez de revelarla, como afirmaban los ancianos. Pero ahora Antonine estaba seguro de que, al igual que los miembros de una sociedad secreta que tenían que ocultar su conocimiento de los otros por miedo de una persecución política, Quimera y sus seguidores hablaban con acertijos para despistar a la Enemiga y premiar así sólo a los sabios con sus mensajes.

Unos pensamientos tan agitados que casi le distrajeran del paisaje que le rodeaba. Ya no era la zona árida por la que había venido, estaba en otro sitio. La senda le había llevado en otra dirección. Una dirección que le alejaba de casa.

## Capítulo diez



El corazón de Antonine se aceleró, si no volvía pronto no encontraría a Albrecht. Pero la senda le había llevado antes a una historia perdida del pasado, quizás ahora le llevaba a otro eslabón más en la cadena del recuerdo.

Viajó por aquella pista crepuscular tranquilizándose con un mantra, un «om» profundo, gutural y extenso que reverberaba en el aire. Un sonido que le calmó el corazón y le tranquilizó los nervios; aceptó que era la senda la que mandaba, no él y que su tarea, de momento, era seguirla.

En cierto momento la senda se dividió en tres direcciones diferentes y Antonine se asomó cautelosamente a cada una de las tres buscando alguna pista que le indicara qué bifurcación tomar. En el camino del medio, apenas visible si no fuera por las muescas ligeramente más oscuras que destacaban sobre el suelo luminoso, distinguió unas huellas. ¿Pisadas de botas?

Era la única señal en un paisaje por lo demás estéril. Antonine tomó la bifurcación del medio y siguió las huellas que a veces se aclaraban y otras se hacían más oscuras. Sin embargo eran con

toda seguridad huellas de botas, aunque de una marca que le resultaba desconocida, no eran de ninguna de las suelas de las botas de montaña habituales que conocía.

A lo lejos, apenas visible, un resplandor plateado daba vueltas en espiral sobre el camino. Una Lúnula.

Al acercarse al enigmático espíritu, su lento giro adquirió velocidad sin moverse del sitio. Parecía nerviosa, como si le advirtiera que se alejara. Antonine no quiso detenerse y siguió moviéndose, las Lúnulas solían desafiar a los que intentaban penetrar en los secretos de la luna o atravesar las zonas de la Umbra que estaban encargadas de vigilar. Antonine sabía que tendría que enfrentarse a algún desafío en algún momento del camino, tenía suerte de haber llegado tan lejos sin encontrar a nadie.

La Lúnula se lanzó contra Antonine de repente pero el Contemplaestrellas se hizo ágilmente a un lado en el último momento, sacando a aquel rayo de luna vivo fuera del camino y enviándolo a la oscuridad que había más allá. Antes de que pudiera recuperarse, el Contemplaestrellas echó a correr por la senda intentando cubrir tanta distancia como pudiera.

La Lúnula volvió con un silbido a la senda y ganó velocidad precipitándose tras Antonine.

Éste cambió a la forma de lobo y aumentó la velocidad con las patas extras permitiéndole doblar la distancia que le separaba del espíritu. Pero la Lúnula pareció ganar presteza por momentos y empezó a acercarse cada vez más. Cuando se le acercó a los talones, Antonine cambió a la forma Crinos y sacó el klaive. Giró a la vez que corría acuchillando el aire detrás de él con el filo de plata.

La hoja atravesó a la Lúnula y separó los jirones de aquel ser en dos. Cada una de las partes detuvo al instante la persecución y

se separaron, llevadas por vientos invisibles, desenmarañándose lentamente y desvaneciéndose en la nada.

Antonine envainó el klaive y descansó para recuperar el aliento. Miró a su alrededor y vio que la senda hacía una curva más adelante, alrededor de una especie de colina. Es más, las huellas de botas eran aquí más claras, pero también había otras huellas, pisadas de lobo, y a juzgar por la impresión que habían causado sobre las huellas de botas, Antonine sabía que seguían a la persona de las botas. ¿Pero a qué distancia? ¿Eran compañeros o cazador y presa?

Más allá de la curva vio que había alguna luz, no el resplandor apenas visible de la senda lunar, sino el parpadeo de unas hogueras. Podría ser una especie de reino.

Volvió a echar a andar pero de repente se paró y escuchó. Era el sonido apagado de unos gruñidos que provenía de más adelante, y la fuente de aquel sonido parecía estar tras la curva. Lo acompañaron más gruñidos, los sonidos que emiten los lobos cuando quieren imponerse. A esos gruñidos los cortaron otros más guturales, una risa lobuna profunda y chirriante que a Antonine le dio escalofríos. Más adelante había Garou, con toda seguridad, pero aquel chirrió de murciélago que se insinuaba en sus aullidos significaba que no eran miembros de las Trece Tribus, sino que pertenecían a la tribu perdida de los Danzantes de la Espiral Negra.

Volvió a cambiar a la forma de lobo para presentar un perfil más discreto y avanzar más silenciosamente y se adelantó con cautela por la senda hasta el punto de la curva desde donde podía echar un vistazo a lo que había después.

La senda se terminaba lentamente convirtiéndose en una antigua carretera pavimentada de piedras que en alguna ocasión habían estado bien cortadas pero que ahora se habían convertido

en pedruscos desiguales. Parecía una antigua carretera romana que atravesaba por un camino serpenteante lo que parecían ser páramos, a juzgar por los brezales esparcidos y enfermizos y las espesas neblinas, y que terminaba en una colina baja. A un lado de la colina estaba la boca de una cueva oscura, una entrada circular en la tierra cubierta de musgo.

A lo largo de ambos lados de la carretera se sentaban los Danzantes de la Espiral Negra en pequeños grupos alrededor de hogueras menudas, riendo y gruñendo entre sí. Había nueve, que él viera por lo menos, y Antonine sospechaba que podría haber más por allí cerca, reconociendo el terreno o escondidos. Conseguir evitarlos sería toda una hazaña.

Se retiró de la curva y miró a su alrededor. Si atravesaba la senda lunar sin que le vieran y conseguía llegar al otro lado, podía deslizarse por los páramos y salirles por un lado. Una vez que estuviera cerca de la cueva, podía pasar como un rayo y llegar a la entrada antes de que lo alcanzara ninguno de ellos. ¿Y luego qué?

Estaba seguro de que la cueva era una entrada a algún tipo de reino. Algo antiguo y poderoso, lo bastante fuerte para exudar parte de su realidad a la Umbra cercana, un fenómeno que se solía ver sólo cerca del mundo material y su Penumbra.

Era imposible saber si la entrada a aquel reino le salvaría de los Danzantes de la Espiral Negra, pero sospechaba que su presencia en aquel lugar significaba que no podían o no querían entrar en aquel reino por alguna razón. Ni siquiera podía conjeturar si allí vivía una criatura Wyrms rival o eran seres aliados con Gaia los que esperaban dentro. Tenía que tener fe y confiar en que Gaia y Selene no le llevarían hasta aquí sólo para entregarlo a su perdición.

Siguió adelante en completo silencio, manteniéndose agachado y moviéndose exageradamente despacio, parándose

cada pocos pasos para inclinarse aún más, escuchar y mirar a su alrededor con cautela. Invocó el saber de los espíritus del viento y abrió los sentidos a las señales emitidas por aquella zona, con la percepción ahora más agudizada que la de cualquier lobo, intensificada por la sabiduría del viento.

Oyó una respiración delante de él, a su derecha. Un centinela escondido como él en la forma de lobo.

Antonine se arrastró hacia atrás y se metió en una torrentera poco profunda por la que había pasado. Serpenteaba a la derecha y hacia otro giro más, quizá le llevara por detrás del guardián hacia algún punto más adelante y resumiendo su paso lento, parando y avanzando, se arrastró para pasar al lado del confiado Danzante de la Espiral Negra.

Estaba tan preocupado por el Garou corrupto que no notó la Perdición que bajaba del cielo. Aquel cuervo andrajoso cubierto de pus y tumores se lanzó sobre él y emitió un graznido terrible que se parecía más a un alarido de tortura que a un grito de advertencia.

El Danzante de la Espiral Negra que estaba de guardia se levantó en un segundo y saltó hacia Antonine, bien visible ahora gracias a la Perdición cuervo. El Garou deforme aulló mientras le asestaba un golpe a las patas de atrás de Antonine con las garras.

Antonine dio un giro rápido cambiando al instante a la forma Crinos y agachándose bajo el Garou que saltaba en ese momento, luego se levantó para alcanzarle en el estómago con el hombro, quitándole así el aliento. Girando de nuevo para canalizar la velocidad del salto del otro, se dobló a la vez que le agarraba la muñeca lanzándole hacia delante con un solo golpe. El cuerpo del Danzante viró por el aire y cayó al duro suelo con un golpe sordo.

Antes de que el centinela pudiera levantarse, Antonine terminó el ataque con un golpe de garra que le desgarró la garganta

mientras pasaba como un rayo directamente hacia la cueva. La sangre saltó en el aire y el Danzante se agarró la garganta intentando parar la marea de vida que se le escapaba, pero lo único que pudo hacer fue toser y jadear mientras iba perdiendo fuerzas.

Los otros se habían levantado y se precipitaban desde todas direcciones. Cinco se reunieron delante de él intentando bloquearle el camino antes de que pudiera llegar a la cueva. Sacó de un golpe el klaive e invocó su espíritu rebanando el aire que tenía delante. Apareció un resplandor de estrellas ante él y a un lado y los cinco Danzantes de la Espiral Negra cambiaron de dirección para interceptar las luces sin saber cual era su localización exacta. El espíritu de la Distracción que estaba unido al klaive había hecho su trabajo.

Antonine viró un poco hacia la izquierda para esquivar a la banda que saltaba sobre la ilusión que veían todos ellos pero que resultaba invisible para los otros y aumentó la velocidad.

Ya no había más Danzantes de la Espiral Negra delante de él, todos estaba detrás, aullando mientras intentaban alcanzarlo. Si podía mantener ese paso llegaría a la cueva antes que ellos.

De repente una fuerza invisible le tiró de lado, como si le hubiera caído un muro encima. Se derrumbó en el suelo, mareado, intentando orientarse y levantarse antes de que lo que le hubiera golpeado saltara a terminar el trabajo.

Pero no apareció nada. Se deshizo del dolor de una sacudida y se dirigió hacia la cueva otra vez, pero algo le hizo la zancadilla y se dio de bruces contra el suelo; esta vez estaba listo para el dolor y giró en el sitio dando una patada que golpeó algo y oyó un gáñido.

Se alejaba a trompicones, era un Garou de piel marrón en la forma Crinos que llevaba la túnica ajada de un monje tibetano. Había impedido que le vieran moviéndose a una velocidad

increíble y manteniéndose en el punto ciego de Antonine. Pero ahora éste había revelado su presencia.

Antonine se puso en pie de un salto y adoptó la postura defensiva de las artes marciales. Su oponente, quienquiera que fuera, era obviamente también un maestro en ellas.

Sin embargo, en vez de volver a atacar, el Garou se rehizo, adoptó una postura serena y sonrió, luego cambió a la forma humana y Antonine sintió un vacío enorme en el corazón, como si se le hubieran agotado todas las fuerzas.

Wen Chou, su antiguo compañero de manada, se reía de él.

La risita aquella tenía el mismo tono chirriante, como si alguien arañara un encerado con la uña, de la risa de un Danzante de la Espiral Negra. Bajo la túnica rasgada que solían usar los miembros del Monasterio Shigalu Antonine vio en el pecho de Wen un tatuaje de una espiral brillando levemente con una neblina de un verde enfermizo. La señal de alguien marcado por el Laberinto de la Espiral Negra.

—Al principio no te reconocí —dijo Wen—. Debería haberlo sabido. He intentado con todas mis fuerzas olvidar mi pasado, pero no puedo olvidar a un antiguo compañero de manada. Saludos, Antonine —hizo una ligera inclinación.

Antonine permaneció alerta vigilando por el rabillo del ojo la horda de Danzantes de la Espiral Negra que invadían su terreno mientras se concentraba en cualquier movimiento que pudiera hacer Wen.

—Wen, creí que estabas muerto.

—Si la iluminación es una forma de muerte, entonces sí, estoy muerto. Pero sólo para mi pasado, he renacido a la verdadera sabiduría, no a las mentiras que vendían como buhoneros los Contemplaestrellas.

Los otros Danzantes de la Espiral Negra se acercaron más, gruñendo; algunos se quedaron mirando a Wen como si estuviera loco, o peor aún, cuerdo.

—Termina con él! —gritó uno.

Wen gruñó al que había hablado.

—No! No reclamo para el Wyrm!

Los otros parecieron impresionados con esto y se retiraron un tanto, sonriendo desagradablemente y resoplando, deseando ver qué pasaba a continuación.

Wen volvió a dirigirse a Antonine.

—Sabía que no pasaría mucho tiempo antes de que alguien le siguiera. No pensé que fueras tú, jamás te creí un imbécil, pero llegas demasiado tarde, claro. Va a ser nuestro muy pronto, fuera de tu alcance.

Antonine sabía que Wen se refería a las huellas misteriosas que había visto antes, todavía no tenía ni idea de quién las había dejado, pero también sabía que tenía que fingir que sí.

—Si me lo permites, no comparto tu opinión.

—Siempre tan optimista. Los tuyos lo han despreciado demasiadas veces y nosotros siempre hemos estado a su disposición.

—¿Nosotros? Tú eres un Contemplaestrellas.

—Lo era, y es a ti a quien tengo que agradecer mi iluminación. Si no hubiera estado en el Monasterio Shigalu jamás habría conocido la verdad sobre el Wyrm. Todavía me habría creído las mentiras sobre la Tejedora y habría estado ciego ante la majestad del dragón. Fue tu generoso sacrificio (ah, sí, sabía que fingiste aquella rabia para perder la pelea) el que me proporcionó la admisión a aquel lugar y me preparó por tanto para esto, mi verdadero destino.

Antonine sintió una ola de culpabilidad que le envolvía. Si no hubiera perdido a propósito la pelea quizá hubiera estado él en

Shigalu cuando cayó y quizá habría salvado a Wen de su corrupción actual.

—No quería que las cosas terminaran como lo han hecho.

—¿No? Puedo devolverte el favor, déjame iluminarte, Antonine. Te puedo mostrar una sabiduría jamás soñada en los sueños pueriles y limitados de ese tótem al que todavía sirves, ese Quimera absurdo, siempre avergonzándonos con enigmas que es imposible descifrar. Bueno, yo he descubierto un modo de resolverlos todos: quitarles todo su significado, la respuesta a todos los acertijos se encuentra en la locura. Quita las reglas básicas y todo está permitido.

—¿Cómo estás tan seguro? ¿Es eso lo que te dijo el Wyrn? No eres tan tonto como para confiar en un saber que nadie ha demostrado.

—Lo supe por mi cuenta, desde lo más hondo de mi ser, cuando todos a los que había amado murieron a mi lado. No necesito ponerlo en duda.

—¿No? Años de entrenamiento en el arte del debate, el examen y la deconstrucción constante de la realidad, ¿acaso te han curado de la necesidad de demostrar tus proposiciones?

Wen parecía nervioso, inseguro.

—En realidad he superado la necesidad de encontrar respuestas intelectuales, las verdades del Wyrn no necesitan ese tipo de garantías.

—Pero tú sí.

Wen gruñó enseñando los dientes.

—Lo admito, todavía soy débil, tengo mis dudas. Todavía me persiguen las mentiras que los Contemplaestrellas me metieron en la cabeza en Shigalu.

—Entonces vamos a dejarlas descansar. Si son tan débiles como dices, mentiras incluso, entonces no hay forma de que sobrevivan la prueba de Ingenio.

Wen sonrió con una mueca malvada y empezó a reírse.

—Vaya, inteligente, Antonine, muy inteligente. Pero tu propia sabiduría será tu perdición. Acepto el reto, cuando gane te reclamaré para el Wym, te unirás a mi tribu y utilizarás ese vivo intelecto tuyo contra los enemigos del dragón.

—¿Y si gano? ¿Me dejarás pasar indemne?

—¿Si? No puedes ganar. Pero jugaré. Si tu perspectiva fracasada logra trastornarme, entonces daré orden de que te dejen pasar.

—Si logro trastornarte, no estarás en condiciones de dar tales órdenes.

—Entonces lo haré ahora! —gruñó Wen. Volvió el rostro hacia su ejército y miró a los Danzantes a los ojos—. Si pierdo este combate, se le permitirá irse libremente a donde desee! ¿Me habéis oído?

Los Danzantes de la Espiral Negra gruñeron y se miraron, sin saber cómo responder. Uno de ellos se adelantó.

—¿Quién eres tú para decirnos lo que hacer? Nosotros nacimos del Wym, tú no eres más que un recién llegado.

Wen frunció el ceño.

—He llegado tarde a la iluminación, sí, pero era grande ya antes de ver la verdad del Wym. ¿Deseáis probarme?

Un aullido horrible fue la respuesta de Wen cuando el Danzante saltó hacia él en la forma de batalla. Los otros Danzantes tampoco perdieron el tiempo y se lanzaron contra Antonine echando espuma por la boca en anticipación de su muerte.

Antonine no pudo permitirse prestar atención a Wen, los ocho Danzantes se dirigían a él desde todas direcciones. Antonine

escogió una dirección y cargó contra dos Danzantes con la esperanza de hacerles perder el equilibrio y aumentar la distancia con los otros. Sin duda aquel ataque repentino les sorprendió y retrocedieron para esquivar el arco de su hoja afilada. Mientras se acercaba se balanceó deliberadamente de izquierda a derecha con un ritmo hipnótico dándoles a los Danzantes una falsa sensación de expectación, y luego cambió la dirección del balanceo en el último minuto cortándole el hocico al Danzante que estaba más a su derecha. El animal rugió de dolor y se retiró, quebrado su propósito de lucha.

El otro Danzante clavó los dientes en el brazo de Antonine, pero el Contemplaestrellas cambió a la forma Glabro y se deshizo del agarre en el escaso segundo que le llevó a las mandíbulas ajustarse al cambio de masa. Eso era lo que significaba dominar el Kailindo, el uso acertado de la metamorfosis para confundir a los enemigos. Antes de que el Danzante pudiera adaptar su estrategia de ataque, Antonine le metió el klaive en el vientre, matándolo al instante.

Los gañidos de dolor pararon a los otros en el sitio, hicieron una pausa paseándose se arriba abajo mientras buscaban un hueco. Justo cuando uno de ellos empezaba a adelantarse de nuevo un contorno borroso de movimiento marrón salió disparado por su lado, agarró al Danzante por el cuello y lo arrojó al otro lado de la carretera. Cayó en el suelo con un sonido sordo, la espina dorsal le crujió ruidosamente y dejó escapar un gemido de dolor.

El resto de los Danzantes se apartaron de Wen, que les miró furioso con las manos chorreando sangre y esperando un nuevo desafío. Los otros miraron al que le había retado y sólo vieron una masa inmóvil de pelo y entrañas humeantes. Todos inclinaron la cabeza y la cola ante el formidable recién llegado.

Wen se volvió para mirar a Antonine como si no hubiera pasado nada y le hizo un gesto para que le siguiera a las piedras nudosas de la antigua carretera que tenían a sus pies.

—Siéntate, no hay necesidad de quedarse de pie para esto. Podría llevarnos un rato, tu testaruda fe en la doctrina Contem-  
plaestrellas es fuerte y quizá lleve algún tiempo desgastarla.

—Me sentaré —dijo Antonine—. Pero no estaré sentado mucho tiempo. Sólo harán falta unas cuantas palabras para convencerte de los errores que has cometido.

Wen sonrió pero no respondió. Se sentó en la postura del loto y cerró los ojos tranquilizándose después del agitado combate, agudizando sus reflejos intelectuales. Antonine notó, sin embargo, que no podía controlar un espasmo del ojo.

Antonine envainó el klaive y se sentó también. Sabía que sus enemigos podían saltar sobre él en cualquier momento y que no sobreviviría al asalto, así que no teniendo nada que perder cerró los ojos él también y meditó, transformando su rabia en una voluntad de acero. Cuando los abrió, Wen le sonreía burlonamente.

—Qué arrogante. Típico de los Garou, típico de los Contem-  
plaestrellas, suponéis que basta con esa miserable comunicación con Gaia que tenéis. El problema de tu tribu es que sois incapaces de admitir un error, veis el fracaso como una simple interpretación errónea. Qué idiota.

—¿Es eso lo que te enseñaron en Shigalu?

Wen sonrió.

—No. Su problema fue que eso no lo sabían, y ahora están muertos.

—¿Y tú estás vivo? ¿Cómo? ¿Los traicionaste?

Wen frunció el ceño y dio un gruñido profundo antes de responder.

—Me fallaron. Yo me mantuve firme hasta el final; mientras ellos caían o huían, yo seguí allí y mantuve a raya a los peores enemigos. Al final, ya solo, escogí escuchar cuando hablaban. Buscaron confundirme con palabras y yo busqué lo mismo con ellos, seguro de que era mejor en esos juegos.

»Qué equivocado estaba. Intenté utilizar la lógica, sin darme cuenta en aquel momento de lo absurda que era, de lo total y completamente desprovista de base que estaba. Sólo el Wyrm es real.

—Debes estar tomándome el pelo —dijo Antonine—. La pérdida de fe en la lógica es una de las primeras lecciones que aprendemos. El universo no es una ecuación matemática, es una adivinanza, un enigma. Si depositaste ahí tu fe no me extraña que fracasaras.

—¿Fracaso? ¿Quién dijo que fracasé? Gané y mi premio fue la oportunidad de aprender de la mismísima gran serpiente, recorrer el Laberinto de la Espiral Negra que guarda el camino hasta su guarida.

Antonine se quedó helado e intentó esconder el escalofrío que le producía oír aquellas palabras. ¿Sabía Wen lo que estaba buscando?

—¿Y cuánta distancia recorriste por ese camino?

—La suficiente. Dancé lo suficiente para distinguir lo verdadero de lo falso, para olvidar mis fracasos pasados y volver a empezar, todavía resbaladizo con los restos del nacimiento a mi nueva vida.

Antonine luchó de nuevo para mantener una compostura neutral, una vez más parecía que había otra pista, un gran olvido; ¿podría ser el mismo que el de Grita Caos?

—¿Escogiste olvidar tu pasado o te lo arrebataron?

—Escogí que me lo arrebataran, se lo ofrecí al Wyrm que lo devoró contento. ¡Ya basta de hablar del pasado! Buscas evasivas, arrancar más latidos de los que mereces. Ya es hora de que aborremos nuestra pugna. Por favor, Antonine, empieza, ¿cómo podrías convencerme de que el camino de los Contemplaestrellas es más grande que el del Wyrm?

Antonine se quedó muy quieto obligándose a apartar de momento las pistas que Wen le había dado (conscientemente o no) sobre la búsqueda que le había llevado hasta allí. Se tomó un momento para respirar profundamente y luego respondió no con palabras sino con un sonido que hacía vibrar profundamente desde el diafragma. Era el Mantra Elemental de la Tierra.

Wen se lo quedó mirando horrorizado, sudando por todo el cuerpo. Intentó levantar las manos para taparse los oídos, pero tenía la sensación de que eran de piedra y pesaban demasiado. Enseñó los dientes e intentó responder con un sonido propio pero lo ahogó el sonido siguiente de Antonine, el Mantra Elemental del Agua.

Antonine sabía que aquellos sonidos no tenían ningún poder real sobre los otros, no eran más que un recurso mnemónico utilizado para recordarles a los Contemplaestrellas cual era su propósito real, una herramienta de meditación para eliminar la confusión de la mente. Para un Contemplaestrellas entrenado para emitir esos sonidos, estos no eran más que disparadores que abrían zonas de la mente a las que normalmente era difícil acceder a causa de la niebla de ira y preocupaciones que solían acosar a los Garou.

Para Wen, que llevaba mucho más tiempo siendo Contemplaestrellas que Danzante de la Espiral Negra eran como llaves que abrían los cerrojos que había colocado en su conciencia, los cerrojos que suprimían su vida anterior. Mientras Antonine

entonaba aquellos mantras tan conocidos para él, las barreras fueron cayendo una a una, inundando la memoria de Wen con visiones de su vida anterior, antes de los horrores que le habían vencido. Y entonces recordó.

Si no se hubiera entrenado durante tanto tiempo en los Cinco Mantras Elementales (un saber especial del clan de Shigalu) no habría sucumbido con tanta facilidad. A cualquier otro Contemplaestrellas o Garou, los sonidos podrían encantarle temporalmente, pero no nublarían la mente ni la intención del oyente. Wen no sólo había estudiado aquellos sonidos, los había perfeccionado, y cuando los oyó de nuevo por primera vez tras la destrucción de su clan y su terrible transformación, fueron como aromas muy potentes que invocaron sin invitación recuerdos olvidados del almacén de su memoria. Sólo unos cuantos Contemplaestrellas conocían todavía aquellos mantras, pues eran muy pocos los que habían sobrevivido a la caída de Shigalu.

Mientras Wen se retorció en su sitio intentando detener la intensidad de sus recuerdos, Antonine siguió vocalizando el resto de los sonidos: Aire, Fuego y Espíritu. Una vez vocalizados todos ellos, el ronroneo que provocaron quedó suspendido en el aire, zumbando alrededor de Wen como avispas invisibles que le picaran la conciencia.

Los Danzantes de la Espiral Negra se removían inquietos sin saber qué estaba pasando, gimoteaban y se miraban buscando uno con iniciativa.

Wen dejó de luchar y lentamente le devolvió la mirada a Antonine. Una única lágrima le corrió por la mejilla al recordar todo lo que había sido y nunca más sería. Los pensamientos que creía desaparecidos, devorados por su nuevo amo, sólo se habían ocultado; aquella era la gran mentira del Wurm, que no podía destruir, sólo suprimir y corromper. La corrupción de Wen era

demasiado profunda, se había abierto una grieta en su espíritu permitiendo que se asomara algo que se parecía a aquello que había sido, pero que no iba a permanecer demasiado tiempo pues no era más que la elegía final por un maestro de la sabiduría caído.

Antonine se levantó y se alejó caminando hacia la cueva. La horda de Danzantes de la Espiral Negra se miraron entre sí preguntándose qué hacer y unos cuantos se movieron para impedirle el paso a Antonine.

Éste miró a Wen y su viejo compañero le hizo una inclinación con la cabeza. Entre los humanos es un signo de respeto pero entre los lobos es un signo de sumisión, una señal de debilidad. Los instintos de los Danzantes se hicieron cargo de la situación y aullaron, cargando contra el objeto de su odio, el que los había traicionado para jugar a los acertijos con su presa. Todos excepto uno se lanzaron contra Wen, que cayó ante la horda, olvidados aquellos reflejos asombrosos en la confusión de identidades contra la que luchaba.

El Danzante que quedaba se fue a por la pierna de Antonine y mientras lanzaba las mandíbulas contra él, Antonine saltó y le dio una patada. El talón impactó directamente con la oreja derribando al suelo al Danzante, que se tambaleó, aturdido, e intentando orientarse pero Antonine ya corría por su lado de camino hacia la boca de la cueva.

Al llegar a la entrada, le dirigió una última mirada a su viejo amigo. Wen estaba de pie, defendiéndose con las garras de la manada enloquecida, había desaparecido la luz de la razón que había brillado tan brevemente en sus ojos, incluso se había olvidado de Antonine en su frenética lucha por sobrevivir al ataque de sus nuevos aliados. Aquellos aliados Wyrms.

---

Antonine desvió la mirada hacia el túnel, cambió a la forma de lobo y saltó al agujero siguiendo las huellas que sugerían la existencia de un posible aliado contra los enemigos reunidos tras él.

## Capítulo once



El túnel estaba totalmente oscuro y apestaba, el hedor de putrefacción animal le rodeaba por todas partes. Antonine bloqueó los olores tanto como pudo, concentrándose solamente en correr por el suelo resbaladizo y lodoso mientras el pasadizo se curvaba a la izquierda y luego a la derecha, la pendiente subiendo y bajando como una montaña rusa. Cientos de insectos pululaban por el suelo en anchos ríos sólo rotos por los bancos de barro por los que chapoteaba. Oyó el crujido de los caparzones que se quebraban bajo sus pies y el chasquido sordo y húmedo de los miriópodos blandos, de los ciempiés y de otra docena de gusanos inidentificables que aplastaba al correr.

No oyó ninguna señal de que lo persiguieran, al parecer había acertado en su sospecha de que los Danzantes temían entrar en el túnel y él esperaba sobrevivir a lo que fuera que les mantenía a raya.

Por fin, delante de él, en la oscuridad, vio filtrarse la luz a través de un enredo de parras. Aumentó la velocidad y salió como una bala de la boca de la cueva para entrar en un páramo apenas

iluminado y prácticamente desherbado. La luna brillaba tras un banco de nubes con la fase gibosa lista para crecer y convertirse en luna llena.

Paró y escuchó asomándose cautelosamente en todas direcciones. No oyó ni vio ninguna señal de vida animada pero las huellas de botas continuaban dirigiéndose hacia el cerro más alejado.

Cambió de la forma de lobo a la forma Glabro, sacó el klaive y empezó a seguir silenciosamente las huellas.

Al acercarse a la colina escuchó el sonido del metal pegando en la piedra y una maldición gutural en un idioma que no pudo identificar. Moderó la marcha aún más y sacó con mucho cuidado la cabeza por encima del cerro asomándose a la cala.

La luna estaba allí abajo, luciendo en todo su esplendor, más brillante aún que la que escondían las nubes del cielo.

Antonine se paró sin saber muy bien qué era lo que veía y miró con más atención. Aquella reluciente luna era un Garou en la forma Crinos cuya piel era del más puro y níveo blanco. El Garou maldijo otra vez y levantó mucho el klaive bajándolo con fuerza sobre lo que parecía una roca plana que bloqueaba la entrada a un antiguo túmulo funerario. La roca estaba tallada con nudos y unas espirales celtas desgastadas por el tiempo.

La espada de plata rebotaba en la piedra inflexible echando chispas. El Garou la tiró a un lado y paseó en círculos, con la ira emanando de él como un campo magnético.

Antonine contempló su cara lobuna y le reconoció. Cayó de repente en la cuenta de que había estado equivocado desde el principio, que el destino había jugado una mano muy diferente de la que él pensaba que se había repartido. Pero tenía sentido, no, mucho más que eso, completaba un círculo que le devolvía al principio de todo aquello.

Se levantó y se dirigió en voz alta al Garou de abajo.

—Arkady!

Arkady levantó la vista asumiendo una postura amenazadora y entrecerró los ojos mientras examinaba al que le había llamado por su nombre.

—Te conozco... te he visto antes...

Antonine empezó a bajar del cerro hacia el lord de los Colmillos Plateados.

—Soy Antonine Gota de Lágrima. Sí, ya nos habíamos visto antes, en la corte del rey Jacob Muerte de la Mañana.

Arkady asintió todavía receloso.

—Sí... sí, ya me acuerdo. Intentaste convencer al rey de que había una conspiración Wyrms oculta —retiró los labios para revelar una fila muy afilada de dientes—. Y también sé que ayudaste al rey Albrecht contra mí.

—Lo hice y tú sabes las razones. ¿No te arrepientes de ellas? ¿O eres un traidor a Gaia como dicen?

A Arkady se le erizó el pelo y los ojos se le convirtieron en carbones encendidos.

—Mentiras! Debería arrancarte la lengua y hacértela tragar!

Antonine se detuvo y adoptó una postura neutral pero a partir de la cual podría iniciar una serie de movimientos marciales en un momento.

—Y sin embargo no llevas a cabo tus amenazas.

—Eres un problema que no merece mi esfuerzo. La pesadez de un mosquito como mucho.

—¿O es que sospechas que no iba a caer tan fácilmente?

—No me pongas a prueba, Contemplaestrellas. He oído hablar de tu destreza, pero yo soy Arkady, de la Casa de la Luna Creciente, el más puro de los Colmillos Plateados. He asesinado a más criaturas Wyrms de las que tú puedas catalogar en tu

biblioteca! No te burles de mí a menos que desees unirte a sus filas en los fosos de los muertos.

Antonine hizo un gesto rápido con la cabeza señalando la colina por la que había bajado.

—¿Sabes que te está persiguiendo una banda de Danzantes de la Espiral Negra?

Arkady gruñó y levantó la vista a la colina, retrocedió y agarró el klaive del suelo.

—Llevan días siguiéndome los pasos pero sin atreverse a acercarse. —Miró a Antonine de nuevo, con cautela, con suspicacia—. ¿Por qué estás aquí? ¿Cómo pasaste si ellos estaban ahí?

—Un viejo... compañero de manada les despistó. No me siguieron al interior de la cueva y sospecho que tú sabes por qué...

—Tienen miedo de este lugar. No pueden ir a donde yo tengo intención de ir. Pero no me has respondido, ¿por qué estás aquí?

Antonine envainó su klaive, suponía que su actitud había conseguido establecer un nivel de igualdad en el juego de dominación alfa. Arkady quizá fuera un lord de los Colmillos Plateados pero él era un anciano Contemplaestrellas y no se inclinaba ante nadie sin una buena razón.

—Seguí tus huellas, aunque no sabía que eran tuyas.

Arkady inclinó la cabeza burlón.

—¿Entonces a quién esperabas ver?

—No me atreví a hacer una suposición. ¿Por qué estas *tú* aquí?

Arkady se quedó callado un momento, aparentemente decidiendo si podía confiar en el Contemplaestrellas.

—Voy en busca de la Espiral de Plata, el espejo de la Negra.

Antonine no pudo ocultar el estremecimiento de emoción que le atravesó. ¿Una Espiral de Plata? ¿Podría ser lo mismo que la senda de plata?

—¿Qué quieres decir?

Una sonrisa ligeramente afectada apareció en el rostro de Arkady.

—Creo que ahora te toca a ti. ¿Por qué has venido?

—Voy en busca del Hilo de Plata.

Arkady abrió mucho los ojos.

—¿Qué es eso? ¡Habla!

—Creo que lo sabes. Nunca he oído hablar de la Espiral de Plata pero sospecho que es lo mismo que yo estoy buscando. Dime lo que es y cómo supiste de ella.

Arkady frunció el ceño y pareció sopesar por un momento la alternativa de intentar utilizar la fuerza contra Antonine o bien concederle su deseo. Al final decidió que reconociendo el mérito de Antonine conseguiría lo que quería.

—¿Has oído hablar de las Espirales de Plata? —Cuando Antonine no reaccionó continuó—. Son la gran vergüenza de nuestra tribu: los que se perdieron y sucumbieron a la locura del Laberinto de la Espiral Negra.

Se acercó a la gran piedra que había estado atacando y se apoyó en ella.

—Hay muchas leyendas entre los nuestros, y entre las Espirales Negras, sobre esos Colmillos, y la mayor parte de esas historias se malinterpretan. Son muchos los ancestros de nuestra tribu que han caído por razones mezquinas, pero algunos se han sacrificado al intentar ganar un gran premio para todos los de nuestra raza.

»Yo he estudiado esos intentos y he descubierto la clave de su caída. Yo, sin embargo, no caeré, pues al contrario que ellos, esta tarea es mi destino. No ha habido nadie de sangre más pura que la mía desde hace generaciones y todo lo que me ha traído aquí ha sido orquestado por el destino para asegurarse de que ahora nada me detiene.

—¿Ante qué? ¿Cuál es esa tarea de la que hablas?

—Caminar por la Espiral de Plata (el espejo de la Negra) y alcanzar el corazón del Wyrn. Asesinarlo en su guarida, donde aguarda sin protección con el vientre listo para recibir mi klaive.

Antonine se estremeció.

—¿Es eso lo que crees? ¿Que tu tarea es asesinar a uno de los que conforman la Tríada, las tres fuerzas primordiales de la creación? El Hilo de Plata, o la Espiral de Plata como tú la llamas, no es para eso. El Hilo de Plata es una senda escondida que entra en la tela de la Tejedora y en el capullo que rodea al Wyrn. Está entretejido por detrás y a los lados del Laberinto de la Espiral Negra para ocultarlo de la mirada de la Tejedora y no lleva a la destrucción, sino a la liberación. Se debe liberar al Wyrn de su cautiverio, no matarle.

Arkady miró a Antonine como si estuviera loco.

—¿Liberar al Wyrn? ¿Para que pueda descargar una destrucción ilimitada en toda Gaia? ¿Qué clase de locura de saber Contemplaestrellas es esa?

Antonine sacudió la cabeza con tristeza.

—Está claro que tú y yo, provenientes de tribus y auspicios diferentes, vemos las cosas de formas muy diferentes. Sin embargo, déjame que te diga esto: mi tribu lleva mucho tiempo intentando ver más allá de todos los engaños para lograr una visión clara de la realidad. Nos han dado la bienvenida como asesores hasta los Garou más sangrientos, pues incluso para un Ahroun nuestra sabiduría ha resultado útil si se la solicitaba para terminar con un conflicto. Y ahora te pregunto, Arkady, ¿vas a aceptar mi consejo o fiarte del tuyo? He llegado aquí no a través del estudio de las leyendas sino por las profecías de Quimera y Selene. No me equivoco en esto.

Arkady pareció mirar de otro modo a Antonine midiéndole con la vista una vez más.

—¿Y también le das consejo a Albrecht? ¿El que lleva la corona en mi lugar?

—Él sabe lo suficiente para prestar atención a mi sabiduría, le ayudó a ganarse esa corona. Francamente, había pensado traerlo a él para esta búsqueda, no esperaba que fueras tú el llamado.

Arkady sonrió burlón.

—Pero no fue él quien arriesgó la cólera de toda la Nación Garou para conseguir este secreto, ¿verdad? No fue él quien luchó con incontables criaturas Wyrms para llegar hasta aquí, la mismísima entrada del camino. Te concedo que tu sabiduría debe ser mucha para haberle permitido a Albrecht encontrar la corona, pero debes jurarme que tus palabras son verdad y no otro truco más para premiar a Albrecht con mi destino.

—No te robé tu destino, Arkady. Si ahora estás aquí, buscando el Hilo de Plata, entonces es que la corona no era tuya. Me di cuenta antes de llegar aquí de que sólo el más puro de los Colmillos Plateados podía caminar por esa senda. Creí que sería Albrecht, pero parece que el Hilo es tu sino.

Arkady asintió como si supiera era verdad pero quisiera oírsele decir a otro.

—Entonces ayúdame a quitar esta roca de la entrada. Dentro se encuentra el primer paso de la Espiral de Plata, la he buscado mucho tiempo sólo para encontrarme ahora con una barrera infranqueable.

Antonine miró a su alrededor.

—Primero dime dónde está este lugar y qué es, ¿una especie de reino?

—Una bolsa en la Penumbra de Escocia escondida de la vista por antiguos guardianes. Sólo se puede llegar a ella desde la

Umbr Profunda, aunque se puede salir con sólo pasar al otro lado al mundo material.

Antonine frunció el ceño, entrecerró los ojos e intentó asomarse a la Celosía para mirar en el mundo material y comprobar si lo que decía Arkady era cierto. Lo que vio fue un páramo oscuro.

—Lo que dices parece ser verdad. ¿En qué parte de Escocia estamos?

Arkady respondió despectivo.

—Cerca del foso del Wyrn donde los Aulladores Blancos perdieron el alma.

A Antonine se le pusieron los pelos de la nuca de punta. Apenas pudo contener la oleada de miedo irracional que le atravesó. Aquel foso era una de las guaridas más temidas de los Danzantes de la Espiral Negra pues era el lugar donde se engendraron en primer lugar. Se rumoreaba que se abría al mismísimo Malfeas, en el Laberinto de la Espiral Negra. Antonine apartó las preocupaciones que se le ocurrían sobre como iba a escapar él de aquel lugar y se volvió hacia Arkady.

—No dejas de llamarlo espejo. ¿Qué quieres decir con eso?

—Exactamente lo que he dicho: es un espejo de la Espiral Negra, pero un espejo que es blanco en contraste con la negrura del otro. —Sacó una hoja arrugada de libreta del bolsillo y se lo entregó a Antonine. Exhibía un esbozo a lápiz de una espiral dibujada con una sola línea negra con unas flechas que enfatizaban las zonas blancas que delimitaban la negra.

—Creo que lo entiendo, pero una metáfora de dos dimensiones no garantiza que haya una realidad tridimensional. Sin embargo, esto parece estar de acuerdo con mi propia visión del Hilo de Plata. —Le contó a Arkady la leyenda que había visto en su sueño

en la que Selene entretejía una hebra de plata en la seda negra de araña que componía la telaraña de la Tejedora.

»Así que ya lo ves, puesto que el Laberinto de la Espiral Negra es la tela corrompida de la Tejedora, nada cuerdo puede atravesar su diseño sinuoso, ya que está hecho de igual sustancia que el engaño mismo. El Hilo de Plata que está entretejido en ese diseño, escondido a los ojos de los locos, ofrece una esperanza de cordura para aquellos que caminan por él. Pero incluso aquí no es posible saber si permanece incorrupto durante toda su retorcida ruta, recuerda, incluso Selene, la luna, está loca en ocasiones aunque su locura a menudo esconde una sabiduría paradójica que señala más allá de la dualidad.

Arkady suspiró.

—Palabras, palabras, palabras. Hablas con metáforas e ideas abstractas, tu visión habló mejor: imágenes y acciones, así que me aferraré a estas, no a las conjeturas.

—Incluso a juzgar por mi visión (que, como los sueños estaba velada por imágenes poderosas) es imposible saber a dónde lleva esa hebra. Sólo porque Selene la introdujera no significa que llegue hasta el mismo lugar que la Espiral Negra. Seguía estando tejida por la Tejedora, incluso aunque ella no lo supiera, y nadie puede seguir ese tipo de hilos sólo con el pensamiento, hay que caminar por ellos.

—Caminaré entonces por ellos.

—¿Incluso si eso significa la locura y la corrupción?

—Al igual que mis ancestros antes que yo, ese es el riesgo que acepto. Lo acepto solo, pues este es el único camino que me queda. Las otras tribus me han exiliado en ese juicio ridículo, atreviéndose a juzgarme sin oír mi propio testimonio. ¡Idiotas! Esperaban que asistiera, tan seguros de que su consejo era más importante que mi tarea!

Se puso de pie totalmente recto y miró a la luna; Antonine no pudo evitar sentirse un tanto maravillado ante la pura majestad de su pose, tan inconscientemente perfecta. Lucía su maestría como si fuese una segunda piel, algo cercano y desapercibido para él pero muy obvio para los demás.

—Ahora nadie se quiere aliar conmigo, no tengo ningún ejército que obedezca mis órdenes. Me enfrento a esta tarea solo e impávido, sin importarme las consecuencias que pueda acarrear. Pero para siempre jamás se cantará mi nombre en todos los túmulos y en todos los reinos espirituales. Ningún cachorro pasará por su Primer Cambio sin escuchar mi historia, no habrá gloria que oscurezca la mía. El Registro de Plata no será más que un apéndice a mi hazaña y sus historias se relatarán sólo para demostrar cuán mayor es la mía.

Antonine sacudió la cabeza maravillado ante el descarnado egotismo que mostraba Arkady.

—Eres muy atrevido, Arkady, lo admito. Sólo espero que tu exceso de confianza te ayude más que te estorbe. Te ayudaré en todo lo que pueda, excepto en seguirte por ese camino, que ya ha mostrado que desprecia mi tacto. —Se miró la palma de la mano pero ya no quedaba ningún rastro de la quemadura.

—Entonces ayúdame a mover esta roca! Es la última barrera que me impide realizar mi tarea.

Antonine se acercó a la roca y la examinó. Parecía una antigua piedra tumular celta no muy distinta de las que se veían en Irlanda, en Newgrange, por ejemplo. Los nudos, sin embargo, aunque se parecían un poco al arte celta, eran mucho más sinuosos de lo que parecía a primera vista y mientras los seguía con los ojos éstos empezaron a flotar y a perder la concentración. Retrocedió tambaleándose, a punto de perder el equilibrio.

—¿Qué? —dijo Arkady—. ¿Qué es?

—Son mucho más que nudos, es una especie de imagen multi-dimensional. Cuanto más la miraba, más espaciosa se hacía. No pude seguir el nudo principal.

—¿Para qué está aquí? ¿Quién pondría una defensa así?

—Secuaces de la Tejedora; por alguna razón sospechan lo que espera dentro y antes de destruir el Hilo han bloqueado el paso a la hebra más externa. Quizá ni siquiera sepan lo que están bloqueando.

—¿Cómo lo destruimos?

—No podemos; tengo que descifrarlo. Tengo que seguir ese nudo hasta el final, eso debería abrir la tela que bloquea el camino aquí.

—Pero si casi no pudiste mirarlo sin caerte!

—Ahora estoy preparado para ello y puedo hacerlo. ¿Por qué si no se me envió aquí? Me he pasado años estudiando las telas que nos impiden ver la verdad que subyace a toda la realidad. Sé caminar por aquí.

Arkady no parecía muy convencido pero no dijo nada.

Antonine se acercó a la piedra de nuevo y pasó los dedos por las tallas concentrándose y fijando la vista en una hebra y luego siguiéndola por todas sus espirales, por delante y detrás de otros nudos. Una vez más el horizonte se extendió y su visión periférica perdió la noción del cielo que le rodeaba y hasta de la piedra que había ante él. Todo lo que veía era el nudo. Sometió toda su voluntad para quedarse en ese camino y seguir esa hebra por todo el laberinto.

Empezó a sentirse atrapado y sintió como los brazos se le pegaban a los costados pero se negó a desviar la vista. Las piernas se le juntaron contra su voluntad y tuvo la sensación de que le envolvían unas cuerdas que trepaban por su torso, pero una vez más

se negó a retirar la mirada y continuó siguiendo la hebra que había elegido.

Arkady contempló el modo en el que las tallas de nudos se desprendían de la piedra y se envolvían alrededor de Antonine construyendo un capullo que empezaba por los pies, le subía por el cuerpo y se dirigía a la cabeza.

Aquello no le parecía saludable, en absoluto.

El Contemplaestrellas no parecía darse cuenta y seguía mirando fijamente los nudos, que ahora parecían crecer y doblarse en tamaño aumentando el espacio que Antonine tenía que desenmarañar. Arkady gruñó, en unos segundos los nudos iban a tragarse al Contemplaestrellas entero. A pesar de lo que había dicho, Arkady estaba convencido de que aquello no era una hazaña que lograr sino una trampa que los perdería.

Sin dudarlo ni un momento más se adelantó y con el klaive rasgó limpiamente los nudos que brotaban de la piedra para atrapar al Contemplaestrellas. Los hilos explotaron cuando se liberó la tensión que los sujetaba y cayeron al suelo convertidos ahora en unos simples fragmentos tintineantes de piedra.

Antonine tomó aliento profundamente sin darse cuenta hasta ahora de lo angustiada que se había hecho su respiración, unos minutos más y se habría asfixiado. La hebra que tan trabajosamente había seguido con el pensamiento reposaba ahora hecha pedazos en el suelo. Sintió cómo le subía por el vientre un estremecimiento de cólera al darse cuenta de que el impaciente Colmillo Blanco había inutilizado por completo un trabajo tan duro.

Pero antes de poder hacer algo con esa cólera, la gran piedra de la entrada (ahora despojada de sus tallas) empezó a resquebrajarse y astillarse y se derrumbó en una nube de polvo que enseguida se asentó en el suelo como una pila de grava suelta.

El camino al túmulo quedaba libre.

Arkady emitió un gruñido de satisfacción mirando a Antonine con una expresión de superioridad.

—Gracias por sacar las telarañas. No se podían cortar mientras estaban todavía en la piedra pero eran más que vulnerables cuando te envolvían.

—Una trampa —dijo Antonine frotándose los miembros para restaurar la circulación, abatida su ira ante la señal de victoria—. Incluso con todas las advertencias que había visto (las visiones de los Garou y los espíritus que atrajo la telaraña a su interior) todavía caí en ello.

—Pero no estabas solo. Que sea una lección para tu tribu, Contemplaestrellas, si miras demasiado tiempo lo que hay dentro, te pierdes lo que está ocurriendo fuera.

Arkady se adelantó y se asomó a la oscuridad, se podía percibir dentro un lejano resplandor.

A Antonine empezó a picarle la palma de la mano, la levantó ante sus ojos y vio brillar la quemadura de luna. La puso de cara a la cueva que había ante él y vio un brillo de respuesta en las profundidades del interior.

—Está ahí. El Hilo de Plata, o la Espiral, como prefieras.

—Entonces no esperaré más. —Arkady se agachó y entró en la cueva seguido por Antonine.

El interior irradiaba una luz azul, los depósitos de mica de las paredes atrapaban el brillo y lanzaban chispas en todas direcciones dándole a la cueva un ambiente eléctrico y resplandeciente. Delante de ellos, en el centro de una cueva más amplia, había un estanque de agua proveniente de los diminutos arroyos que brotaban gota a gota de las grietas del techo. Bajo aquella luz enloquecida, la lluvia dispersa tenía el aspecto de unas columnas de

relámpagos permanentes que apuñalaban las aguas que caían de los cielos.

El agua no les llegaba a la cintura y brillando con toda claridad debajo de ella estaba la fuente de la luz, la senda lunar de plata. Parecía subir de las profundidades como una burbuja, como si la formaran remolinos que rotaban sin parar. Antonine pensó en las antiguas leyendas que hablaban de la luna sumergiéndose en el mar cuando se ponía y viajando bajo el océano hasta el otro lado del mundo donde salía la noche siguiente de alguna laguna secreta. Aquello se parecía al lugar del que hablaban las leyendas.

En el fondo de la cueva, al otro lado del estanque, el camino subía saliendo del agua y serpenteaba alrededor de las rocas, subiendo y bajando antes de desaparecer en un túnel. Todavía brillaba su luz por aquel pasadizo pero no se veía su destino aunque el olor que emanaba de él evocaba no los húmedos páramos de Escocia sino algún seco desierto.

—Creo que el camino lleva de nuevo al mundo material —dijo Antonine—. Ese olor es demasiado terrenal para ser un reino espiritual. La senda quizá entre y salga de la Penumbra y el mundo material. Dudo que puedas anticipar la dirección que tome. Ve con cuidado.

Arkady se quedó parado un momento mirando maravillado la senda lunar. Apenas parecía haber oído a Antonine pero un ligero asentimiento con la cabeza demostró que había entendido o, por lo menos, lo fingía.

Se adelantó chapoteando en el estanque.

—Empezaré por el principio. Diles eso, Contemplaestrellas; no me metí en esto a la mitad, sino que recorrí el camino entero.

—Se lo diré, quizá los otros reconsideren tu estatus y te ayuden cuando puedan.

—Poco importa, se arrepentirán de su necedad cuando todo esto termine. Sólo entonces decidiré si seré clemente o guardaré rencor.

Puso un pie sobre el primer trozo de plata que había visible, no lo dudó un instante ni anticipó ningún dolor, tanta confianza tenía en su derecho a caminar por aquella senda. Su lentitud sólo se debía a la forma ceremonial que había adoptado para la ocasión: los primeros pasos de un héroe que entra en la grandeza.

A ese paso le siguió otro, y luego otro y rápidamente fue aumentando la velocidad, dando grandes zancadas del agua a la orilla y siguiendo la curva del camino que subía por un terraplén y rodeaba una piedra. No se volvió para mirar a Antonine, sabía muy bien que el Contemplaestrellas no sería capaz de apartar la mirada de un comienzo tan decisivo. No mostraba ninguna señal de duda o pesar que impidieran su progreso.

Entró en el túnel y su sombra proyectó una tenue sombra en la pared que había a sus espaldas. Pero pronto desapareció dejando a Antonine sólo en la cueva.

Antonine se quedó allí sentado durante unas horas esperando por si Arkady aullaba que necesitaba ayuda o por si volvía en busca de consejo, pero no lo hizo.

Mucho después de haberse puesto la luna, cuando estuvo seguro de que el sol brillaba en el mundo material, pasó al otro lado en el páramo. Había unos nubarrones oscuros que oscurecían el cielo pero allí estaba el sol, aunque apenas proporcionaba una luz triste y gris.

Se arrastró en forma de lobo por las colinas heladas en busca de alguna señal de civilización o algún compañero Garou, Garou aliados, claro, no Danzantes de la Espiral Negra. Aquella zona estaba desolada y parecía desprovista de vida animal. De vez en

cuando se oía el graznido de unos cuervos a lo lejos pero el viento cambiaba enseguida llevándose los sonidos con él.

Mientras avanzaba sigilosamente de colina en colina, refugiándose cuando podía detrás de escuálidos matorrales, de vez en cuando notaba un estremecimiento muy poco natural, como si algo le rozara el cuello. Consideró la posibilidad de asomarse a la Umbra al sospechar que alguna Perdición le acechaba allí e intentaba alcanzarle a través de la Celosía, pero sabía que si lo hacía sólo le proporcionaría un modo para pasar al mundo material, así que se fortaleció contra esas incursiones y siguió adelante.

Mientras el sol se dirigía hacia el horizonte oyó voces delante de él y cuando éstas se acercaron, Antonine se aplastó contra el suelo e intentó distinguir lo que decían. Parecía que cantaban y cuando empezó a subir el tono de la canción según se iban acercando, Antonine distinguió por lo menos tres voces que se elevaban al unísono. Escuchó la letra y se sorprendió al oír una canción de taberna.

Se veían tres figuras y mientras la neblina empezaba a levantarse en las colinas que los rodeaban, detuvieron el paso y la canción.

—No vamos a llegar más allá esta noche —dijo uno de ellos con un fuerte acento escocés. Era alto y grande y tenía el pelo largo y pelirrojo, al igual que la barba.

—No, será mejor que volvamos —dijo otro, también con mucho acento. Éste era más delgado y moreno—. Si seguimos aquí sólo vamos a meternos en un lío. Si tu amigo está aquí por su propia voluntad, se merece lo que le pase.

—Arkady no puede hacerlo sólo —dijo el tercero asomándose a los páramos como si buscara a alguien. El acento de éste no era escocés, sonaba más al del sur de los Estados Unidos—. Antes me

plantó por puro orgullo, pero fracasará si no tiene a alguien al lado.

Antonine sonrió ante la mención de Arkady. Si esos eran amigos suyos probablemente no serían Danzantes de la Espiral Negra.

—Ya, nosotros somos animales de manada en eso —dijo el de la barba roja—. Pero él no, él es todo un macho alfa. Lo siento por él pero vamos a dejar de arriesgar el cuello. Ya estamos demasiado cerca y en el peor momento así que tenemos que volver.

—De acuerdo —dijo el americano—. Yo también estoy cansado de todo esto. Supongo que mi historia tendrá que quedarse sin terminar por ahora.

Los tres giraron y empezaron a volver sobre sus pasos. A Antonine, agotado tras una caminata tan larga, no le apetecía seguir avanzando solo a través de territorio hostil así que ladró un saludo lobuno.

Los tres hombres se dieron la vuelta al instante y se separaron listos para cualquier cosa. El americano devolvió el saludo lobuno y Antonine supo con seguridad que eran Garou o al menos Parentela. Se levantó cambiando a la forma humana y se acercó a ellos con cautela.

—Soy Antonine Gota de Lágrima, de los Contemplaestrellas —dijo.

—Mierda, tío —dijo el americano—. Te vi en el consejo, ¿qué coño estás haciendo aquí?

Antonine se paró y miró al grupo. Estaba claro que eran Finna, los collares y los tatuajes no dejaban lugar a dudas.

—Terminar una larga búsqueda. ¿Y vosotros sois?

—Stuart Camina Tras la Verdad —dijo el Americano adelantándose y ofreciéndole la mano—. Y estos son Colum Levanta Árboles y el Sonrisa Terrible. —El pelirrojo le saludó con la mano

mientras que el moreno delgado le ofreció una sonrisa amenazadora.

Antonine tomó la mano extendida de Stuart y le dio un fuerte apretón.

—Debo admitir que me siento bastante aliviado de encontrar aliados en esta tierra de nadie.

—Y a nosotros nos pareció bastante sospechoso encontrarte aquí —dijo el Sonrisa Terrible, todavía sonriendo—. Stuart ¿quién es este tipo?

—Un anciano Contemplaestrellas. Es el que planteó la idea de la tercera manada en el consejo de la Forja del Klaive. Os conté la historia.

—¿Éste? ¿Aquí? ¿Qué carajo está haciendo éste por estos páramos malditos?

—Es una historia muy larga —dijo Antonine—. Será un placer contarla en un ambiente más seguro, y más cálido.

—Ah, pues al pub —dijo Colum—. No invito a la primera!

—Y yo me encargo de la siguiente —dijo Antonine mientras el grupo empezaba a volver al lugar del que venían.

—Por favor, dime que has visto a Arkady —dijo Stuart—. Las probabilidades de que dos ancianos de las tribus Garou anden vagando por donde Gaia olvidó la zapatilla sin tropezarse son bastante remotas.

—Sí, lo vi. Ya no le podemos ayudar.

—La Espiral de Plata! ¿La encontró?

Antonine se paró y miró a Stuart.

—¿Cómo lo sabes? ¿Pero, bueno, cuánta gente lo ha descubierto?

—Sólo yo —dijo Stuart sonriendo orgulloso—. Lo supuse después de ver a Arkady pasear arriba y abajo un buen rato.

—Bueno, eso resuelve cierto misterio. Me preguntaba cómo lo había descifrado, no parecía ser su estilo.

—Ah, pero no lo subestimes. Es un tío muy resuelto, más que la mayoría de nosotros. Si alguien puede sacar algo bueno de esto, ése es él.

—Eso espero, con toda sinceridad. Por él y por nosotros.

—Bueno, entonces ahora me puedes contar tu papel en todo esto. Es decir ¿cómo averiguaste lo de la Espiral y demás? Tengo que tener algo que pueda usar para redondear esta historia y empezar a contarla. Caminando tras la verdad, ya sabes.

—Cuando sepas el final, házmelo saber. Me temo que tardará mucho en llegar.

Los otros dos, que obviamente creían que sus compañeros se habían puesto demasiado serios empezaron otra canción de taberna, una que necesitaba que cada persona que había allí terminara un estribillo y nadie se iba a escapar de participar bajo su vigilancia.

—Aleja a las bestezuelas —dijo Colum indicando el aire con un gesto—. Ya sabes a lo que me refiero.

Antonine sí que sintió como se le quitaba aquel peso opresivo de los hombros. Había algo en la canción (o en los cantantes) que molestaba a la Perdición que le había perseguido. Antonine sonrió y cansado como estaba reunió el suficiente ingenio para rimar unos versos creados a toda prisa en aquella canción sin fin mientras los cuatro marchaban por aquel páramo oscurecido, hacia la promesa de una cerveza y el calor que les esperaban en el pub, dejando los viejos horrores a sus espaldas.

# Notas

[<sup>1</sup>] N. d. T: Las mudras son los gestos corporales que se utilizan en varios tipos de meditación. <<

[2] N. d. T: Autor americano actual. <<

